SERGIO PITOL

El tañido de una flauta

NOVELA

Biblioteca Era

Sergio Pitol

El tañido de una flauta

Sergio Pitol

El tañido de una flauta

Ediciones Era

Primera edición: 1972
Segunda edición revisada: 1994
Primera reimpresión: 2006
ISBN: 968-411-364-1
DR © 1972, Ediciones Era, S.A. de C.V.
Calle del Trabajo 31, 14269 México, D.F.

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito del editor.

This book muy not be reproduced, in whole oír in part, in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionescra.eom.mx

Para Mercedes Escantilla

ÍNDICE

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veititidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho

Uno

Lo ocurrido después de haber visto *El tañido de una flauta,* el confuso intento de conversación en la plaza de San Marcos, su vagabundeo por la ciudad, los momentos pasados en la vinatería al aire libre, la visión de una góndola semejante a un cisne negro degollado, todo le resulta más distante, y por alguna razón menos verídico, que ciertas tardes de hace diez, quince o veinte años perdidas en Londres, en Nueva York, en Cuernavaca y Barcelona.

Más vivo y más cierto, se repite, el trato con fantasmas auténticos que con esos de carne y hueso con quienes ha pasado buena parte del día.

Dos

Imposible asistir. Deberían disculparlo. Necesita hacer por la noche una llamada urgente a México. Habla, formula frases, oye, responde. Recomienda que no dejen brillar demasiado a Norma. A partir de esa tarde les corresponde desempeñar un papel modestísimo, sumirse en la grisura más gris para tratar de hacerse perdonar el bodrio que esa mañana con impune sangre fría dispararon contra público y jurado. Insiste: ¡sosiego, Norma! No queda otro recurso; deberían evitar toda forma de atraer la atención, disimular su existencia, la existencia de *Oscuro amor,* la existencia de esa calamidad llamada México. Reconoce la imposibilidad de realizar tal propósito mientras cuenten con una hembra capaz de producir chispazos hasta en la libido de la más ajada y reseca de las mil y una momiecitas que ese año tan pródiga, conmovedora y desafiantemente, se habían desplomado en los recintos donde, entre mil tropiezos, se desenvolvía el Festival. Habla como un muñeco de ventrílocuo, como una figura de madera con un disco en su interior que funcionase mecánicamente ante ciertos estímulos, bla bla bla delegación coma hembra bla bla bla oscuro amor punto Norma bla bla otro whisky coma prego bla bla bla fiesta imposible etcétera etcétera punto esta noche. Las palabras salen de su boca sin exigirle poner en ellas el menor interés, independientemente de su voluntad, de sus preocupaciones en las que en esos momentos, por desdicha, no había bla bla bla ni comas ni puntos ni etcéteras.

Son los comentarios de siempre; están en la olla, el cine en México no tiene remedio, ni los viejos ni los nuevos dan una, las presiones que todos conocen, la censura indirecta, la carencia de valores, la mediocridad del medio, la falta de respuesta de un público cada vez más adocenado, la baja calidad de los actores, la torpeza de los productores, la impreparación, el esnobismo, el intelectualismo pretencioso de la nueva generación. En fin, lo de a diario, la misma indignación epidérmica, el simulacro de pasión, de convicciones profundas, de compromiso, que le divertía observar en los demás, en sí mismo, cada vez que se trataba de ese fenómeno en cuya descomposición participaban todos. ¿Quién podía vanagloriarse de…? La charla se desliza hacia las anécdotas del Festival y vuelve otra vez a

rememorar el programa del día, la funesta proyección de *Oscuro amor,* la radiante de *El tañido de una flauta,* que con tanta violencia lo había perturbado.

– El tema debe ser recurrente en el Japón: la caída, la voluntad de desastre, la realización consciente del fracaso. No un simple rechazo a los bienes de consumo, ni una negativa de incorporación social. No se trata de marginarse sino de algo distinto, fracasar, desintegrarse realmente – comenta Morales –. Hace varios años leí una novela de Dazai, Osamu Dazai. No me extrañaría que el director se hubiera inspirado en uno de sus libros. Insiste en las mismas situaciones.

Alguien dice que no capta, que le expliquen, y Morales aclara que no se trata de rechazar las reglas de juego existentes ni de intentar modificarlas, sino, a fin de cuentas, aceptarlas, atenerse a ellas y jugar con la firme determinación de perder.

Morales, los previene Norma, es capaz de asestarles al menor descuido una conferencia sobre la *Divina Comedia.* El crítico descarta el comentario con una mueca y se dirige a él para decirle que algo le había recordado su película. Se excusa por su mala memoria, pero aun así, dentro de la vaguedad de los recuerdos, sugiere que ciertas escenas participaban de la misma intención.

–¿Una película tuya? –pregunta Norma–. ¡Tú y tus secretos! ¡Nunca me habías dicho que también dirigías! ¿Cómo se llamó tu película?

–Hotel de frontera.

Vuelve a responder con el tono de merolico con que ha iniciado la conversación. Dice que todo fue un juego muy entretenido pero en el que no volvería a incurrir. Era una lástima; podía apostar cualquier cantidad, la que quisieran, a que en un año la podía convertir en la mejor actriz de habla española. Ya lo era, claro; pero forzaría hasta el límite sus posibilidades. Sería su von Stenberg y repetirían la historia: *El ángel azul, Marruecos, Shanghai Expressl* Las incitaciones de Norma le resultan conmovedoras. ¿Por qué no hacer, entonces, otro intento? Un fracaso no debería desanimar a nadie. No en todo el mundo aparece el genio desde un principio. ¿Se había hecho Roma en una día? En el cine, lo sabe muy bien, hay siempre algo nuevo que aprender. Es la primera en sorprenderse cuando advierte lo que ha avanzado en sólo cuatro años, desde el momento en que la descubrió el Chino Toche. El oficio cinematográfico consiste en perseverar, en tomarlo todo con paciencia.

– ¡Claro! Ya lo pudimos comprobar esta mañana.

¿Se referían a su actuación en esas frasecitas? No es que quiera amenazar a nadie, pero debe advertirles que se anden con cuidado. Cuando se lo propone puede ser una víbora. La película sería todo lo mala que quisieran, pero qué sabroso descubrirlo en ese momento

cuando gracias a ella estaban en Venecia (tú no, mi amor, ya lo sé, tú vienes por tu cuenta –hizo la salvedad). Añade que aunque sabe muy poco de técnica y que por eso mejor no opina, podía, en cambio, decirles que su actuación había recibido elogios unánimes. Según varias opiniones, ella salvaba la película. Ese mismo día, un periodista alemán le había dicho…

¡Así que también Morales había advertido el parentesco! Mientras duró la proyección había sentido primero estupor, inquietud después, y, al fin, la convicción total de ver no una réplica de su película (sería una pretenciosa estupidez imaginarlo, *El tañido de una flauta* era gran cine), sino la historia de Carlos Ibarra, de la que había aprovechado un episodio para filmar *Hotel de frontera.* Desde que salió del cine ha tratado de no pensar en ello. La conversación de sus compañeros le interesa cada vez menos. Bebe su whisky a grandes tragos, interrumpidos por largas pausas; interviene sólo con alguna frase trivial, necesaria para el mantenimiento de la charla. Le aterroriza que exista una relación directa entre esa película feroz y las peripecias de su amigo, sus aproximaciones y desprendimientos de la realidad, la crisis definitiva que por cierto se había imaginado de un modo enteramente distinto. Pero, ¿cómo negarlo?, la realidad existía.

Trata de concentrar su atención en los turistas que a esa hora de bochorno insufrible buscan refugio bajo los portales y parasoles de la plaza, se sientan a tomar helados, café, refrescos. Los ve moverse en tropel, sin atreverse a correr el riesgo de la segregación, igual que los mexicanos que en derredor de una mesa beben y discuten y conversan y repiten los mismos argumentos con las mismas frases que nada les significan, las mismas que emplean cuando se reúnen en México, amedrentados en el fondo de que pueda reventarse el cordón que los une y sujeta al clan, a la cueva protectora. Quizás el reproche más serio que hubiera deseado hacerle a Carlos Ibarra era su fracaso al intentar el desprendimiento, al esforzarse por hacer de la ruptura una norma de conducta. Pero también le reprocha haber vivido con deliberación, sin atenuantes, desnuda y lúcidamente esa derrota, cuando habría sido tan fácil volver a México y obtener el éxito más o menos mesurado conseguido por sus otros amigos. Y también le reprocha… Podría pasarse la tarde enumerando los mil cargos que profundamente le reprocha…

El, por ejemplo, no llegó a ser el director de cine que dejó, a quienes en otra época le rodearon, esperar y desear que fuera. Hace argumentos que le dan buen dinero. Invierte en algunas producciones donde no hay pérdida posible, asiste a festivales y es fotografiado junto a actrices, actores y directores famosos, siempre, al parecer, ocasionalmente. ¿Cuántas veces no ha comentado que la publicidad no es su fuerte, que admira a quienes tienen siempre tiempo y, sobre

todo, ganas, de estar en el lugar preciso y quedar situados exactamente ante la cámara indicada, lo que a él, deben creérselo, le produce una hueva descomunal? Sabe, de cualquier modo, administrarse bien. A sus socios les conviene que su cara aparezca con frecuencia en los diarios, eso le da a la empresa el toque de glamour necesario. Para ello viaja, atiende a figuras de prestigio internacional en la reseña de Acapulco, emite opiniones que después reproducirán las columnas especializadas, y que, a la larga, se traducen siempre en mejores ingresos para tal o cual cinta; asiste, cuando le es posible, a los festivales importantes. Por eso está ahora ahí. No es un magnate, no; mucho menos un lobo de la industria. A menudo comenta, y lo hace con absoluta convicción, que si pudiera hacer a un lado sus preocupaciones culturales, le iría mucho mejor, pero entonces el cine dejaría de interesarle; tan pronto como tuviera que considerarlo un mero negocio se le convertiría en algo esclavizador y repugnante. Sí, cree en lo que dice: está enteramente satisfecho de ser como es. Ese año, el Festival resulta más agradable que el anterior, aun cuando los conflictos políticos tienden a convertir algunas sesiones en actos que le resultan detestables. Pero a pesar de que la política no le interesa y de que está en contra de su intervención en esa muestra, él siempre se siente bien. Y en los últimos días, quizás por haber descubierto que está de verdad enamorado, ha logrado disfrutar plenamente la estadía. ¡Venecia nunca dejaría de ser Venecia! Los días se habían deslizado sobre ruedas hasta el momento en que esa tarde asistió a la exhibición. A partir de entonces ni siquiera logra encontrar el tono de voz adecuado para conversar con sus compañeros.

Ha encontrado a personas a quienes conoció y festejó en México, con quienes tropezó en Catines, en Karlovy Vary, en San Sebastián, a las que volverá a saludar esa noche si se anima a ir a la fiesta ofrecida por la delegación húngara. Pero una gran fatiga, un miedo impreciso lo han decidido a no asistir. No quiere conocer al director japonés en esas circunstancias. El diálogo sería imposible, entrecortado por mil saludos y felicitaciones que impedirían la conversación que a Hayashi –cuando supiera quién era él – le interesaría entablar. Prefiere concertar mañana una cita para verse otro día; sólo así podrían hablar con calma. Necesita que le explique cuáles fueron sus fuentes, cómo se enteró de aquellos episodios, quién le relató el capítulo final. No quiere, no puede creer que todo sea una coincidencia. ¡Sería como para volverse loco! El título mismo desdice esa posibilidad: ¡El tañido de una flauta! “¿Piensas acaso que soy más fácil de tañer que una flauta?” El comentario incidental de Morales sobre el parecido entre las dos películas refuerza su seguridad. ¡Aunque ya para ese momento cualquier confirmación le hubiera resultado innecesaria! Un hecho es real: de alguna manera Hayashi llegó a enterarse de la existencia y del

derrumbe de Carlos Ibarra.

Sí, en cierta manera se trata del mismo eterno relato, la historia del Fulano que en un instante imprevisto descubre que su vida carece de sentido. Pero él está seguro que no va a lograr jamás tal descubrimiento a su costa. Sus dudas serán momentáneas. Sólo pretenderá contar, mejor dicho sólo podrá ser un instrumento, un pretexto para recordar, más que al viejo amigo, la relación con él. ¿Cómo podría descubrir un fracaso cuando ése no existe?; en el fondo nunca creyó en éxitos mayores. Tiene muchos recursos de los que echar mano para crear una densa pantalla a su derredor. Ni siquiera en los lejanos años de estudiante se hizo demasiadas ilusiones sobre su talento. Le interesó el cine desde muy joven, luchó para que sus padres le permitieran seguir estudios en Nueva York y lo consiguió. Si resultaba un buen director, perfecto. En caso contrario, no se perdía nada. Lo importante era lo logrado, y lo que estaba en marcha; lo importante, más bien, era la marcha: proyectos asequibles, resultados felices. Así, pues, no puede meditar sobre una derrota porque no existe. Su vida marcha por carriles que previamente trazó y su esfuerzo ha sido recompensado con creces, en gracia, tal vez, a la modestia y a la honestidad de sus intenciones. Ha heredado buena parte del patrimonio familiar. Se sabe administrar a las mil maravillas aunque la gente tenga la impresión de lo contrario. Ha disfrutado como ninguno de sus compañeros los días en Venecia; ha establecido contactos satisfactorios para su empresa. Goza con estar en el extranjero, y esa vez sobre todo por tener la certidumbre de que un avión lo despositará de nuevo en unos cuantos días en la Ciudad de México. No se trata de un caso de nacionalismo exacerbado; existen razones más íntimas. Al mediodía, antes de ver la película japonesa, es decir cuando aún era feliz, entró en una tienda de discos, oyó una última grabación de Dionne Warwick, la compró para llevársela a Emily de quien está animada y satisfactoriamente enamorado.

Da un último trago a su vaso de whisky; se despide una vez más con la súplica de que lo disculpen ante el Chino, ya lo vería mañana. Se levanta y comienza a andar. Le irrita la estulticia de sus compañeros, su falta de curiosidad, su obtuso, romo intelecto. Le desespera la falta de interés que la ciudad provoca en ellos, la fácil aceptación de ese portento cuya mera existencia desafía y anula cualquier imagen preconcebida. El viaje no les despierta el menor anhelo de libertad, de cambio, de olvido de su cotidianidad, no intensifica ni satisface ninguna necesidad espiritual. Todo lo contrario, se obcecan en negarlo, en anular cualquier mínimo vuelo interior que pueda provocarles. Para ellos el Festival tiene una validez definitiva; en él se cumple y se agota la razón de que Venecia exista. El fin es asistir a funciones de cine, cocteles, mesas redondas, encuentros con

periodistas, recepciones. Saberse en medio de los grandes, rodeados de luminarias entre las que ilusamente aspiran a encontrarse ("¡Fellini brinda a la salud de Norma Vélez!" "¡Chabrol departe cordialmente con su colega el chino Toche!"); representar, ante los ojos del mundo, a la industria film ira mexicana. Sabe que con la excepción de Morales, que seguramente se trazará un programa distinto, entrarán en San Marcos, recorrerán dos o tres naves a paso veloz, verán luego, con igual prisa, el palacio de los Dux, harán los comentarios obligados en las salas, corredores y mazmorras, darán, si aún no lo han hecho, un paseo en góndola ("Norma Vélez y el Chino prefieren la soledad. ¿Romance en puertas?"), comprarán bibelots de Murano para la sala y para hacer algunos regalitos y así, tranquilizada la conciencia, habrán dado por cumplidas las exigencias culturales. Dirán que Venecia es como un sueño ("¡Venecia es lo sueño!") y se sentarán otra y otra y otra nueva vez en la Plaza a hablar de las tribulaciones y grandezas del cine nacional.

No tiene un lugar preciso al que dirigirse. Si no fuera tan tarde entraría en San Roque a echarle un vistazo (no sólo por la filistea necesidad de marcar en esos momentos sus diferencias con el resto de la tribu, sino, sobre todo, para intentar olvidar los efectos que le ha producido la película) a la Santa María Egipciaca y al gran Tintoretto de la escalera. Se arrepiente de no haberle sugerido a Morales un paseo. Le interesaría saber qué semejanza pudo encontrar entre las dos películas, cuando el tema, los recursos técnicos y, sobre todo, los resultados, eran tan diferentes. Desde un punto de vista estético resulta casi blasfemo encontrar parecidos. Sólo alguien que estuviera en el secreto, y no podía ser el caso de Morales, pues debía ser un niño cuando Carlos salió de México, podía descubrir los parecidos posibles.

Camina por callejones estrechos, de losas desiguales; atraviesa pequeños puentes poco transitados. Sin advertirlo, abandona el circuito turístico, se pierde en un vericueto de pequeños canales de aguas pútridas y callejones de muros carcomidos y musgosos, hasta que decide detenerse en una pequeña plazoleta, en cuyo extremo una fuente en forma de media luna parece creada especialmente para calmar la sed del afanado individuo que esa tarde bochornosa de agosto camina por la ciudad en busca de un alivio impreciso. Le atrae una vinatería al aire libre con tres o cuatro largas mesas colocadas bajo una parra nudosa de escaso follaje. Se sienta en la cabecera de una de ellas y pide una botella de vino. A su lado, unos obreros en camiseta juegan a las cartas; en otra mesa un grupo de jóvenes se trenzan en una bulliciosa disputa sobre un artículo estampado en un periódico que uno de ellos sacude, con indignación, casi sobre la cara de sus compañeros. Por los ademanes, por uno que otro vocablo que le parece inteligible, cree adivinar que discuten sobre un partido de

fútbol, pero luego se convence de que el altercado gira en torno a una crisis política y al final se queda sin saber de qué hablan, tan intrincado y confuso le resulta el idioma. Las mujeres tejen, cosen, remiendan, conversan con desgana, reprenden mecánicamente a sus hijos sin necesidad de dirigirles la mirada. Unos niños en cueros, otros con los calzones sucios, tratan de hacer salir a un perro de abajo de la mesa; a veces corren a la fuente, se salpican la cabeza, acarrean agua haciendo un cuenco con las manos para bañar al felpudo animal al que el calor ha sumido en un sueño profundo. En poco más de una hora todo ha cambiado, hasta el idioma: en las mesas se habla el crispado y oscuro dialecto de Venecia. Han desaparecido los cafés brillantes, los bares lujosos, los leones simbólicos de la Serenísima, los viejos caballos de bronce y el de Marino Marini, las cúpulas y campanarios, los ricos muros policromados, las cámaras fotográficas, las obesas palomas, las nubes de turistas, Bizancio, el Giorgione: claves, signos que lo comunican con un orbe que digiere y maneja sin mayores esfuerzos. Ahí, ante esos balcones en que las camisas, las combinaciones, los calzoncillos se orean al sol, ante la extrañeza de la lengua y esa esencialidad de vida, lo vuelve a atravesar la imagen que ha deseado olvidar, la imagen que desde esa tarde –cuando clavado, atónito, en su butaca, se decía: "¡Carajos, no puede ser!, ¡Dios mío, esto no puede ser!" – busca y a la vez teme resucitar; tiene la seguridac de que ese paseo en apariencia involuntario no obedece sino a la búsqueda de una imagen, y de golpe siente el deseo de quedarse durante horas y horas en esa plazoleta, hasta que llegue el propietario a recoger las mesas, y luego lanzarse en busca de otras plazas semejantes, donde otras mujeres igualmente gordas, con delantales pringosos y semirremangados, tejan y remienden calcetines sentadas al lado de sus puertas y haya también un perro agobiado por el bochorno y chiquillos tan estrepitosos como los que juegan casi bajo sus piernas. Seguir, entregarse al azar, cualquier punto cardinal podía ser bueno, tentado por esas voces casi inaudibles que, con inocente incoherencia, lo asaltan muy de cuando en cuando, pero que en ese instante resultan perentorias hasta que llegue el momento en que también su vida no sea sino una colección de plazas, de calles, de nombres, de frases sueltas defectuosamente pronunciadas en idiomas y dialectos exóticos. Mareado por la intensidad de la visión, aterrorizado como no lo ha estado jamás por la violencia de ese deseo de abandonar profesión, negocios, amigos, hasta el amor de Emily, para lanzarse a vagabundear por los caminos, convertirse, al fin, en otra réplica de Carlos, se apresura a pagar, y luego, perdiéndose en las calles, caminando como un ciego, preguntando aquí y allá, semi-adormecido por una fetidez arrulladora, desanda sus pasos hasta llegar al hotel. No puede reprimir la curiosidad y al pasar junto a sus vecinos

se detiene a leer el titular del periódico. Una noticia sensacionalista: En unos cuantos años más Venecia desaparecerá tragada por las aguas. ¿Venecia sumergida? ¡Era difícil imaginarse algo más absurdo!

Tres

¿Está despierto, o la conversación con Mina ha sido sólo un sueño?

Mina Ponti se ha asombrado ante sus proyectos de permanencia en México. Teme que en caso de volver a Londres pueda recaer en las redes de Irka. Nunca sabría que sus intrigas sólo le habían servido de pretexto para la ruptura, pues en el fondo, aunque ni él mismo logre creerlo, lo único que deseaba ya en aquellos momentos era escapar. La relación con Irka quedó minada la primera vez que lo llevó a visitar a su tía Gita. Lo que al principio lo había atraído más de la muchacha fue la sonrisa. Tenía los dientes muy separados unos de otros. Cuando sonreía, cuando hablaba, al suspirar, aquellas hendiduras le daban a la boca una expresión infantil y a la vez levemente procaz. El día que conoció a la tía Gita descubrió los mismos dientecillos, las mismas fisuras, la misma sonrisa incrustada en un rostro ajado y amarillento; el efecto era diferente. En la tía, la sonrisa se volvía rapaz y maligna. A partir de ese momento, la boca de Irka quedó contaminada por la mueca de la anciana. Claro que Mina Ponti no sabía eso. Sus argumentos, conminándolo a quedarse (también ella piensa instalarse por tiempo indefinido en su hermoso país) hubieran podido ser expuestos por cualquiera de las glorias locales: Europa está en plena decadencia; su momento ha pasado; ¿tiene sentido volver a aquel cementerio? ¿Está dormido o despierto?

Cuatro

No había mentido del todo al asegurar que no iba a la fiesta porque se lo impedía una llamada de larga distancia. Desde que salió del cine ha sentido la necesidad de hablar con Emily. Al llegar al hotel pide la comunicación y sube a su cuarto a esperarla. Sabe que pasarán varias horas antes de que sea posible obtener línea. Piensa dormir un poco: la caminata lo ha dejado exhausto. Será agradable oír el campanilleo del teléfono, levantarse como sonámbulo y acabar de despertar con la voz agradablemente sorprendida de Emily al oírlo. Pero no bien se ha lavado la cara, sacado los zapatos y tendido en el lecho cuando, para su sorpresa, suena el teléfono. La llamada está lista. Después, cuando cuelga, descubre que la noche le ha quedado vacía. Por un momento piensa salir otra vez, alcanzar a sus compañeros en la recepción, pero a la fatiga y a sus anteriores objeciones se suma otra: acaba de oír la voz de Emily y sabe que de ir terminará, como ayer, como anteayer, por acostarse con alguien, y esa noche él había exigido fidelidad, sí, sí, medio en broma, pero terriblemente en serio, y debía también correspondería. Nada podía producirle mayor pereza que empezar ahora a modular la voz, adoptar el aire terso y arrogante que se espera de un latin lover de sienes plateadas para acabar encamado sin remedio con una actricita sueca o una periodista italiana más bien pasada de años.

Durante años no ha experimentado sorpresas como las que ese breve viaje le entrega. La primera, el gran shock: la película japonesa. Otra, menos espectacular, pero para él importante, el descubrir lo mucho que Emily le importa; bastante más de lo que podía haberse imaginado en México. En esos días se ha encontrado pensando, en los momentos más imprevisibles, en casarse con ella. Toma de una mesa el libro que compró en el quiosco del hotel el día de su llegada, *The Towers of Trebizond.* Lo abre en la página que señala el marcador, trata de leer un poco pero no logra concentrarse; es quizás la obra menos indicada para esas circunstancias; las aventuras supuestamente humorísticas de un grupo de anglicanos que a lomo de un camello blanco se lanzan en busca de prosélitos por las montañas y desiertos de Anatolia, no logran retener su atención. No recuerda a quién le oyó recomendar hace años ese libro; posiblemente a Rosa María, aunque

conoce su humor y es diferente al que segrega la novela. Deja en paz el libro, se levanta y se prepara un whisky. Las palabras de Emily lo mantienen aún muy excitado, al igual que su sorpresa, la alegría de su voz, sus celos, y sin saber cómo, sin entender por qué, sin asociar ese momento con la época en que se enamoró de Rosa María, comenzó a recordar algunos incidentes de la filmación de *Hotel de frontera,* la película que proyectó siendo aún estudiante de cine en Nueva York, poco tiempo después de vivir el conflicto que planteaba en ella, la que realizó por fin al volver a México… Más que escenas, recuerda circunstancias de la filmación, su entusiasmo y el de algunos amigos durante las primeras jornadas de trabajo; las largas discusiones con el guionista en torno a los diálogos, las artimañas de aquél para imponer siempre puntos de vista que, por desdicha, nada tenían que ver con el cine y sólo muy tangencialmente con la literatura, de lo que resultó que los protagonistas se expresaran en un lenguaje rarificado y lampión, ni literario ni cinematográfico; la invención de un personaje de ternura muy convencional, una joven camarera de hotel enamorada en silencio del protagonista, para que Rosa María tuviera un papel; los días pasados con ella en Brownsville y en Matamoros en busca de locaciones; su impericia para manejar a Julieta Arcángel, la detestable jamona caribe quien se movía siempre a un ritmo de bongó y que tiñó a la protagonista de un aire truculento de conguera barata por completo distinto, diametralmente opuesto, al tono sedoso, a la lánguida neurastenia o a los furores de Paz Naranjo. Todos los factores estuvieron en su contra. La película resultó otra cosa y no lo que proyectó. Pero el fracaso, más que a su falta de experiencia, lo atribuyó entonces –y lo ratifica ahora – a la timidez, al pudor, a la falta de valentía con que se enfrentó a aquel triángulo. Su pusilanimidad frente a los personajes hizo que fuera incapaz de defender con convicción su visión y que el autor del argumento, la actriz, el fotógrafo, los técnicos, hicieran con él lo que les vino en gana, sin saber oponerles la resistencia necesaria. Pensar que aquel trío que gesticulaba en la pantalla pudiese tener alguna relación con él, con Carlos… ¡con Paz!… Ninguna. ¡En absoluto!

¡Sin embargo, esa tarde Morales…!

Carlos había sido su antagonista radical. Con dificultades podía encontrar a otra persona menos afín, alguien que sin tener que manifestarlo expresamente le revelara las cien resquebrajaduras de ese haz de expresiones y actitudes que insistía en considerar como integrantes de su personalidad. ¡Sus valores, como quien dice! Después de cada encuentro no hacía sino rumiar una rabia confusa, a veces feroz, incomprensible siempre. Porque, de cierta manera, Carlos lo defraudó en todas las ocasiones en que se encontraron. El entusiasmo contagioso de su anarquía se convertía, apenas se quedaba

a solas, en temor al vacío. Cuando se despedían, sobre todo al principio, deseaba con fervor no volvérselo a encontrar; pensar en el entusiasmo poco antes experimentado lo enfermaba, hasta que de pronto recibía una carta y ya el primer o el segundo párrafo eran capaces de recrearle la misma fascinación que sobre él ejercieron siempre sus oscilaciones, sus manías.

No le cabe la menor duda, no la tuvo a los veinte minutos de iniciada la proyección, pero tiene necesidad de rascar, de hurgar para ver si surge un nuevo elemento que logre hacerle aparecer aquello como una coincidencia extraordinaria. No hay evasión; sabe que cada uno de los episodios que integran la película, apenas tenuemente velados por el necesario trasplante a otra región, se basan en circunstancias reales de la vida de su amigo. Advierte hasta qué grado, en qué espantosa medida le han impresionado las imágenes contempladas esa tarde, la última escena, sobre todo, que arroja una luz nueva sobre el final de Carlos. Y sabe entonces que su llamada a Emily ha tenido el carácter de un grito de auxilio. Es un náufrago amedrentado que implora ayuda a la Tierra Firme.

Cinco

¿Habría llegado Carlos a conocer a Hayashi? ¿Habrían tenido la suficiente intimidad para que el japonés pudiera recrear con tanta nitidez los momentos significativos de su vida? Nada era imposible. En aquellos años de desplazamiento perpetuo Carlos se había movido entre los grupos más heterogéneos. En la primera etapa de su estancia europea, cuando lo comenzó a tratar, frecuentaba, sobre todo, a sudamericanos opulentos de alguna manera relacionados con el arte, coleccionistas de pintura, cultas damas de salón, jóvenes herederos, gente de la que más tarde se desligó casi por completo para situarse en ambientes más afines: poetas, cineastas, estudiantes, artistas, vagabundos. La nacionalidad no importaba, podían ser franceses, irlandeses, búlgaros, mauritanos.

Pudo haber conocido al entonces muy joven Yukio Hayashi, estudiante de cine en Londres, en unas vacaciones en Roma, en una aldea sobre el Balaton, o en Azauira, en cualquier parte, para el caso daba lo mismo; conversarían, pasearían, discutirían, beberían, seguirían discutiendo. El joven le explicaría a grandes rasgos su proyecto de filmar, tan pronto como regresara al Japón, una versión de *Kappa,* ese enigmático (o profético) relato de Akutagawa expondría a grandes rasgos su visión del arte; hablaría de su entusiasmo por la precisión de Ben Nicholson y de la Hepworth, de la desnudez de visión de Gabo y Pevsner, de ciertas relaciones entre las antiguas escuelas japonesas y la abstracción contemporánea, y de la posibilidad de crear con ese tipo de elementos un ambiente cinematográfico que al oponerse totalmente a la borrasca emocional de Akutagawa condensara su dramatismo por medio del frío. Mover a los personajes, desarrollar sus situaciones dentro de un escenario inspirado, digamos, en Nicholson, donde el paisaje estuviera creado sin la más mínima sensación de nostalgia, sino marcado, con todos los tonos del blanco o con colores y texturas muy delicadas, relaciones puramente de espacio. Ante esas formas geométricas puras, donde las curvas se transformaran súbitamente en ángulos agudos, superpuestas para crear la ilusión de planos transparentes, cualquier movimiento efectuado por un Kappa, por cotidiano que fuera, se cargaría de una tensión dramática intolerable. Carlos lo escucharía con la

concentración que tan bien le conocía, con todos los sentidos alerta, y esa misma concentración sería la que dirigiría el pensamiento de Hayashi. Le había tocado estar presente en casos semejantes. Algunas ideas flotantes, vagas y neblinosas se concretaban debido a la atención con que él sabía escuchar; en base a esa misma atención Hayashi comenzaría a visualizar situaciones, luces, líneas, movimientos, gestos, tonos de voz, ritmos, para, en el momento de mayor entusiasmo, sentir la descarga atroz. Carlos le haría ver la saludable necesidad de arrojar todo aquello al cubo de la basura, no atenerse al fácil recurso de los contrastes, buscar en los alemanes el tono y el clima expresionista. De la misma manera que si el otro hubiera hablado con entusiasmo del mundo de Kirchner, de Munch o de Nolde para ambientar su película, lo habría remitido, tajantemente a Mondrian o a Joseph Albers. El caso era comenzar siempre a partir de cero. Por supuesto, al final no lograría contenerse y le sugeriría ponerse en contacto con la estimable Muck Turtle, docta en expresionistas. Era indispensable que hablara con ella si pensaba hacer algo con *Kappa.*

Debía haber un encuentro posterior. Años después. Yukio Hayashi, autor de dos o tres películas (entre ellas la extraordinaria versión de *Kappa),* figura importante en la vanguardia cinematográfica internacional, conversa con un mexicano gordo y prematuramente envejecido bajo las palmeras de un jardín del Adriático, y trata de rescatar, en el flujo incoherente de un monólogo alcohólico, la lucidez de su antiguo amigo, el inquietador, el perturbador de años atrás. Después del estupor que le produce el encuentro con aquel deteriorado viejo saco de alcohol y recuerdos, se dedica con toda sangre fría a extraer los incidentes necesarios para construir su biografía. Años después, enterado de alguna manera –¿de cuál?– de la muerte de Carlos, trasplanta todo ese material a un ambiente asiático y filma la película.

Pero a fin de cuentas todo eso no es sino un alarde de fantasía pedestre. Cabe también la posibilidad de que Hayashi nunca hubiera conocido a Carlos y que el argumento se base en un libro de éxito popular en su país. Carlos pudo haber tropezado con algún escritor que noveló su vida. ¿No era una maravilla imaginar a una joven de Tolio sentada en el metro, descifrando el destino extraño de aquel hijo de prósperos rancheros de Colima perdido en una remota aldea del Adriático, o a un empleado de banco que disfruta a la hora del almuerzo con el capítulo que a él mismo le tocó vivir, el de la estancia en Nueva York? Y en ese momento se siente extrañamente orgulloso de ser el único sobreviviente de aquel triángulo efímero. Sabe que el mero hecho de conocer al personaje que ha inspirado un drama, una novela o, sobre todo –por su inmediatez y eficacia –, una crónica periodística logra que la hazaña relatada afecte al lector de una

manera diferente, le haga compartir en cierta forma la opulencia o parquedad con que la letra impresa formuía el destino de un tercero. Al leer, por ejemplo, que un avión fue secuestrado en pleno vuelo y obligado a cambiar de ruta, la noticia por lo general lo deja frío; ha cumplido su misión informativa y basta. Pero si quien sacó el revólver para colocarlo en la nuca del piloto, o el piloto o la azafata en turno o, en el más modesto de los casos, un pasajero cualquiera resultase por azar conocido suyo, la sensación sería distinta; la función informativa deja de contar para dar paso a otro fenómeno. El haber tomado juntos una copa en un bar, o concurrido a una misma fiesta, o haber estado presentes en la boda de un amigo común, permite compartir un poco de su aventura y en vez de la simple noticia de prensa se siente de golpe incrustado en una sucesión de imágenes colmadas de tensión y riesgo, y de ese modo se apropia un poco del destino del hombre del revólver o de su víctima, o del espectador real. Algo así le ha producido la película. Ser uno de sus protagonistas lo hace vivir, como diría Rosa María, como a menudo repite Emily, como él mismo piensa esa noche, “en medio de un torbellino de emociones”, presa de una caótica embriaguez de recuerdos e imágenes, de recuerdos y copas, de recuerdos y culpas. Y a eso se añade la rara experiencia de haberse visto interpretado por un actor japonés muy espigado, muy catríncito, un poco relamido y vacuo como seguramente debió haber sido él cuando tenía esa edad.

Cabe una tercera posibilidad, más fácilmente desdeñable: Carlos podía haber publicado con seudónimo una novela autobiográfica. ¿Y si bajo un nombre falso fuera un autor famoso, traducido a otras lenguas? De ese modo ni el director ni el guionista podrían tener la menor noción de la existencia del personaje real. Eso aclararía la bonanza económica de algunas épocas, pero dejaría sin explicar muchas otras cosas, no sólo el final, sino la esencia misma de la cinta. Si escudado en un seudónimo Carlos era un autor famoso, ¿cómo podía ser entonces el personaje del film que encarnaba todos los fracasos y carencias posibles?

Seis

De regreso al hotel se detiene durante unos minutos en un puente. Se apoya en el barandal; está muerto de cansancio. El puente se tendía sobre un canal estrecho, sin importancia, belleza ni prestigio. Las fachadas de las márgenes no estaban policromadas; eran simples muros de piedra y ladrillo, renegridos y mohosos. Las jambas y dinteles de las minúsculas ventanas parecían estar a punto de resquebrajarse bajo el peso de la construcción. ¿Habría pasado antes por allí? Todo le resulta desconocido. Teme alejarse cada vez más del centro. En el canal se arremolina la basura, cajas vacías, desperdicios, latas, un trozo de remo, una bota o algo que tiene la apariencia de una bota de minero. Una góndola con el mascarón roto, un cisne negro degollado, mece sus ataduras frente a las gradas de un portón carcomido. La costra de basura se estrella rítmicamente contra su costado. ¡Ah, la tristeza que podía inspirar Venecia cuando se lo proponía! Por un instante tiene la impresión de que el encabezado leído al pasar frente al periódico revela la verdad. ¡Se hundiría Venecia! ¿Hundirse Venecia? Hacía años que se repetía la misma historia. Era un tópico de boga ya a finales de siglo. Morales habría opinado que eran los resabios de la leyenda negra creada por el positivismo.

– La razón comteana no puede admitir este prodigio. ¿La tour Eiffel? ¡Sí, por supuesto!, era el triunfo del hierro colado. ¿Venecia? ¡Jamás! ¿No acaso su niebla era la negación tácita del vapor que empezaba a mover el mundo? Venecia era un bofetón en el rostro de Manchester y Glasgow, de Frankfurt y de Lyon –comentaría Morales con el ceño fruncido –. Ni siquiera podía pretender que sus aguas fueran curativas. No servía para nada. Estimulaba el ocio, la blandura, la sensualidad. Las novelas sobre Venecia eran loas morbosas a la desintegración del alma. El hombre allí nunca se rehacía; ni siquiera le preocupaba intentarlo; se desmoronaba, agredido por los sentidos; se dejaba tentar por lo abominable.

Pero Morales no estaba a su lado, y por ello no expresaría aquellas reflexiones. Se sentía muy triste; quería sólo recordar, recordar, recordar a Carlos y a Paz durante los días que pasaron juntos en Nueva York. ¡Que se hundiera Venecia!

Siete

Le resulta extrañamente impreciso el momento en que se conocieron. Recuerda con vaguedad una figura que aparecía de vez en cuando por el café de Mascarones y se sentaba a conversar con los maestros de su hermana. Como entre nieblas se acuerda de haber ido –¿con quién? – a la lectura de unos capítulos de su novela, ¡sí, ya había nacido entonces la novela!, a un departamento de la colonia Roma, a la altura de la plaza de Miravalle. A ninguno de los dos le interesaba fomentar el trato. Sus círculos no eran próximos. Carlos era varios años mayor que él; era uno de los escritores jóvenes que empezaba a destacar; él, en cambio, acababa apenas de terminar la prepa.

Reconoce con pesar, con cierto remordimiento, que en el fondo cuando se enteró de su muerte sintió cierto descanso; la consideró al igual que todos sus antiguos amigos – todos era mucho decir, daba la idea de multitud, de aceptación gregaria; lo lógico sería decir los pocos amigos, quizás él era el último, el único, aunque después de la separación en Belgrado ni siquiera podía decir que había seguido siéndolo –, como algo natural, como lo único natural que podía ocurrirle. Circularon durante algún tiempo versiones distintas. Alguien pidió informes en el periódico en el que colaboraba; la respuesta fue vaga: un accidente en una montaña, le parece que dijeron; no recuerda quién comentó que la muerte fue debida a un ataque de cirrosis, ni quién que había muerto en una clínica de enfermedades mentales. Un conocido suyo, secretario en la Embajada, le mandó después de algún tiempo noticias tan confusas que era imposible deducir nada seguro de ellas. Por Belgrado, decía la carta, no aparecía ya nunca. Había pedido que le mandaran cualquier eventual correspondencia a un café de Rotor. En México su muerte no fue comentada. Carlos no era noticia. Se había convertido en una amarillenta comparsa del pasado. Y en aquella población de Montenegro, a la que unos años atrás había tratado de llevarlo, y que localizó en un mapa al sur de Dubrovnik, sus huesos conocerían la lenta descomposición de una tumba sin nombre, como una mofa más al anhelo de luminosidad que alentó en los años en que todo era promesa. ¿Anhelo de luminosidad? ¿Lo tuvo alguna vez? ¿Cuándo lo

había perdido? ¿Quién podría señalar el momento y determinar las causas de la caída?

Si alguien cinco, seis, diez años antes, le hubiera asegurado que llegaría un día en que recibiría con indiferencia la noticia de su muerte, habría tenido que enfrentarse no sólo a una total incredulidad sino que además quien lo dijera lo heriría en lo vivo. Sin embargo así fue. No hubo estupefacción, ni dolor, sólo tranquilidad. Se dijo que para el propio Carlos la muerte había sido seguramente la mejor solución. Su novela, el legendario, eterno work in progress se había quedado en un proyecto de realización imposible, con el cual, al final, ni siquiera él podía engañarse. Había perdido todo atractivo. Del joven brillante y divertido que conoció, cuya amistad mantuvo a través de diversos encuentros y de una nutrida correspondencia, no quedaba sino un viejo estrafalario, descuidado en el vestir –le parecía ver aún los zapatos innobles que llevaba la última vez –, mal afeitado, con un tufillo sospechoso y una impertinencia tan desmedida como su necesidad de alcohol.

Nunca logró, y por eso *Hotel de frontera* resultó, más que por cualquier otra razón, una película desvaída y poco convincente, constreñir a Carlos a un marco establecido, encasillarlo, encontrarle un sitio dentro de una jerarquía conocida. No fue un beatnik, a cuya época más bien pertenecía; cuando el auge de los hippies, él ya estaba liquidado; no hubiera podido incorporarse a ellos, no sólo por razones de edad, sino de temperamento. Su protesta era de otro tipo; enteramente natural e inconsciente. Nada tuvo de programático. En un principio fue muy simple; consistió sólo en ejercer su capacidad para el placer.

– Nuestro mundo, éste por el que tú y yo deambulamos, no admite la alegría, a menos que la haya previamente codificado. Debes, il faut, bisogna, you need mostrar júbilo, felicidad, exultación, pero siempre y cuando sea como respuesta a un factor creado exprofeso: el circo, los bufones, la comedia, los chistes, la mujer gorda que se cae al suelo, la farsa, el ridículo, lo grotesco, el sainete, los cuernos que una putita le coloca al marido viejo, la caricatura, el pastel estampado en la cara mofletuda, todo en la dosis conveniente; sí, sí, muy bien regulado, de manera que hasta los suizos puedan lograr su cotidiana dosis de júbilo. Pero ser feliz sin motivo determinado, reírte sin motivo como la genial hiena del cuento, eso ya es otra cosa y no te lo perdona nadie. Inténtalo y verás; verás que de repente te has acercado al desafio, que hieres a los demás en una zona imprecisa, en un flanco no custodiado y por ello su desconfianza será mayor. Descubrirás que casi todo el mundo, aun quienes navegan con banderas de heterodoxia, en el fondo a lo que aspiran es a la sacralización.

Fueron los pasos iniciales. No pudo mantener la línea. ¿Dejaría de

creer en ella? ¿Le habría resultado imposible seguir siendo feliz? En definitiva, su verdadera protesta residió en el silencio, en no escribir nunca la novela, cuyos primeros capítulos le había oído leer mil años atrás en México. Pero también en eso resultó vencido. Su silencio no había sido el de Durhamp sino el del derrotado. El mundo terminó por moldearlo, sin que él lo percibiera con claridad, incapacitándolo para defenderse. El mundo conformó un producto del todo distinto al ser que él se había propuesto realizar. Por eso Hayashi no pudo tener los mismos problemas que él para asir al personaje. Cuando lo tomó, ya Carlos estaba catalogado. La vida terminó por reducirlo al modelo prefabricado. De haber vivido un poco más habría repetido el desprestigiado anacrónico modelo del viejo literato latinoamericano varado en Europa, borrachín, desventurado, sin asideros, a quien hasta sus amigos le sacaban la vuelta, o saludaban, si acaso, con fastidio y a la defensiva contra el infalible sablazo. Y en parte ya Carlos era eso.

– Lo debes buscar. Encuéntralo a como dé lugar. Te mostrará todo lo que haya de interés en Londres. Lo conoces, ¿verdad? No dejes de localizarlo. Tiene amistades formidables. Moreno y Gloria se divirtieron a morir los días que estuvieron juntos.

Pasó cinco semanas perfeccionando su inglés en una escuela, y en vano trató de convencer a sus padres para que le permitieran quedarse y estudiar cine. No buscó a Carlos. En realidad no eran amigos. Desde un principio se integró a un grupo de estudiantes mexicanos. Un mediodía, en vísperas del regreso, fue a la Embajada a despedirse de algunos amigos. Ahí, por azar, lo encontró. Estaba eufórico. Acababa de recibir un cheque de Venezuela, el pago de unos reportajes. Comieron juntos. Cuando le contó el tiempo que llevaba viviendo en Londres, le reprochó no haberse puesto en contacto con él, lo convenció de que pospusiera su viaje por dos o tres semanas y en ese tiempo lo sumergió en una fábula de acontecimientos, reuniones, amigos, pubs, pequeños y formidables restaurantes centroeuropeos y balcánicos, de modo que Londres adquirió de pronto una dimensión inimaginada. Su estancia, antes del encuentro, le llegó a parecer banal, inexistente, y las veces en que posteriormente volvió, la ciudad le produjo siempre una desilusión; como si un día hubiera poseído, para después perderlas, las llaves que le permitían penetrarla. El mundo abigarrado de Carlos, su incoherencia aparente, sustentada por elementos incasables, antagónicos, por enlaces que le daban una unidad clandestina y estricta, no podían menos que enfebrecerlo. Se medio enamoró de Lucy, una chica uruguaya, y disfrutó intensamente con las andanzas y falsos éxtasis y tribulaciones de la Falsa Tortuga. Pasó también un fin de semana en Liverpool.

Recuerda la noche de la despedida en la estación Victoria, el fastidio de tener que ir al Havre a embarcarse, la pena de abandonar

Londres. Estaban de pie en un bar de la estación. Habían bebido mucho. Sentía profundamente no poder quedarse a estudiar. Pero sus padres habían mostrado una intransigencia radical. La Europa de la posguerra no daba las garantías suficientes para su educación. Lucy no había podido ir a despedirlo. Ninguno de los dos hablaba. Bebían. Sentía deseos de abrazarlo y expresarle de alguna manera lo mucho que le dolía esa separación, la amistad que sentía por él, lo reconocido que ie quedaba por esos días; lo consideraría siempre como a un hermano, no, como algo más. Comenzó a hablar; se sentía mareado; advirtió que los ojos se le empezaban a empañar y por pudor, por rabia, por miedo a sentirse poco viril, a que sus manifestaciones de afecto fueran recibidas con algún comentario irónico, reaccionó con violencia. Le dijo que la estancia Sabía sido muy agradable, pero que se iba preocupado por el desperdicio de tiempo y energía en que lo veía consumirse. Se divertía mucho, eso era estupendo, ¡para algo eran jóvenes!, pero también había que asumir ciertas responsabilidades, imponerse una disciplina. Veía serios riesgos en esa forma de vida tan grata como dilapidada que llevaba. Desde un punto de vista intelectual, también emocional, era necesario encontrar un eje, no perderse en esa dispersión febril que podía convertirse en el peligro mayor para el desarrollo de una obra.

Carlos lo interrumpió y comenzó a declamar dramáticamente aquellas líneas que le volvería a oír infinidad de veces en ocasiones posteriores:

¿Has advertido en qué cosa indigna pretendes convertirme?
¡Quieres tañerme!
Pretendes conocer todos mis registros.
Deseas penetrar hasta el corazón de mis secretos,
pretendes sondearme, para que emita desde la nota más grave a la más aguda del diapasón.
¿Piensas acaso que soy más fácil de tañer que una flauta?
Tómame por el instrumento que más te plazca,
pero por mucho que me trates, te lo advierto,
no conseguirás obtener de mí sonido alguno.

Hubo un silencio de unos cuantos minutos. Por fin se atrevió a preguntar tímidamente:

– ¿Es un poema tuyo?

– ¿Piensas acaso que soy más fácil de tañer que una flauta? ¡Grandísimo imbécil!, ¿para esto me sirvió haberte arrastrado al *Hamlet* de Gilguld? ¿Para que tres días después no reconozcas uno de los monólogos más importantes?

Un silbatazo. El tren estaba por salir. Corrieron. A duras penas

lograron que el porter volviera a abrir la puerta para subir las maletas. Vio a Carlos desintegrarse, envuelto repentinamente por una nube de vapor. Levantó la mirada hacia el enrejado del techo; cuando volvió a bajarla, la nube había desaparecido y con ella su amigo.

Ocho

Reconoce la extrema tensión del tejido nervioso que le sobreviene cuando ha bebido en exceso durante varios días. Por fortuna cualquier movimiento físico, el mínimo, – el mero hecho de abrir o cerrar los ojos logra vencer las visiones que lo acosan y retrotraerlo a la realidad, congelar en un instante el manantial de bengalas que irradia del centro del cerebro hacia los ojos y revienta con furia bajo los párpados con un chisporroteo vibrante e intenso, que desafía, por su imprevisible movilidad, todas las leyes de la simetría –, un movimiento insignificante basta para indicarle que está en una cama, su cama; que lo que vislumbra en el fondo de la habitación es el cuerpo de un armario, la luna del espejo, un cuadro y no la temida puerta por donde instantes atrás podía haber surgido el espeso torrente de formas que en tales momentos lo asalta con frecuencia: muecas deliberadas del rostro, rasgos inarticulados, ojos y bocas confundidos, orejas dentadas, fosas nasales abiertas como caños, risas y bostezos semejantes a los del gato de Cheshire, puños que avanzan a toda velocidad, se detienen, retroceden despaciosamente para, un instante más tarde, volver a arrancar de improviso y frenar a unos cuantos milímetros de sus amedrentados ojos. Pero esa noche las visiones no llegan a producirse, no necesita defenderse de ellas. Descubre que se ha quedado dormido con la luz encendida, que está vestido, que sólo le falta el zapato derecho. Le parece oír ruidos fuera de la habitación. Con seguridad hay ya gente levantada en la casa. Le resulta inquietante, sobre todo, la confusión de lugares. Lo primero que le ha venido a la memoria es la pelea con Mina; se palpa la mejilla, no la siente inflamada. Si realmente fue ella quien lo abofeteó, ¿está, ¡Dios!, pues, en Londres? Recuerda el júbilo con que le narró el desastre de Irka en Cressida. Paladeó la historia con gusto rencoroso. Irka pudo haber sido, tenía todos los elementos para ello, una Cressida ejemplar; lo era en la vida real y, curiosamente, tal vez por ello, nunca logró comprender al personaje. Recuerda también que comenzó a darle alas a la incauta ítala, para hacerla precipitarse en la trampa y revelarle la falsedad de sus antiguos informes. No había existido ningún afán de intriga, sino puro deseo –sostuvo ella– de protegerlo. Lo conocía mejor de lo que imaginaba, mejor quizás de lo que él

mismo podía conocerse; había advertido que aquella relación no conduciría sino a la esterilidad. ¿No era acaso cierto que durante el tiempo que anduvieron juntos había dejado de pintar? Por eso se había sentido en la obligación de intervenir. La insultó. Riñeron. Le vienen a la memoria detalles de la reunión en casa de Raimundo. ¿Qué hace allí Mina Ponti? ¿De quién lo protege ahora? Todo es muy complicado. El espacio se le convierte en un rompecabezas donde es posible ajustar las piezas como uno lo desea. Le parece oír la voz fatigada de su tía Amelia durante una de las últimas visitas, una noche de la que ya se siente tan separado como si hubieran pasado muchos años. La ve interrumpir la lectura de una novela de la Sayers en que cierto personaje pone en duda la realidad del mundo. La niña duerme en un silloncito de bejuco no lejos de la cama. Dobla una página del Penguin de forro verde y exclama:

– El mundo existe, el tiempo y el espacio existen, qué le va uno a hacer. Todas las mañanas, por desgracia, tengo que comprobarlo. No se trata sólo de una ficción de los sentidos. ¡Ojalá! Si así fuera despertaría un día en un bazar de Bagdad y al día siguiente en la ilusión Piazza Colonna. Sin embargo estas sillas, los libros, el grabado japonés que veo tan pronto como abro los ojos, me demuestran irremisiblemente la estulticia de mi tiempo y mi lugar. El dolor con el que despierto es una prolongación del mismo con el que me adormezco. No es la existencia del mundo lo que uno debería reprochar sino su monotonía. Sólo en sueños, al quebrarse la recta, podemos presenciar esa otra realidad ilusoriamente más próxima a nosotros. Acercarme, por ejemplo, a una mesa en el comedor de esta casa, comenzar a cenar con mis dos nietas y llegar al café sentada en la misma mesa y conversando con mi padre; aquí, pero también en Saint Kitts, libre, ¡oh prodigio!, de la presencia de Eduardo y de sus medicamentos.

Contempla el reloj. Pasan por lo menos tres minutos antes de que pueda enterarse de la hora. Se enfurecía cuando Juanita no lograba distinguir los colores y él mismo no es capaz de conocer la hora exacta sin necesidad de valerse de procedimientos anómalos. Para colmo, la carátula del despertador no reproduce los números. Tiene en su lugar, pequeños puntos dorados. Debe contar y multiplicar por cinco. Pasan siempre unos cuantos minutos sin que pueda echar a andar el mecanismo mental que le permite saber en qué hora vive. Oye un ruido que no logra precisar, toma con una mano el reloj y vuelve a fijar en él la mirada que, se imagina, ha de parecer en esos momentos la de un reptil: los ojos pelones, tensos, redondos, iguales a los de una especie de autorretrato que pintó poco después de llegar a Londres: un hombre en distintos tonos de gris, los ojos desorbitados, en el momento en que da a luz por la boca, con la ayuda de unos fórceps

enormes, a un sapo ocre con ojos iguales a los de quien lo escupe, iguales, podría asegurarlo, a los que ahora contemplan el reloj. Uno, dos, tres, cuatro. Ambas manecillas, fijas sobre el cuatro: las cuatro y veinte de la mañana. Ha dormido cuando mucho media hora. El ruido se vuelve muy claro. Es el grifo que no ajusta. Recuerda, de pronto, que al llegar llenó la tina con la intención de bajarse la borrachera con un baño. Había pensado en volver una vez más a casa de su tío y darle nuevas explicaciones, disculparse; le asustaba haber dicho algo inconveniente, insinuado el secreto que guardaba; se había sentido en la obligación de ir a desdecirse, de humillarse, de mitigar en algo sus culpas. Hubiera sido otra estupidez. Por fortuna se quedó dormido. Va al baño. Mete un pie en la tina, lo saca de inmediato con un estremecimiento, el agua está helada; olvidó conectar el calentador. Algo, quizás la serie de reclamaciones que antecedieron a la pelea, el estruendo de aquella fiesta de estudiantes y la presencia, ¡allí, entre todos los lugares posibles!, de Mina Ponti, la escultora italiana que tanto lo jodió en Londres y que ha decidido por lo visto no perderle la pista, le producen risa; pero al mirarse en el espejo la risa se le, como dicen, cristaliza, pues por la puerta del baño, a través del espejo, contempla el cuadro en que está trabajando (no sabe a qué hora ni por qué motivo lo sacó ayer del estudio), el viejo monstruo en el momento de incorporarse con esfuerzos de la cama ante la sonrisa radiante de la niña. Las figuras están muy nítidamente trazadas, la vieja con el cráneo rapado cubierto de llagas y granos como pequeños cráteres sobre una superficie rugosa y el enorme, desorbitado pecho yacente sobre cúmulos enormes de tejidos grasos que dan idea de contener océanos de líquidos espesos en gradual descomposición y, más arriba, los ojos azules, furibundos, enloquecidos, horrorizados ante la conciencia del propio cuerpo. Todo endurecido y recortado con precisión por medio del color, menos la parte inferior del rostro, de la nariz al mentón: una osamenta de cristal semejante a la del famoso cráneo azteca; ante ella la niña expresa su júbilo con una sonrisa desdentada. La parte superior del rostro, de la nariz a la frente, también en ella se volvía de cristal, la otra parte de la calavera, la más macabra, el abismo en la oquedad de los ojos. Trabajar en aquel cuadro le llegaba a veces a producir malestar. Lo había bosquejado, meses atrás; formaba parte de una serie de lienzos con las mismas figuras, donde las variaciones las daba sólo el color. Volvía a ellos una y otra vez, los rehacía, modificaba detalles. Por alguna razón no se atrevía a terminarlos.

Al observar el descenso del agua piensa mecánica, pero concentrada y esforzadamente, que una forma oblonga no podría de ninguna manera satisfacer las necesidades de la tela. Tendría que llenar los extremos de color y así sólo la debilitaría, la sofocaría, o con

elementos de ambiente, lo que resultaría peor, pues reduciría el tema a una simple ilustración, se esclavizaría a la anécdota. Trabajaba con fiebre algunos días para caer luego en una desgana total. Vivía en un desequilibrio en que las altas y bajas eran muy pronunciadas. El ambiente le resultaba poco propicio. En un comienzo había sufrido las dificultades de adaptación al medio, el asedio intolerable del recuerdo de Londres, de su viaje con Irka a Budapest, los ensayos, el teatrito al que iba a recogerla, el pub de Belzise Park, las conversaciones en torno a *Troilo y Cressida,* sus explicaciones, la ruptura…

Pero lo que más le perturba es que a pesar de la pasión depositada en esos cuadros, debe realizarlos casi en la clandestinidad, sintiéndose a momentos desamparado, vencido por las telas, la paleta, los tubos de color, la espátula, los lápices, sobre todo al principio, cuando no lograba evitar la reproducción más o menos fiel de los modelos originales, aterrorizado ante la posibilidad de que su labor fuera a perderse en el vacío, que no tuviera valor para terminar. Si bien había decidido no exponer esas obras, guardarlas tal vez, o enviarlas directamente a su agente en Londres, no por ello se libraba del agobio cuando una vez saciada la necesidad de pintar se revolvía en plena confusión, y a sus dudas ya habituales, a la insatisfacción permanente que le producía el trabajo, se sumaba ahora el sentimiento de saberse un buitre, una hiena, el bellaco cuervo que picotea los ojos de la persona amada. Aquello era grave, no así el mostrar sus obsesiones como algunos le reprochaban. Por momentos ha llegado a sentir deseos de destruir las telas. ¡Sus escombros personales! ¡Era para dar risa! “Le complace revolcarse en medio de sus detritus íntimos”, había escrito en el periódico de la localidad, poco después de su llegada, una de las glorias regionales. Era el argumento esgrimido en su contra por los artistas eméritos de la ciudad donde había vuelto a hundirse doce años después de su salida para descubrir que en ese lapso no había ocurrido nada. La humedad, la niebla, la morigeración de las costumbres eran las mismas; más denso, eso sí, y mucho más oscuro, el abrumador tejido burocrático que invadía, confundía y envolvía hasta el más mínimo, el más intrascendente o anodino hecho que aconteciera en el lugar. Más amargo también el flujo rencoroso de esa flota triste de artistas fracasados, más grotesca la vanidad de los hombres de cultura necesarios para dar fama a una galana capital de provincia, para quienes cualquier triunfo ajeno equivalía, en principio, a un agravio personal. Él y su obra habían quedado encasillados desde el primer momento en una lista de conceptos definitivos y tajantes: artepurismo, decadencia, evasionismo, turbiedad, sensacionalismo y fraude. Le gustaría poder decir que sólo pensar en esa gente le producía pereza. Pero no era cierto, pues al advertir la omisión de su nombre en un artículo publicado en un diario local había sentido una

cólera desproporcionada. Para ellos su éxito en el extranjero era mentira, invento de una autopublicidad descarada. Quiso en un principio aclarar posiciones, deshacer malentendidos. Después de unos cuantos encuentros descartó cualquier posibilidad de trato, igual que evitaba el de ciertos familiares y amigos de sus padres que insistían en convertirlo en un prócer lugareño, un tanto deslumbrados por la reiteración de su nombre y sus fotos en la prensa de la capital, los cuales, sin embargo, de ninguna manera, habrían permitido la presencia de una obra suya en sus salas primorosas. No, no le avergonzaba mostrar de qué modo se manifestaba su angustia ante un mundo cuyas formas y conceptos de cuando en cuando le aproximaban un mensaje, para negarlo casi de inmediato, dejándolo sumido siempre en la perplejidad. En su obra había intentado, desde un principio, formular una auténtica y no deliberada biografía: su registro de terrores y manías. Pero en el caso presente se trataba de algo distinto, no sólo por razones de gratitud –su tía había sido la única persona en el medio familiar que defendió su decisión de estudiar pintura e interrumpir la carrera de arquitectura, más tarde lo había alentado a obtener una beca y la complementó con una mensualidad generosa que le permitió moverse con cierta soltura por Europa, y hacía poco, antes de enclaustrarse en un sanatorio, le había hecho donación de una casa –, sino de verdadero afecto.

Se lava la boca, toma un alka-seltzer y dos aspirinas en previsión de las primeras y seguramente pavorosas horas de la mañana. Los acontecimientos de la noche se le van revelando, a pesar de ciertas lagunas que no logra colmar, en toda su estupidez e incongruencia y, a medida que los recuerda, desaparece el aspecto festivo de su pelea con Mina y siente crecer su malestar y su vergüenza. Vuelve a la cama y se mete bajo las cobijas. Trata de dormir, pero las malas sensaciones físicas, el miedo a la soledad y el desamparo al que lo puede conducir el sueño, le impiden cualquier reposo. Tiene la certeza de que trataron de asesinar a su tía. La niña le provoca una piedad absurda.

Se vuelve a decir que incurrió en una monumental estupidez al visitar a su tío a las dos y pico de la mañana. Lo había hecho arrepentido por fomentar y permitir las bromas en torno a su presunta culpabilidad. De repente, sintió una impaciencia no controlable por salir de la fiesta e ir a hacerle compañía, como si fuera la única oportunidad que le quedara en la vida de estar a su lado. Tocó el timbre varias veces. Cuando al fin el médico se decidió a recibirlo, lo hizo con su invariable traje oscuro, ni siquiera omitió el chaleco, que destacaba la fofez y la blancura lechosa del rostro y de las manos regordetas. Su compostura y la vestimenta anacrónica le produjeron deseos de hostigarlo, de sacudirlo. Todas sus buenas intenciones sucumbieron. Sintió ganas de despertar al vecindario y gritar que ahí

estaba el culpable. Pasaron a la sala. El doctor sirvió dos copas de coñac. Le informó que había hablado hacía unos días a la clínica y que su madre estaba mejor. Era asombroso, le había desaparecido después de tantos años de tratamientos ineficaces, el eczema pernicioso de la cabeza, y si su corazón se mantenía trabajando como en esos días podría vivir perfectamente unos diez años más. Lo interrumpió; le dijo que si se empecinaba en comportarse como lo estaba haciendo, esquivando a sus amigos, tembloroso ante los familiares, terminaría por convencer a todo el mundo de que en efecto era culpable. Acababa de estar en una fiesta donde en broma habían sugerido esa posibilidad. La gente estaba convencida de que era un envenenador, un matricida. Insistió en que pasaba de una locura a otra. ¡Cómo podía, inmediatamente después de la partida de su madre, entablar negociaciones para vender la parte trasera de la casa, cuando todos sabían que ésa había sido la causa de muchas discusiones en el pasado! “La casa no está en venta. No se venderá esta casa mientras lo pueda impedir. No venderemos ni un solo metro de terreno. El que intente venderla tendrá que pasar antes, escalar mejor dicho, sobre mi cadáver.” Más que el asunto del veneno, más que la fuga precipitada de la anciana, había sido esa venta lo que abrió paso a las murmuraciones. Y al verlo levantarse, amedrentado para balbucir una inepta defensa y volver luego a caer vencido en el sillón, lamentando su destino, advirtió que aquella pobre sombra no había entendido ninguna de las lecciones que en los últimos tiempos con ejemplar ineficacia le había propinado la vida. Seguía siendo el niño mimado que de golpe comienza a verse privado de juguetes y caricias hasta descubrir por fin, un día, que carece, pues le ha sido arrebatada sin enterarse ni cómo ni cuándo, de la seguridad más elemental. En boca de su tío, el recuento de los últimos años se reducía a una serie de privaciones, de castigos, para desembocar en el peor: saberse objeto de la calumnia pública. Se le ocurrió que si su tía pudiera conocer la nueva situación –y era posible que estuviese enterada– sería capaz hasta de dar gracias a la mano que le administró el veneno para poder disfrutar del miedo abyecto, pegajoso, infantil, en que reptaba su hijo.

Nueve

Se ganó a pulso la fama de intratable. La Falsa Tortuga contó horrores de él al regresar de una gira por Europa con una exposición de trajes regionales. El mito que encarnó un día no se apoyaba ya por ninguna realidad. En cierto momento el personaje carcomió y destruyó lo que aún quedaba de su leyenda. Lo más fácil, lo natural era entonces olvidarlo. Cuando lo vio en Belgrado se quedó sorprendido. En el primer momento se podía pensar en una resurrección; luego en el canto del cisne. Era un Charlie inesperado, pero insufrible. Le asombra que esa etapa no hubiera aparecido en *El tañido de una flauta.* ¿Sería posible que careciera de importancia, que el perro de aguas no hubiese contado para nada, que ese periodo fuera una mera suma de años vicarios, una reiteración de etapas ya vividas o sólo un tránsito hacia algo? Así debió haberlo considerado Hayashi. En Belgrado sólo estuvieron juntos unas cuantas horas, una tarde, parte de una noche, un rato al día siguiente en el aeropuerto. Fue la última vez. Descubrió que su amistad se había vuelto un fardo intolerable, que no tenía sentido apreciar a alguien que con la mayor arbitrariedad infringía todas las reglas del juego. Ser amigo de Carlos significaba soportar una carga cada vez más repleta de caprichos, de molestias, de complicidades.

Después de la ruptura se había sentido muy bien. Recibió dos o tres cartas que no despertaron en él ningún eco. Al llegar la primera, pensó, como siempre, casi por inercia, en responderla; sin embargo dejó que el tiempo corriera. Leyó las posteriores como si fueran anuncios, los pliegos de publicidad que encuentra uno a diario en el buzón de la casa. La amistad había terminado.

¿Qué habría significado su silencio para Charlie? ¿La pérdida del último eslabón que lo unía a un pasado anterior a Paz Naranjo, anterior a sus paseos por Londres, un pasado que podía, por ejemplo, cristalizar en la lectura de algunos capítulos de novela en un departamento por la plaza de Miravalle? ¿O viviría ya en tal embotamiento que nada significaba nada?

¿Por qué diablos omitiría Hayashi la larga estancia en Belgrado? ¿Por qué había prescindido de crearle un equivalente? ¿Por economía de medios? ¿Para hacer más dramático el cambio de la metrópoli al

lugar oscuro donde terminarían sus días? ¿Era legítimo eliminar aquella ilusión arcádica y crearle al personaje un calendario asfixiante en que ningún día era domingo cuando lo cierto fue que disfrutó de un largo y soleado fin de semana antes del derrumbe? En aquella breve visita pudo intuir una especie de reconciliación con él mismo y con el medio, aunque a ratos proclamara lo contrario. ¿La había habido? ¿Cómo saberlo? Daba la impresión de ser feliz. ¿Quién podía afirmarlo a ciencia cierta? El había estado de muy mal humor casi todo el tiempo; por lo menos después de despedirse de la morena del Club de Escritores y, sobre todo, desde que apareció el perro de aguas. A partir de ese momento comenzó a sulfurarse. No, no podía afirmar nada. De creerle, sí lo era. Pero, ¿podía alguien proclamarse feliz cuando se veía obligado a llevar semejantes zapatos?

Advirtió que en Belgrado los lugares públicos se caracterizaban por la carencia de mujeres. En los sitios que visitaron aparecía una por cada veinte o treinta fulanos. Era el Islam. Tenía el ojo muy bien adiestrado; sabía ver al primer golpe. Por eso la morena agitanada que Carlos le presentó debió parecerle aún más extraordinaria. Podía recordar con precisión su sonrisa, la mirada aterciopelada y líquida, el movimiento de los brazos. Fue una lástima que el marido llegara a recogerla.

Había asistido al Festival Cinematográfico de Pola. Decidió aprovechar la oportunidad para hacer un pequeño recorrido por la costa. Le escribió a Carlos y acordaron viajar juntos. Le enunciaba un itinerario excepcional; decía conocer el país ya para entonces como la palma de su mano. Con sus cursos en la Universidad no habría problemas. Desde Pola le envió un telegrama con la fecha, la hora y el número de vuelo en que llegaría a Belgrado. Para su sorpresa no encontró en el aeropuerto al tipo envejecido que esperaba, el que le había descrito con maligno regocijo la Falsa Tortuga, el que muy bien se podía imaginar después del decaimiento en que lo hallara tres años antes en Barcelona. Se veía más vivo que en aquellas vacaciones; era casi increíble, a pesar de tener el cabello casi blanco y de que tenía por lo menos veinte kilos de más, parecía tan joven como en la época de Nueva York. Pero no era el mismo; tenía otro rostro, otro cuerpo. Del viejo Charlie se transparentaban sólo el modo de mover los brazos al andar y la voz. Un traje ajado de lino blanco acentuaba su obesidad. La conversación resultó muy fácil desde el principio; ambos parecían muy satisfechos con el encuentro. Pensó, sin saber por qué, pues nunca antes se había dado el caso, que lo hospedaría en su casa. En el taxi se enteró de que no era así; se dirigieron a un hotel donde le tenía reservada una habitación. Ni siquiera llegó a conocer su departamento. Le habría gustado saber cómo era, qué poseía, ver los objetos de que se rodeaba. Comenzaba a anochecer. Decía haber

confeccionado un itinerario magnífico; ya hablarían más tarde para precisar los detalles. En Belgrado no había mucho que ver; lo mejor sería salir al día siguiente. ¿De cuánto tiempo disponía por fin? Le explicó que antes de marcharse debía visitar una empresa distribuidora y pasar un momento a la Embajada. Muy bien, despacharían eso por la mañana. Había un vuelo a Dubrovnik a las tres. ¿Recordaba lo que le había dicho en España sobre la costa de Montenegro? Después de ver las Bocas de Rotor podría decir si había exagerado. Irían a las islas. ¿Cuántos días? Bueno, ya hablarían tranquilamente con un mapa en la mano.

En el hotel se dio una ducha, se cambió de camisa y corbata y salieron a la calle. Supuso que Charlie vería mexicanos muy rara vez y que a ello se debía su inusitada cordialidad. En momentos no lograba reconocerlo. Su rostro se perdía en medio de otro rostro más ancho. Reservaron los pasajes para el avión del día siguiente y luego caminaron por una amplia avenida hasta llegar a un viejo hotel, el Moskva, que correspondía exactamente a su concepción de hotel balcánico; recordó *Stamboul Train* de Greene y, sobre todo, *Un ataúd para Dimitrios;* le preguntó a Charlie si la acción ocurría en Belgrado, pero tampoco él estaba seguro; hacía mil años que la había leído, más bien le parecía que era otra novela de Ambler la que ocurría en Yugoslavia. Le resultó excitante la atmósfera, esa mezcla de aires eslavos, turcos, socialistas y mediterráneos que circundaba el Moskva. Hacía mucho calor. Se sentaron en la terraza del hotel a beber una cerveza. Charlie por lo visto disfrutaba de gran popularidad; se detuvo en varias mesas a saludar conocidos, se levantó en varias ocasiones, repartió abrazos y palmadas. Belgrado resultaba muy distinto a lo imaginado. No había visto nada notable en las calles; ni edificios, ni monumentos que fueran algo más que discretos; sin embargo, el bullicio lo excitaba. Carlos dijo que aquella ciudad le resultaba menos exótica que el rancho de sus tíos en la costa de Colima donde pasaba las vacaciones cuando estudiante, ya que entonces su visión del paisaje y de los pobladores estaba demasiado condicionada por el cine y por sus lecturas de Conrad.

Le constaba que nunca antes había podido vivir tanto tiempo en un mismo lugar. Le sorprendía no ver síntomas de hastío. Cuando le preguntó si no añoraba ciertos productos de Occidente: cine, teatro, libros, por ejemplo – ¿contaba allí con libros extranjeros?– le respondió que sí, pero que al fin y al cabo no le interesaban demasiado. Se había convertido a la vida solar. Sus gustos eran por el momento del todo primarios: comer, beber, fornicar, pasear, asolearse, ir a nadar al río. Había logrado deshacerse de viejas neurosis. “Al llegar se sintió como un personaje de Beckett caído en medio de un abigarrado carnaval mediterráneo, al rato me había sumado al

espectáculo." ¿Podía creer que no se perdía un partido de fútbol? Escribía todos los días, como siempre, pero sus temas, su estilo, sus preocupaciones eran diferentes. ¿Estaría tratando de convencerlo y de convencerse de esa dicha? ¿Qué habría decidido a Hayashi a eliminar en *El tañido de una flauta* aquel pasaje?, se volvió a preguntar. De cualquier modo, algo debía ya de funcionar mal, si se piensa que muy poco después se marcharía de Belgrado. Habría sido una pesadilla hacer con él ese viaje por la costa. Y con el perro de aguas, por añadidura, como en un momento pareció casi inevitable. Recuerda la discusión con Rosa María en Cuernavaca; aquella noche Carlos se había referido a un incidente relatado por Stendhal en una carta: la pasión instantánea que despertó en él un joven oficial ruso, y lo mucho que esa extraña irrupción en un temperamento tan decididamente viril le había interesado a Thomas Mann. La única mujer hermosa que vio en Belgrado apareció en el bar del Club de Escritores donde fueron después a tomar una copa, una morena agitanada, de ojos de un verde casi transparente. Intentó conversar con ella, pero no hablaba sino servio y un poco de ruso. Carlos le tradujo unas frases banales. Le pidió que la invitara a cenar; la mirada y el pliegue goloso de las comisuras de la boca sugerían que iba a aceptar; sin embargo, declaró que esperaba a su marido. En efecto, unos cuantos minutos después se presentó un hombre insignificante, calvo, regordete, un auténtico feto; un crítico teatral, le explicó Carlos, que condujo a la morena a una mesa en el jardín desde donde siguió de cuando en cuando lanzando miradas al bar. La localizaría sin duda al volver a Belgrado, pensó. Pero no volvió a Belgrado De Dubrovnik voló a Roma, y allí pasó los días destinados a conocer la costa dálmata.

Más tarde fueron a cenar. Carlos lo llevó a un lugar típico; un amplio salón de pretenciosa rusticidad. Una gitana vieja cantaba cerca de la mesa las melodías rusas de siempre, *Kalinka, Ojos negros, Lejos de Moscú,* además de marchas servias y de *Cielito lindo* que un cliente le pedía con insistencia. Recuerda con deleite el vino blanco de aquel sitio. Carlos parecía haber readquirido la electricidad de los mejores momentos de Londres; golpeaba la mesa con el dorso de la mano al compás de las marchas. Hasta ese momento él se sentía feliz; debió haber comenzado a enfadarse después de la aparición del muchacho, sólo que con el tiempo aquella irritación recubría todas las imágenes de su estancia en Yugoslavia.

Comenzaron a hablar del viaje. Carlos aseguraba que Dubrovnik iba a entusiasmarlo. Era un sitio que ni el turismo masivo había logrado banal izar. En su primer viaje, cuando la gira con los periodistas, no había estado en Dubrovnik. Tuvo que quedarse durante unos días en una clínica de Mostar para curarse una infección de la

garganta; sí, igual que en Masnou. Alcanzó al grupo en Split. Fue mejor. De esa manera, el primer contacto tuvo otro carácter. Viajó con una pareja de ingleses, un matrimonio de estudiantes, casi niños, a comienzos del verano. Llegaron a las cuatro y media de la mañana. En el único hotel que los recibió a esa hora, les dijeron que sólo podrían darles habitación unas horas más tarde. Pasaron el tiempo caminando por la ciudad vieja. Se quedó deslumhrado. La gran avenida central, enlosada con una piedra semejante al mármol, resplandecía bajo la luna. Después de dormir unas tres o cuatro horas emprendieron una nueva visita a la ciudad. No hubo plazuela ni callejón que no vieran. Pero en aquella radiante blancura de suelos y muros, iglesias, viviendas y monumentos había un elemento de crueldad. Bajo un ciclo impecable, en medio de un aire que temblaba por la reverberación del sol, se perfilaban, tajantes y hostiles, las aristas blancas de los edificios.

– Fue muy curioso; sin ponernos de acuerdo, sin siquiera habérnoslo propuesto, comenzamos a huir de la ciudad, a excursionar por los alrededores, por pueblos de pescadores y barrios residenciales llenos de color, que nos resultaban más familiares, y a Dubrovnik volvíamos sólo por la noche, casi furtivamente. Fue en las últimas horas del último día cuando empecé a sentir cierta confianza, a enamorarme de la ciudad, a digerir su pavor. Es difícil habituarse a la belleza perfecta. Lo mismo ocurre con la gente. La perfección siempre me ha paralizado.

– ¿Para qué me llevas entonces? –le preguntó, riendo –, ¿para que tengamos que salir huyendo de Dubrovnik a las pocas horas, amedrentados por la perfección de su belleza?

– No va a ocurrir tal cosa. Yo he acabado por acostumbrarme a ella, y a ti te gustará sin mayores problemas. Para sentir lo otro se necesita ser muy joven o muy puro. O un artista.

Le preguntó si su condición de artista le había concedido el privilegio de aquel terror. ¿Eran sus dotes de novelista las que le permitían disfrutar de tales escalofríos? Pero Charlie se resistió a bromear sobre ese punto. Le respondió con gravedad que había dejado de escribir, afirmó que para su desdicha era imposible la existencia de una corriente de novela ingenua. Sería un contrasentido. En poesía, tal vez, podía darse algo así, pero aquél no era su género. La novela debía eliminar las emociones desbocadas, encauzar las obsesiones. Si se negaba a convertirse en un instrumento cognoscitivo lo mejor sería sepultarla.

– Por eso mismo he fracasado en todos mis intentos narrativos – concluyó.

– ¿No acabas de decirme que sigues escribiendo?

– Sí, sí –dijo con desgana –, pero nada importante… apuntes,

borradores… Nada que valga la pena mostrar. Mi visión corresponde a una sensibilidad primaria: el sol, el mar, ya te lo he dicho. A estas alturas lo único que me interesa es el paisaje. ¿Debería entonces colocar al hombre en medio de elementos naturales y constituirlo en el verdadero amo de la creación? ¿La medida de todas las cosas y no un mero incidente entre ellas? No puedo escribir esa novela. Intelectualmente la rechazo.

Una vez más, como todas las otras veces, terminaron por hablar de la existencia o inexistencia de aquella novela. Charlie seguía por momentos la melodía, se distraía, interrumpía el discurso para comer un guiso de berenjenas y cebolla, luego volvía a hablar. Recordó su entusiasmo de años atrás por los novelistas austriacos y la repulsión que después le produjeron. Según dijo, le llegó a repugnar su afán de someter todo a la razón, a pesar de ser conscientes de las fuerzas "procedentes de abajo", y de la dificultad, la imposibilidad casi, de precisarlas y asirlas. Reconoció que entonces, durante el periodo de rechazo, no lograba percibir que aquel intento de expresar los movimientos interiores del individuo, mantenerles su oposición y prepararlos al mismo tiempo a la unidad, era un esfuerzo heroico por renovar, casi por reinventar el género. Estaba tan afianzado en una actitud de rechazo que no le permitía advertir lo que de más importante había en ellos. En el fondo se trataba, más que de cualquier otra cosa, de un repudio a Paz Naranjo y a sus intentos por culturizarlo. Paz era un ejemplo de aquella escuela, de sus virtudes y sus fallas. Poseía la misma mentalidad matemática, la capacidad de encontrar fórmulas abstractas, sus últimos libros lo demostraban muy bien, con qué englobar el sentido de la historia, el destino humano y la creación artística. En fin, desaparecida aquella fobia se había vuelto a hundir en Broch como en la Biblia. Comenzó a lamentarse. Había perdido el tiempo, vivido mal. Su vida no era sino ajetreo, movimiento, equivocaciones. Debió haber estudiado antropología, una disciplina que le diera armas para fundamentar su visión solar y enfrentarla como posición válida al hecho de que dos más dos sumaran cuatro y que H_2O fuese agua. Concluyó con cierta desesperanza que era ya demasiado viejo para emprender cualquier nuevo camino de salvación. Él apenas hablaba; comía, paladeaba el vino dálmata, miraba su cara redonda (¿cómo era posible engordar de ese modo en sólo tres años?), sofocada por la agitación al reconocer su fracaso. Sí, no era cierto que todo el tiempo le hubiese resultado irritante en Belgrado. Ante aquella manifestación de derrota tan claramente expuesta sintió) que pocas cosas le habrían gustado tanto como que Charlie encontrara la forma o la fuerza necesaria para crear la obra de la que, cuando joven, lo había considerado capaz. ¿Sería posible que fuera de los capítulos publicados allá por 1942 o 1943, en

números inencontrables de revistas hacía tiempo extinguidas, y de aquellos esbozos de vida provinciana que le había mostrado en Nueva York, no hubiese escrito nada más? Le parecía que a pesar de la ilusoria felicidad y el pregonado "fervor solar" Carlos estaba del todo agujereado. ¿Tendría conciencia de ello? Era cierto, se había movido de un lado a otro, saltado de una idea a su antagónica, hecho amigos sólo para perderlos. Su vida había prescindido de un elemento ético fundamental, el instinto de fidelidad. Carlos fue incapaz de ligarse por mucho tiempo a una persona, a un grupo, a un país. Y esa deficiencia lo había convertido en el fragmento arruinado de la naturaleza que fue al final. En Londres, en su primera despedida, en un momento de intuición, lo previno contra el despilfarro que estaba haciendo de su vida.

Hacía rato que lo veía dirigir la mirada con ansiedad hacia la puerta. De pronto vació de un trago otra copa, se levantó y cambió unas palabras con un camarero.

– ¿Pasa algo? –le preguntó.

– Espero a un amigo; debe estar por llegar. Quiero que lo conozcas. Parece un perro de aguas. Es un filósofo bastante interesante…

No añadió nada más al respecto. Hubo una pausa en la conversación, y luego se apresuró a volver al tema anterior. Le contó que sus primeras vacaciones como maestro en la Universidad las había pasado en Vis, una isla maravillosa no lejos de Split. Volvió a experimentar ahí una comunicación con la naturaleza que creía sepultada desde la adolescencia, desde que había dejado de ir al rancho de su familia en Colima, aunque había comprobado que, para su desdicha, aquello no significaba ninguna solución. No podía entregarse, era incapaz de dejar de especular sobre la relación planteada entre él y su contorno. Supo que no era a través de la marginación, ni por una mayor actividad de los sentidos como lograría el triste sometimiento a un mundo que detestaba. En Vis se enteró de que no había Ilirias ni Arcadias posibles, de que en el bosque de Arden la naturaleza podía también ser una trampa. Ese descubrimiento lo hizo sentirse desarmado. Ya él lo sabía, manejar ideas no había sido nunca su fuerte. Tenía que reconocer que todo lo asombraba, que el mundo se le había vuelto cada vez menos comprensible.

– En Vis, en el caserío perdido en que pasé mis vacaciones, lamenté haber desperdiciado tantos años tratando de escribir. De ser pintor había podido aprovechar los elementos que me eran afines y crearles una forma. Luego tuve que reconocer que tampoco eso era posible. ¿Puede alguien conformarse hoy día con repetir la imagen del mar y del cielo o hacer composiciones abstractas con los colores que integran la visión del mar y del cielo? Claro que hay quienes se

conforman con ello; pero es gente que de antemano se ha decidido a ponerse la soga al cuello.

Y habló de la posibilidad de que Paolozzi y Le Pare hubieran nacido y crecido en esa isla. Zoran Le Pare y Dragan Paolozzi. Dos chicos con una vocación y un talento plástico innegables. Habrían ido a una academia en Zagreb o en Belgrado y aprendido todo lo necesario, técnicas, uso de materiales, etcétera; se habrían empapado allí de la tradición a la que pertenecían, enterado de la existencia de los ismos del siglo; luego, de vuelta en la isla, montarían sus estudios y se dedicarían gozosamente a la creación. Vivirían felices. Después de las horas dedicadas al trabajo, nadarían, jugarían con sus hijos en la playa, beberían con los amigos, harían el amor con sus mujeres. Una galería de Lubliana o de Belgrado se encargaría de comprarles periódicamente cierto número de obras. ¿Qué podrían reflejar sus cuadros? El exceso de luz seguramente lo ahogaría todo: paisajes, costumbres regionales, composiciones abstractas que recogían la riqueza de tonalidades de la isla. Su visión se ligaría casi con seguridad a la de los impresionistas, los puntillistas, o los fauves. ¿Llegarían en cambio a comprender el Pop, el arte cinético, el conceptual? Ajenos al ritmo de las máquinas, a las vibraciones del aluminio y los plásticos, a las grandes luces, Dragan y Zoran vivirían al margen de su época. Sus obras se resentirían de una carencia de significación. Pero, a la larga, él se preguntaba si eso era esencial. A veces se quedaba con la impresión de que fueran necesarios en el mundo los Dragan y los Zoran para que no todo se convirtiera en réplica de lo confeccionado en Londres o en Nueva York. Era una joda hacerse claridad en ese terreno. Shakespeare era quien era por ser un isabelino. ¿Qué función desempeñaba el artista nacido fuera de un centro y de un momento cultural privilegiados? ¿Repetir, crear, incorporar? Claro que en nuestro tiempo el aquí y ahora eran mucho más flexibles que los de los renacentistas; podían estar en todas partes. Quizás eso explicaba las sorpresas que podían ofrecer las zonas marginales: Malevich, Kafka, Kavafis. A lo mejor Dragan y Zoran en Vis se convertirían en auténticos Le Pare y Paolozzi, es decir en verdaderos contemporáneos. ¡Quién podía saberlo! Muy poca gente sabía en el presente qué estaba haciendo. Cada vez era más difícil diferenciar lo que contenía sólo un valor plástico aparente de lo que poseía un poder de penetración profunda. Las artes visuales habían constituido siempre un elemento importante en el mundo de las ideas.

Comenzaba a aburrirse. En esos momentos le interesaba más hablar del viaje que debían emprender al día siguiente. Le dijo que lo único que sabía era que saldrían a las tres de la tarde rumbo a Drubrovnik. Que primero lo llevara a esas islas y luego hablarían de los Dragan y los Zoran que las poblaban. Pero Charlie le dijo que el

amigo que iba a llegar le proporcionaría alguna información. Sería mejor hablar del viaje cuando estuviera presente. Y sin importarle aclarar más el asunto, continuó, engolosinado, con su tema.

– Sí, déjame terminar. En la isla esbocé el borrador de un pequeño relato sobre el tema del retorno. Un pintor volvía a sus orígenes. Orfeo, conocidas las tinieblas, se incorpora a la tierra. No ansia conocer ningún más allá. Está decidido a no regresar a los infiernos, es decir a las oficinas, los metros, al gris anonimato de las ciudades. El cielo sobre su cabeza seguirá siendo para él, ¡qué duda cabe!, un enigma. Pero se conformará con verlo sólo como un conjunto mutable de colores. Si algo prefigura al paraíso es la inmersión en el mundo concreto, elemental, rico, al que ha vuelto, donde nada se ha contaminado por el previo ejercicio intelectual. Sólo el asalto a la razón o su olvido le permitirá entrar en contacto con la materia. Pero a los cinco o seis días de haber vuelto a Belgrado fui al Museo a ver una retrospectiva de Klee. Nunca había visto juntos tantos Klees de primera. Fue horrible. Aquella exposición negaba de un modo radical lo que había tratado de expresar. Salí de ahí mareado; llegué a casa y rompí las cuartillas que había borroneado. Tal vez fue un error. Aquél debió haber sido el punto de partida de la narración. Como te he dicho, todo me resulta de día en día más confuso.

En ese momento apareció por fin el perro de aguas y la conversación tomó otro rumbo.

Diez

La aspirina, después del alcohol, es arma de dos filos. Le evita o disminuye el malestar de la mañana que se avecina, pero, a la vez, le dilata a un grado intolerable el insomnio, lo que al día siguiente le revela sin ambages su cualidad de espectro. En tales ocasiones, fracasados los intentos por lograr atraer el sueño, relajamiento voluntario y gradual del organismo, largas y monótonas enumeraciones de nombres de pintores, escritores, sitios geográficos, que formen una barrera, un contrafuerte para rechazar las embestidas del recuerdo, la reiteración incesante de una frase que logre finalmente arrullarlo, termina casi siempre por desesperarse, abandonar la cama y ponerse a trabajar hasta la hora en que María le suba el desayuno. Pero esa vez no tiene ánimos de levantarse y examinar el cuadro, llevarlo al estudio, situado sólo a unos cuantos metros de su habitación, colocarlo en el caballete, estudiarlo, mezclar colores, retocar, modificar, y mucho menos deseos de leer. Tiene sobre el buró los ensayos de Broch; a pesar de que la lectura del día anterior ha sido superficial, tiene la impresión de que unas observaciones sobre James Joyce y el arte contemporáneo van a estimularlo, como le ocurre casi siempre que lee a Broch, a Benjamín y a Adorno, a pesar de su oscura terminología. Pero en esos momentos se siente incapaz de concentrarse; de no leer ese ensayo con un lápiz en la mano, volvería a carecer de sentido la lectura; el solo pensamiento de levantarse a buscar un lápiz lo marea. Se siente muy perturbado. A partir de la gran crisis se ha quedado bastante perplejo, no ha podido recuperar el equilibrio. Lo cierto es que ha vivido en condiciones anómalas desde que llegó, sobre todo después de la primera visita a su tía, de quien tan pronto como volvió a su casa comenzó a trazar los primeros bosquejos de lo que sería su nueva serie.

El primer encuentro, pero eso era natural, lo sobresaltó a un grado indecible. Después se fue acostumbrando con rapidez a aquella transformación física y casi dejó de reparar en ella; al menos no estorbó su trato con la anciana. No hacía necesario el uso de un tono artificial. Ni piedad ni lástimas. No, tampoco podía exagerar; era necesario reconocer que aquella amistad estaba teñida y determinada por las condiciones en que vivía su tía, y ellas eran el resultado directo

de la enfermedad. Tal vez fuera más exacto señalar que más que los cambios materiales – la Amelia Bliss de Rodríguez que había dejado antes de marcharse a Europa era pasado, sólo recuerdo– o sus momentáneos caprichos y estallidos de cólera, le atraía y a ratos deslumhraba su inusitada lucidez, una especie de plenitud en el desencanto con que en ciertos momentos contemplaba y discutía sus circunstancias que antes no poseía o al menos él no había llegado a advertir. ¡Qué esfuerzo para disimular el estupor durante la entrevista inicial! No sólo por el espectáculo que apareció ante sus ojos, sino porque de golpe supo que durante años había previsto ese encuentro, que toda su obra había sido apenas un aprendizaje para alcanzar esa determinada perfección del horror, vislumbrada antes sólo de un modo fugaz y fragmentario, y que, de golpe, se le entregó en toda su ciclópea riqueza.

Cuando esos fenómenos de anticipación se presentan no pueden sino asombrarse y hasta horrorizarse un poco. Son augurios que conectan su existencia con el despostillado mundo de la magia, con diversos posibles desbarrancamientos en las ciencias ocultas, la superstición y la cabala; una forma metafórica, tortuosa y equívoca de aprehender una realidad a punto de realizarse. Ha intentado aproximaciones racionales al fenómeno, ha preguntado a sus amigos, ha recibido explicaciones más o menos parasicológicas, pero la verdad es que los hechos, al presentarse, jamás dejan de turbarlo. En ese punto se siente vinculado con aquel tío, a quien apenas conoció, el que fue marido de Paz Naranjo (en cuya casa, asombrado, descubrió dibujos de Boccioni y Carra sin que el propietario pareciera tener conciencia de su valor; “cosas que coleccionaba mi mujer en Roma"”, se conformaría con decir) que hasta el último momento permaneció entregado a la provocación y estudio de ese tipo de fenómenos. Ea última vez que vio a su tía Amelia era una bella anciana, totalmente dueña de sí; entre ambos había existido siempre una calidez de trato y, sin embargo, en Londres se descubrió varias veces dibujando figuras monstruosas, caprichos canallescos en los que involuntaria y subrepticiamente se filtraban sus rasgos.

Cierta anormalidad, algún desequilibrio debía encontrarse en la raíz del fenómeno.

Un día, Irka lo llevó a cenar a casa de una tía, una vieja actriz, retirada, cuya actividad profesional se había detenido en el primer año de la guerra. En el momento en que cambió Varsovia por Londres su vida se había paralizado. Habló con empecinamiento senil durante horas de la casa de sus padres en la calle de Profesorska, la más recóndita, la más íntima, la menos conocida de todas las calles de Varsovia. Al hablar de aquel sitio sus palabras más que de nostalgia parecían teñirse de odio; se deleitaba en la crónica de comidas y

fiestas celebradas en el jardín, describía a los asistentes, trazaba sus parentescos, se extraviaba en una monótona enumeración de complicados apellidos polacos. Según ella, nadie podía imaginar la felirielad imperante en su casa. La reunión no pudo resultarle más tediosa; le sorprendió descubrir que a Irka, en cambio, la excitaba de un modo visible, como si el rosario de reminiscencias que con toda seguridad debía conocer de memoria, constituyera una revelación de aventuras personales, o una promesa de algo. Poco tiempo después regresó su amigo Alfredo de un viaje por la URSS. Se había detenido unos cuantos días, a la vuelta, en Varsovia. Llegó con centenares de fotos de Moscú, de Kiev, de Leningrado. De Varsovia, muy pocas. Se le habían terminado los rollos de color y no logró encontrar repuestos. Había fotografiado unas cuantas casas y unos jardines situados en una callejuela encontrada por azar una tarde en que caminaba perdido fuera del centro de la ciudad. Había entrado por una puerta abierta que parecía comunicar con un patio privado. Comenzó a descender por unas escaleras y descubrió de pronto que estaba en una calle, casi secreta. Unas cuantas casas del siglo XIX, unos árboles, las escaleras. La calle en sí era una escalera rodeada de macizos de flores. No pudo resistir la tentación y consumió en aquel callejón silencioso el único rollo disponible. Se quedó, como siempre, anonadado ante esa casualidad; tenía en las manos las pruebas de la existencia de una calle ignorada, al parecer, por los propios varsovianos, y de la que había oído hablar hasta la obcecación en esos días. Le pidió las fotos a su amigo y se las elevó a Irka. Ésta, arrobada, no podía creer en sus explicaciones. Suponía que para complacerla le había escrito a Alfredo pidiendo sacar esas fotografías. Fueron a ver a la tía Gita. La anciana y la joven examinaron con una lupa, entre exclamaciones y lamentos, centímetro por centímetro, la casa tantas veces evocada. Bebieron casi hasta caer. Era evidente que en muchísimos años nada había cambiado en la callejuela. La anciana acariciaba entre uno y otro brindis las fotos con sus manos venosas, magras, trémulas. Se ponía y quitaba los lentes. Se levantaba a cada momento a preparar té o bocadillos, a volver a tomar la lupa, a buscar una nueva botella de vodka; el verdadero objetivo era, sin duda, disimular la emoción. Al final, después de devorar con la mirada aquellas imágenes, asentó que sí, que aquélla era la calle y ésa su casa, pero que todo había cambiado de un modo horrible, que habían ultrajado la hermosura del lugar, que era una fortuna ya no vivir allá. Le pidió que le dejara, si le era posible, las fotos, sólo para precisar las alteraciones. Esa noche casi no pudo hablar de sus recuerdos, por más que Irka los estimulaba y exigía. Al final el vodka la hizo sentirse mal y le pidió a su sobrina quedarse a pasar la noche con ella. Salió de ahí muy ebrio. No tenía deseos de volver a su casa; se dirigió a un bar que permanecía abierto

hasta la madrugada y allí terminó de emborracharse con una sensación de incertidumbre, casi de miedo.

¿No era un poco lo mismo la llamada de Carlos Ibarra en Londres, después de que Paz se había pasado meses hablándole de él?

Pero a ese respecto el caso más sorprendente le ocurrió poco después de regresar a México. Se había dado cita con un amigo en el Bellinghausen. Estaba de pésimo humor; tan pronto como se sentó advirtió que no tenía el menor deseo ni interés de permanecer allí. Sabía que en esa reunión tratarían, inútilmente, de una irrealizable colaboración profesional. Cada vez que se veían, hablaban de la posibilidad de hacer algo juntos. Montar una obra con escenografía suya. Desde antes de irse a Europa hablaban de ese proyecto; nunca se concretaba nada; lo hablado se disolvía hasta que Barrios lo llamaba otra vez, se volvían a citar en algún restaurante, hacían nuevos planes, pensaban en dos o tres obras convenientes, las discutían muy por encima, prometían telefonearse en unos cuantos días, y así hasta el infinito. En esa ocasión su malhumor se acentuaba; le acababan de extraer una muela. Atendía con descuido a lo que decían. Barrios le relataba sus últimos triunfos y exponía proyectos. Tenía en mente crear un *Tartufo* sorprendente, situado en el siglo XX. En los últimos tiempos no hacía sino teatro comercial y un poco de tele, no se podía zafar de la corriente; pero así esperaba obtener el dinero necesario para más tarde permitirse realizar todo lo que le diera la gana. De pronto, mientras Barrios hablaba, contempló a la mujer que en esos momentos entraba en el restaurante, la misma con quien se había acostado por primera vez, hacía unos dieciséis o die cisiete años. La conoció en las reuniones culturales de su prima Elsa, lo recuerda muy bien, el día consagrado a los manifiestos dadaístas. Cuando después de la discusión salieron al jardín a tomar refrescos y a comer alguna cosa, quedó sentado por casualidad junto a ella; al principio apenas si le hizo caso; le gustaba mucho Elsa y lo enfurecía verla todo el tiempo rondar, adular y celebrar a un estúpido pasante de derecho que nada tenía que ver con el círculo. La vecina insistía en conversar con él; le contó que su padre era dueño de hoteles y estaba casi siempre fuera de México, en Acapulco, en Zihuatanejo o en Cuernavaca. Le encantaba ir a las reuniones de Elsa, decía, y conocer a los locos deliciosos que tenía por amigos. Le gustaba verlos sentirse tan cultos, hablar de todo y descubrir que en realidad no entendían nada de nada. Se había propuesto fastidiarlo y lo logró. La música era su arte predilecto. Se pasaba el día entero oyendo discos; no le quedaba otro remedio para no morirse de tedio. Cuando la reunión comenzó a dispersarse lo invitó a conocer su casa, lo presentó con su tía y luego, expedita y eficazmente, lo violó en la biblioteca mientras oían a Pérez Prado que empezaba a ponerse de moda. Después se encontraron

cuatro o cinco veces más, siempre para lo mismo y, luego, ni siquiera recuerda por qué, dejaron de verse. Era su primera experiencia sexual, tal vez por eso aquella alegre criatura no le dejó la menor huella. Ni siquiera podía recordar su nombre. Cuando Elsa se fue a vivir a Mazatlán no tuvo más noticias de su vecina. Desde entonces no la había vuelto a ver. Se dirigió hacia ellos, hermosa, un poco regordeta, dorada por el sol; se había teñido el pelo de un rubio blanquecino que le hacía perder estilo, la abarataba. Sólo cuando la mujer se detuvo frente a la mesa advirtió el error. Barrios se levantó e hizo las presentaciones. Era una actriz con quien preparaba unos programas de televisión. Al contemplarla de cerca le volvió a asombrar el parecido, aunque la otra, pensó, la de a deveras, no se degradaría pintándose el pelo de ese color. Se despidió inmediatamente después del café y caminó hasta la Reforma. Tomó un pesero. Tenía un compromiso, una cita en el bar del Majestic. Un americano le había telefoneado para decirle que se interesaba en comprarle unos dibujos. Lo identificó sin mayores dificultades; se sentó a su mesa y se excusó por no beber. El dolor de la mandíbula no le daba tregua.

– ¿Ah, sí? Permítame que le ordene algo especial. Me ha dado siempre resultados fantásticos. Una bebida antineurálgica que debía yo patentar. Espere a ver los resultados.

Se detiene en todos los detalles; tiene esperanza de que alguno le entregue una clave que le permita comprender lo ocurrido. Tenían por paisaje un fragmento de la catedral: las grandes campanas, una mancha verdusca a la altura de la mirada, se destacaban en medio de masas imponentes de piedra renegrida. El coctel en efecto logró hacerle desaparecer el dolor y, por lo mismo, fue sintiendo que el ánimo le subía. Myer era maestro de literatura hispanoamericana en una universidad de California. Había visto unos dibujos suyos en la revista de Bellas Artes; preparaba la edición en México de su tesis de doctorado, un estudio sobre los orígenes de la novela mexicana. Se interesaba por comprar aquellos dibujos para ilustrar el libro. Quedó en enviárselos en unos cuantos días. Salió del Majestic al anochecer. Después de todo, pensó una vez satisfecha su codicia, a pesar del encuentro con Barrios, el día no había resultado del todo estéril. Cruzó la calle, caminó hasta la esquina y al pasar frente a una joyería tropezó con ella, con la auténtica vecina de Elsa, la primera amantita que se había recetado en la vida, cuyo nombre recordó de pronto: Marcela. La luz del pórtico la bañaba. No había ninguna posibilidad de confusión. Los años apenas la habían alterado. Sin embargo, fijándose bien, se advertía cierta tendencia a la rotundez del cuerpo, un distinto color de cabello, un rubio blanquecino exactamente igual al de la actriz que le habían presentado hacía un rato. Se reconocieron a pesar de los muchos años de no verse. Lleno de asombro apenas

pudo contestar el saludo. Cambiaron dos o tres frases triviales. Luego se quedó clavado en la esquina, observando a la mujer, Marcela, perderse en medio de la multitud que a esas horas invadía Madero. Tanto ese encuentro como el incidente de la calle Profesorska, o la visita de Ibarra, eran sólo variantes del mismo fenómeno, sí, el mismo que le llevó a trazar en Londres aquellas figuras monstruosas que aprovechaban ciertos rasgos de su tía, mucho antes de ocurrir el accidente que la transformaría físicamente y que iba a modificar de manera tan radical su vida.

Lo habían prevenido ya en casa. Su tía Amelia no logró, ni lograría recuperarse del golpe; a su abatimiento se añadía un mal deformante. Cuando llegó al consultorio, su tío volvió a aconsejarle la omisión de cualquier tema que pudiera apenarla; el más ligero enojo podía desatar reacciones nerviosas imprevisibles. Sobre todo, le recomendó, no debía mostrar ningún asombro al verla. Su condición era ya demasiado penosa como para que uno se la agravara sin necesidad. Salieron del consultorio por la puerta que daba al patio. Le sorprendió el descuido. El médico le dijo que con él su madre había hecho una excepción; era una de las pocas personas que había aceptado recibir; la única en varias semanas, tal vez en meses. Comenzó en seguida a lamentarse por el dolor inmerecido, el inmerecido saco de desdichas que pesaba sobre sus hombros, su inmerecido destino.

– Nada puedo hacer por mejorarla. Su enfermedad no es del todo somática. Lo único que le podría aliviar sería un esfuerzo de su parte por volver a darle apariencias de normalidad a su vida. Si te lo permite, no dejes de sugerírselo. Basta con que yo opine algo para que ella, por sistema, se amache en lo contrario. ¿Te acuerdas de su orden, su pulcritud, la disciplina que le exigía a todo el mundo? Todo eso se acabó, ya te darás cuenta. Por eso hay que insistirle en que rompa la soledad en que vive, que baje por lo menos al comedor, que vuelva a interesarse en sus plantas –se estremeció ligeramente, como tratando de apartar algo de la memoria –. La verdad, he terminado por declararme vencido.

El recorrido por la casa fue suficiente para hacerle conocer sin paliativos, más aún que el relato de su madre, más que las recomendaciones del médico, el deterioro general en la existencia de sus moradores. Aquel lugar había constituido, sin que bien a bien llegara a saber por qué, uno de los deleites de su niñez y adolescencia. La casa de sus parientes daba a tres calles y cubría casi la totalidad de la manzana. Los cuartos se extendían a lo largo de sus corredores interiores, con aleros de teja, en torno al patio. Había una pequeña huerta, un estanque para carpas y, frente a las habitaciones principales, separado del resto del patio por una red de buganvilias,

un jardín en otros tiempos muy hermoso. El estanque estaba vacío, había en él pilas de ladrillos, sacos de cal, haces de leña. La antigua hortaliza era un trozo de terreno cubierto de maleza. Nadie se ocupaba, por lo visto, del jardín; la delimitación de los arriates estaba a punto de perderse, la cizaña se confundía con las plantas. Era impresionante el triunfo logrado por la naturaleza en tan pocos años. Reconoció, atado a una higuera, a Tirso, el perro de sus primas. Al caminar por el corredor, observó que casi todas las habitaciones estaban cerradas con candado. Frente a una puerta, el doctor murmuró en tono quejumbroso:

– Aquí iba a estar el despacho de Gloria. Le habíamos comprado todos los muebles para que instalara su consultorio cuando ocurrió la desgracia. Gloria era muy buena, vieras, Clarissa, en cambio, nos tenía un poco preocupados. No quería vivir aquí. Se pensaba ir a Europa o a Estados Unidos con una beca a especializarse. Se había vuelto anárquica. Ya sabes, todo cambia.

–Todo lo que cambia permanece y dura –comentó, tratando de romper aquel tono jeremiquiante y cansino.

–¿Cómo dices?

– Eso, que sólo lo que cambia permanece y dura –y no pudo reprimir una sonrisa.

– Ah, sí, sí, tienes toda la razón. Todo ha sido muy triste, muy difícil de sobrellevar.

Llegaron al fin a la puerta principal, donde sobre la gran sala su tía se había hecho construir después de la boda del médico sus habitaciones privadas, una especie de palomar gracioso de dos pisos. En el primero, había un comedor y la cocina y en el de arriba, en lo alto de su torre, el dormitorio y un saloncito que en otra época había sido la parte más concurrida de la casa. Al pasar por el comedor salió Flor a recibirlos. La impresión de grisura, de decaimiento y desolación que le produjo el tránsito por el patio se acentuó ante el saludo de la sirvienta. Le pareció que Flor trataba de establecer cierto vínculo de complicidad. Los ojos asiáticos, encerrados en una cara seca picada de viruelas, se hicieron aún más pequeños cuando se acercó a darle la mano y a bisbisear que por favor no apenara más a la señora, que ya la pobre sufría tanto…

Entró por fin. Sobre una cama yacía un cuerpo inmenso cuya magnitud lo anonadó, impidiéndole fijar en el primer instante la atención en cualquier otra cosa que no fuera esa montaña de apariencia intensamente animal, tendida en un lecho metálico y blanco de hospital. Luego fue reparando en los detalles; la cabeza cubierta por una especie de turbante violeta, sujeto con un enorme broche rojo, la cara, que lejana, furtivamente, recordaba los antiguos rasgos cuya perfección lo emparentó a ciertos retratos de Ingres. El

rostro actual estaba formado por una acumulación y hacinamiento de lonjas de carne rosácea y granulada, de costras oscuras que se yuxtaponían, que pugnaban por aplastar a las de abajo, desplazar a las de arriba, y en medio de ese combate los ojos azules, grotescos precisamente por su hermosura, ojos de muñeca bufa, de marioneta vieja. A su lado, en la cama, revistas, libros, una tabla delgada con papel de cartas, lápices de colores, un cenicero atestado de colillas, toallas, cojines. El desorden se esparcía de la cama a toda la habitación. La mirada tropezaba con una acumulación sin sentido de objetos heterogéneos. Tendida en el suelo, boca abajo, sobre un tapete de piel, frente a un radiador eléctrico, una niña coloreaba unos cuadernos de dibujo; era Juanita.

Antes de saludarlos, la anciana se incorporó ligeramente y declaró:

– ¿Ves?, te hacemos la competencia. También nosotras nos hemos convertido en pintoras –la voz era lo único que había quedado indemne de la catástrofe, quizás hasta la encontraba mejor templada, enriquecida por un tono profundo, muy cálido, con el levísimo, casi imperceptible dejo extranjero que parecía surgir sobre todo de la cadencia de la frase –. Con toda seguridad te pareceremos torpes para esta profesión; en cambio podríamos ser tus modelos perfectos.

Calló. Se reclinó sobre un costado, tendió los brazos hacia la niña, la levantó con sus dos potentes moles y la sentó a su lado. La niña sonreía. Le impresionó la expresividad y la viveza del rostro; era tal vez uno de los más feos que había visto, una carita de mono; sólo la inteligencia de la mirada conseguía que su fealdad no resultara repulsiva.

Le horrorizaba pensar y fue una impresión que lo sobrecogió desde el primer momento, que aquella alucinación que lo recibía poco difería de uno de los caprichos que involuntariamente había esbozado en Londres, como ahora le parece algo semejante a una agresión, aunque no sabe del todo contra quién, el hecho de que el cuadro que tiene en la habitación, cuyo contorno trazó la noche de aquel primer encuentro, implique a través de esa calavera de cristal que se reparte entre el rostro de la anciana y el de la niña, la relación siniestra que se iba a establecer entre ambas.

¿Es que nunca iba a librar a su pintura de ese pavor premonitorio? ¿Acaso las divagaciones de su tío Gabino de las que tantas veces se había reído, aquella eterna cantaleta de su comunicación con algo no visible, no estaban del todo desencaminadas?

Once

¿Cómo era Paz? ¿Podría alguien decirle cómo era Paz Naranjo? ¿Era posible fijar y detener sus gestos cuando la japonesa de Macao avasallaba cualquier otra imagen posible? Paz era la japonesa y su larga falda de organdí, era un modo de andar entre brocados y dragones, y era una piel a punto de estallar sobre los pómulos. ¿Cómo, cómo carajos era Paz? Cuando se abrió la puerta de aquel inmundo cuarto de hotel, una mancha de terciopelo verde se replegó sobre la enorme cama de color rata. Paz fue una ameba de terciopelo crispada, moribunda, bajo una descarga química. Una gota del Veronés caída en una superficie innoble. Por un instante sólo existió el grito en el corredor y aquella mancha que era como su eco, como su negación también; eso era Paz Naranjo. Fue, con toda seguridad, en el invierno de 1949; a principios de noviembre, para ser precisos.

Encontró una tarjeta al llegar a su apartamiento: "Llama por favor a este número… Habitación 34. Hemos caído en un antro indescriptible. Tienes que dar mi nombre y el número del cuarto. Insiste, porque estos miserables nunca quieren subir a avisarnos. No nos moveremos en toda la tarde. Un abrazo, Carlos y Paz." Al instante, aun antes de leerla, reconoció la letra. Hacía poco más de un mes había recibido una carta suya que no hacía presentir ese viaje. Lo felicitaba por haber logrado vencer las resistencias de sus padres y haberse instalado en Nueva York para al fin estudiar cine. Trasudaba entusiasmo. Su chifladura por Roma estaba en la fase ascendente. Repetía y ampliaba las loas anteriores. Desde un principio el azar lo había relacionado con un grupo excepcional. Las circunstancias imperantes facilitaban *todos* los contactos. Los muros protectores de ciertos círculos tradicionalmente considerados como inaccesibles dejaban vislumbrar atractivas fisuras. Sin darse cuenta, o casi, se había encontrado de pronto en el interior de dos o tres plazas fuertes a primera vista inexpugnables. Su Virgilio era una mujer soberbia: Paz Naranjo. Paz lo había hecho penetrar en el verdadero corazón de Roma. Por cierto, Paz era levemente mexicana. Había logrado integrarlo a otra época, la que, por paradójico que pudiera parecer, le resultaba más viva, más contemporánea. Circundado por el panorama que ofrecía la ciudad se sentía masticar cultura, transpirar cultura,

orinarla, bebería, padecerla. Sus nuevos amigos no acababan de reponerse del sobresalto de la guerra; la inmersión en el horror había sido de tal magnitud que aún no se atrevían a enfrentarlo. Él, que había estado en Londres, igual que Carlos, poco después de terminar la guerra, se indignó ante aquel despliegue retórico. Pero, como si adivinara sus reparos, Carlos añadía que sí, que lo de Inglaterra era desde luego otra cosa, un sano ejercicio de pragmatismo colectivo, una secuencia de hechos que nunca habían perdido su coherencia: Munich, Chamberlain, la guerra, el blitz, la victoria, las tarjetas de racionamiento, donde cualquier relación de causa y efecto quedaba tácita pero firmemente establecida. La problemática en Roma era diferente. No había que olvidar que el fascismo estaba detrás. Nadie, a ciencia cierta, parecía saber qué había sido aquello. Y en verdad, ¿qué eran? ¿Derrotados?, ¿vencedores?, ¿liberados? "La conciencia –escribía– se presta para todo. Se integra y desintegra con inaudita facilidad, se retrae o se extiende, se acomoda siempre. Pero en el fondo ese vaivén tiene por fuerza que producir un desgarrón profundo y, en los seres más sensibles, una vislumbre trágica." La vida resultaba un regalo; con dólares era posible vivir como un príncipe. Su vocación de dandy parecía haberse cumplido. Fue su época más snob, pero también la más palabrera. La novela, decía, avanzaba en cierto sentido, aunque había hecho una pausa para cargar energía. No era posible seguir escribiendo sin conocer a los austríacos. Le desconcertaba su poca difusión. Kafka empezaba apenas a desplegar las velas. Los demás eran ignorados, a no ser por pequeños círculos de elegidos, y no sólo en Roma, sino también en Londres, en París, en la misma Viena. ¿Y en México? Serían necesarios años, quizás el paso de toda una generación para que los nombres de Musil, de Broch, de Canetti y Roth comenzaran a sonar, "engolosinada nuestra inteligencia con sus últimos descubrimientos: Maurois, Mauriac, Maurras, Moréas". Por primera vez le agradecía a sus padres que lo hubieran puesto a estudiar en el hasta entonces detestado Colegio Alemán. La atmósfera de Roma era la más indicada para penetrar en esa literatura. La teatralidad de aquellas cartas comenzó a irritarlo. Cuando lo había tratado en Inglaterra, Carlos era otra cosa. Debía ser la influencia de la gente que lo rodeaba. En Londres, Charlie oscilaba con perfecto equilibrio entre dos mundos, uno muy opulento de latinoamericanos y otro decididamente bohemio en el que si bien había algunos sudamericanos jóvenes, la mayoría eran ingleses y europeos de tierra firme. Por París había pasado una que otra vez (siempre fueron estadías muy breves); parecía no haber encontrado allí un medio propicio y haberse tenido que reducir al trato de compatriotas poco interesantes; desde su instalación en Roma las cartas no eran sino la ratificación de un énfasis constante. Un toque de clarines parecía

subrayar determinadas frases, enfatizar las pausas. El exceso de calificativos revelaba un deslumbramiento ramplón y hasta cursi. ¡No estaba bien que se dejara marear de esa manera! ¡No se educa uno en Londres para después sucumbir a tales fiebres! Se lo escribió. Carlos le respondió de inmediato que por fortuna los viajes no le habían hecho perder la inocencia original, la capacidad primigenia para descubrir y gozar de la belleza del mundo. "Si Europa –desde luego *no* Londres– ha logrado enseñarme algo, es a ver. Y Roma me satisface con creces esa necesidad." ¡Muy bien!

El recado no indicaba ni el motivo de su presencia en Nueva York ni la posible duración de la estancia. Llamó por teléfono. Quedó de ir a verlo entre las ocho y las nueve de la noche. ¿Le parecía bien? Por supuesto que le gustaría ir en ese mismo momento, pero precisamente esa tarde tenía que presentar un examen del que dependía su admisión definitiva en el estudio. Tan pronto como terminara volaría al hotel. Por la noche, una vez pasada la prueba, que resultó mucho más fácil de lo que había previsto, se lanzó a localizarlos. Buscó la dirección en un plano de la ciudad. No vivían lejos del Village. Durante todo el día no había hecho sino pensar en el encuentro. En el taxi no podía mantener las manos quietas. De pronto descubrió que el hotel no quedaba en la zona agradable, ni en la pintoresca, sino que el automóvil se introducía en uno de los rumbos más sórdidos que había visto desde su llegada a la ciudad. ¡Imposible conciliar al Carlos de Londres, menos al que disfrutaba de la vida de sibarita romano glosada en sus cartas, y a Paz, "su Virgilio", con semejantes andurriales, a menos que se hospedaran en algún inmueble antiguo, construido cuando el barrio aún no había sido atacado por la lepra que visiblemente lo carcomía! Quizás el hotel hubiera, contra viento y marea, logrado mantener su prestigio. Nueva York sabía ofrecer esas sorpresas. El coche se detuvo. Pero el hotel resultó estar a la altura del barrio.

Serían más o menos las nueve de la noche. Una angosta escalera lo condujo al primer piso. El recepcionista, un hombrecillo enjuto y descolorido, con una barba de tres días, y una visera de mica verde, le indicó, con voz tipluda, que subiera dos pisos más. En el recuerdo, aquella ascensión tiene la consistencia de un desplome en los infiernos. Fue ese hotel el primer Tomalín donde iba a encontrar a su Cónsul, un Tomalín fugazmente visitado, un pregusto del abominable Tomalín final. Más tarde, todas las ciudades tendrían un Tomalín que fatalmente lo atraparía, un Tomalín que comenzaría a crecer, a cercarlo, a acosarlo, hasta hacerle saber al final que no había escape posible, que el último Tomalín, el que aparecía en *El tañido de una flauta,* era después de todo… ¿Después de todo qué…? ¿El mundo? ¿Un infierno elegido de grado? Pero, ¿hasta dónde podía hablarse de

la libre elección del infierno en el que acabaría sus días? De cualquier modo, nada podía saber de eso cuando en Nueva York, una noche ventosa de noviembre, subía las escaleras de un destartalado edificio cerca del Stuyvesant Park. De saberlo, de haberlo siquiera intuido, lo hubiera sacado de allí, a golpes si era necesario. Lo único que cabía entonces, era sorprenderse de la luz amarillenta, de los escalones de madera astillada, crujiente, reseca, de los girones que rajaban el papel tapiz, de las sombras que se deslizaban en los corredores como animales agazapados en la penumbra.

En el piso indicado, el corredor era más amplio que en los inferiores. Se detuvo un instante para recuperar el aliento. A unos cuantos pasos del cubo de la escalera había un banco de madera. Un grupo de niños morenos, entre los cuatro y los diez años de edad, puertorriqueños, tal vez mexicanos, tiraban, en medio de una festiva algarabía, de los pantalones sucios de una anciana ebria que, despatarrada, seininconsciente, emitía una especie de graznidos ásperos con los que pretendía alejar a la jauría. Agitaba la mano derecha y una pierna con movimientos torpes, como si las bestezuelas que la rodeaban fueran producto de una visión alcohólica susceptible de desaparecer con un simple ademán. Era un gesto adecuado más para espantar a las moscas que para librarse del acoso infantil al que se veía sometida. Se acercó a la banca e increpó en español a los chicos, quienes, sorprendidos, echaron a correr hasta el fondo del pasillo. Con evidente esfuerzo, la mujer trató de enfocar la mirada como si quisiera reconocerlo. Luego, cuando ya estaba por retirarse, se le colgó rápidamente de un brazo, le mostró una pierna hinchada y un tobillo deforme vendado con un trapo sucio y exclamó con una voz rasposa y hueca que por lo menos le diera un dime para curarse. Unos pasos más adelante, detenido frente a la puerta del cuarto 34 volvió a oír los gritos. La jauría había vuelto a embestir, con mayor fuerza en esa ocasión, tratando de apoderarse de la moneda que la mujer mantenía oculta en un puño cerrado. De pronto uno de los mayores la sujetó por la muñeca y comenzó a torcérsela mientras los otros trataban de abrirle el puño. La mujer emitió un alarido feroz, un chillido igual al de un cerdo en el momento de la degollina. En aquel instante, mientras el grito le taladraba los oídos, se abrió la puerta y contempló la mancha verde en la cama.

“Los venecianos nos hicieron el regalo del color”, se dijo inconscientemente, recordando su Berenson, mientras contemplaba con estupor cómo la mancha verde, al contraerse, iluminaba con su reverberación el sombrío espacio que la enmarcaba. Después, con cierta confusión, esforzándose por superar el sentimiento de disminución de la realidad que lo abrumó sólo con entrar en el hotel, agudizado por la escena del corredor, por el aullido, por la inesperada

aparición de la mancha verde, fue registrando todo lo demás: los brazos extendidos de su amigo, el desorden del cuarto, las maletas apiladas, la bata y las toallas colgando tras la puerta, los muebles desastrosos. El chillido gutural de la ebria se confundió con el ruido de pasos en el pasillo, de voces y carreras y golpes y llantos infantiles. Cuando se hizo el silencio, el terciopelo comenzó a dar muestras de vida, se movió con suavidad, se onduló, adquirió de golpe sombras, pliegues, reflejos. La luz que expulsaba una lámpara de mala muerte obtuvo de él destellos auténticamente venecianos. Debajo de la mancha, de su interior, surgió un rostro afilado, unas manos lívidas. Paz Naranjo se cubría los oídos mientras afuera iba muriendo el estrépito. Carlos saltaba de júbilo; lo abrazó cordialmente, los presentó, señaló que era un acto del todo innecesario, ya que ambos debían saberse de memoria. A Paz le había hablado de él hasta hartarla, y él sabía por sus cartas quién era ella, qué hacía, qué pensaba, qué escribía. Por supuesto no se atrevió a aclarar que sólo en una carta la había mencionado de modo impreciso – una mujer levemente mexicana, su Virgilio en determinados círculos romanos– y supuso que la misma vaguedad debía acompañar a las referencias sobre su persona: un compatriota conocido por azar y vuelto a encontrar también por azar en Londres. Pero, ¿qué interés podía tener su persona fuera del meramente amistoso? ¿Qué podía esperar que alguien dijera entonces de él? ¿Que era un joven agradable, bien educado, ingenuo a más no poder, que por fin había convencido a sus padres para que le permitieran estudiar cine en Nueva York?

La mujer, al incorporarse, se transformó en su negación. Dejó de ser, no obstante el terciopelo verde (y sus mencionados pliegues, reverberaciones y reflejos), una visión del siglo del color, por no permitírselo ya su delgadez extrema, ni el rostro demacrado, ni la aparente carencia de vitalidad.

– Si vuelve a gritar no podré resistirlo, te lo juro. Me arrojaré por la ventana. ¿La vio usted? ¿Qué le sucedió? Esos monstruillos detestables deben haberle vuelto a quemar los zapatos mientras dormía. Ayer fue algo horrible, ¡horrible!, no se lo puede figurar… ¡Algo verdaderamente horrible!

Trató de relatar la escena que acababa de presenciar. Carlos apenas lo dejó concluir. Insistió en que debía convencer a Paz para salir esa noche a celebrar el encuentro. Ella hablaba como si lo conociera desde hacía muchos años; pero esa aparente camaradería, lo comprendió al instante, más que intimidad transparentaba un desinterés próximo a la insolencia, lo que, por supuesto, le ofendió. La mujer conversaba con él, pero como si no existiera, igual que ante un mueble, o frente al empleado de un hotel, no al botones de uno de categoría cuya presencia exigía un mínimo de discreción, sino

precisamente un recadero de aquél, espantoso, en que los encontraba alojados; un ser anodino ante el cual se podía sostener la conversación más íntima sin que el hecho tuviera significación alguna. Paz se oponía a salir, con la negligencia de quien ha decidido anteponer unas leves defensas por el placer, sobre todo, de verlas sucumbir, de alentar y disfrutar ese derrumbe (descubriría en su momento que era una de las armas que con mayor eficacia manejaba), oponía argumentos graves que no se condecían con el tono lánguido y desdeñoso con que los manifestaba: se sentía muy enferma, fatigada; era casi seguro que la presión le había vuelto a bajar: que fueran ellos a cenar donde quisieran. ¿Por qué no al teatro que en Nueva York podía ser, como ya lo habían comprobado, excelente? ¿Por qué no intentaban ver de nuevo *Las tres hermanas}* ¿La había visto? La Cornell está impresionantemente bien. Había momentos en que de verdad parecía Chéjov. Chéjov en grande, podría decirse si no fuera un disparate. A Carlos le encantaría volver a verla, ¿no era cierto? Claro, añadía, que a esa hora sería imposible obtener localidades; además, la función habría comenzado. Podían, en cambio, ir a una taberna del Village; seguramente preferirían estar solos, tomarse unos tragos, hablar largo y tendido después de tanto tiempo de no verse; en fín, eran un par de muchachos, no había que olvidarlo, tendrían mil cosas que contarse; una ruina como ella sólo estorbaría. El frío era glacial. Le daba una pereza atroz vestirse. Ya ese día, Carlos cuatro veces la había, ¿se podía acaso imaginar lo que era aquello?, embotellado en ese museo de horrores que era el metro. Lo peor de cualquier salida resultaba siempre el regreso. No tenía idea de lo siniestro que podía ser caminar de noche por esas calles, ¿había visto qué fauna pululaba en ellas? La siniestrez se acentuaba a medida que corría la noche. ¡Ah, lo desolador que era volver cuando todo estaba en silencio!, empujar la puerta y comenzar a subir unos escalones tan agresivamente crujientes que a cada paso parecían advertir: “¡Este será el último, my dear, antes de que tu piececito se detenga en el siguiente el maderamen, la estructura, las paredes mismas, todo, se derrumbará e irás a parar en medio de polvo y ladrillos sobre las fritangas del griego de abajo!” Pero mientras hablaba se movía en medio de las maletas que colmaban el poco espacio restante entre la cama, el armario y una especie de tocador escuálido pegado a la pared; sacaba vestidos, blusas y chaquetas y volvía a meterlos en las maletas; observaba las prendas con melancolía sin decidirse por ninguna; desdoblaba, examinaba, volvía a doblar y a la vez insistía, ya sin la menor convicción, que sería mejor que fueran, caso de no querer o poder prescindir de su alegre compañía, a la esquina a comprar algo de comer y unas botellas de vino para cenar en el cuarto. Podían encargar una de esas pizzas repelentes que el hambre les había

obligado a devorar hacía unas cuantas noches en aquel tugurio que tenía el descaro de llamar cocina italiana a las atrocidades que su trastienda consumaba; y aunque como cocina, aquélla, nunca le había hecho en exceso feliz, como amante de Italia se sentía en la obligación de protestar por lo menos; o bien, si el proyecto de las pizzas tampoco los seducía, lo que podía comprender perfectamente, que pensaran en algo que no la obligara a salir. Pero, por favor, debían volverse por un instante hacia la puerta. Y mientras él permanecía con los ojos clavados en el suelo, con ganas de escapar a la carrera, la oyó decir que Carlos la torturaba, que no podía explicarse, si lo conocía bien, cómo podía seguir considerándolo un amigo. Era una voz chirriante, fatigada, hipnótica. Mientras la oía hablar y trataba de definir el timbre pensó en manzanas ácidas, pensó en cerezas no del todo maduras, y ante esos parangones frutales estuvo a punto de soltar la carcajada cuando ella dijo que necesitaba que alguien la defendiera de sus atropellos, que ojalá encontrara en él un aliado, que Carlos no le concedía la menor tregua: en las dos semanas que llevaban en Nueva York había conocido todas las sensaciones imaginables menos la de tranquilidad. Luego afirmó que detestaba con toda su alma la ciudad, el país entero. Había estado en otra ocasión, muchos años atrás, antes de la guerra, con su primer marido, tai bién entonces de paso rumbo a México, y aunque las condiciones eran muy diferentes, como bien podían suponer, tampoco entonces logró entusiasmarse. Era increíble, durante años había sido una fanática de la aceleración, cualquiera que fuese su signo, de las formas más dinámicas, de la belleza de la máquina, para que al llegar a la metrópoli no hiciera sino asustarse ante su ritmo. Chéjov decía (¡dale con Chéjov!), y era una frase que podía suscribir sin reservas, que en la electricidad y el vapor había más amor al hombre que en la castidad y el ayuno. Pero en realidad lo único que percibía era violencia y estruendo. Acabaría por clavarse en Siena, en Alejandría, en Micenas. ¡Qué horror, su vestido era una pura colección de arrugas! Podían ya volver la cara si querían contemplar a la mujer peor vestida del mundo.

– ¿Adonde vamos? –preguntó después.

Les propuso un restaurante francés que había conocido hacía poco, pero la idea no los entusiasmó demasiado, y uno húngaro, que aceptaron de inmediato.

Le resultaba incomprensible conversar con la pareja en aquel cuarto; que ellos y las ocho, nueve o diez maletas estuvieran ahí; que en torno suyo flotara aquel perfume opaco. No se atrevía a preguntarle a su amigo qué hacían en tal hotel. Encontró algo extremadamente patético en el ademán con que Paz se ladeó el sombrero antes de salir, al pasar frente a un espejo sucio colgado en la pared. Carlos iba a cerrar la puerta cuando de pronto pareció

acordarse de algo. Entró de nuevo en la habitación, volvió a prender la luz; en dos zancadas llegó hasta una de las maletas y sacó un pañuelo. En ese momento advirtió que desde el momento de llegar, sin lograr expresarlo, era únicamente en eso en lo que pensaba, y que el voluble monólogo de Paz no tenía otro propósito que revelarle lo que el pijama con lunares azules colgado de la percha clamaba a gritos y que él se había negado a reconocer, que ambos compartían el inmenso lecho cubierto por una deprimente colcha gris. Pero aun en ese momento se negaba a creer, le irritaba pensarlo, que estuvieran ligados por un vínculo carnal (le sorprendió, y aquello intensificó su malestar, que hasta en el pensamiento se acercara a las relaciones de pareja con semejante pacatería victoriana, que tuviera que emplear fórmulas tan deterioradas como la del "vínculo carnal").

Cuando llegaron a la calle, la energía de Paz ya visiblemente mermada, se derrumbó casi por completo. Por un momento fue sólo un rostro acosado, unos ojos huidizos, un sistema nervioso desgastado, una silueta a punto de hacerse trizas, la misma imagen de la mujer de Macao que deambulaba sin sosiego, en *El tañido de una flauta.* En la cama, envuelta en el terciopelo verde, el contraste con el resto de la habitación no había sido tan desmesurado; poseía su túnica un aire de excentricidad que se correspondía muy bien con la idea de tránsito a que aludían las maletas. Cuando aclaró que había terminado de vestirse y se dio vuelta, él pudo contemplar a aquella mujer deslumbrante (pero entonces no debió haberle parecido deslumbrante; no, es casi seguro que eso lo descubrió después) abrochándose los grandes botones verdes de una chaqueta verde; y luego, cuando comentó, mientras se pasaba el lipstick por los labios, que era una lástima que ninguna Helena Rubinstein diera aún la señal de usar un lápiz labial verde, ya que ella podría lograr combinaciones perfectas con el tono de los ojos, en tanto que él contemplaba el rostro en el espejo y la espalda erguida, enfundada en la chaqueta esponjosa, de lana verde y puños revestidos de pequeñas piezas metálicas oscuras, no pudo menos que decirse que la incoherencia entre aquella figura y la pobreza del edificio y la fealdad desbordante del cuarto era inmoderada. Pero en la calle el desequilibrio alcanzaba una violencia total. En el cuarto, en efecto, se le podía encontrar cierto sentido; uno podía pensar en aquella pocilga como en el equivalente de un refugio de guerra, un escondrijo para los momentos de emergencia, de derrota transitoria. Podía ser mucho peor, podía haber costales de granos y grietas en los muros y sórdidas ratas hambrientas y musgos en el suelo y un montón de paja húmeda para hacer las veces de un lecho. El carácter provisional explicaría el desorden; se estaba allí de paso; el refugio terminaría tan pronto como se restaurase el orden violentado, cuando la vibración perversa que por un instante había logrado alterar

el equilibrio universal hubiese vuelto a encauzarse. La calle era otra cosa, demostraba con obscena crueldad que no existía alteración alguna, que el ritmo de la vida era normal, que era el acostumbrado, el cotidiano. La calle atraía y reducía a Paz a su vaivén de siempre, al oleaje de borrachos miserables y sucios, a sus contornos de botes de basura, de tiendas aguachirles, de restaurantes con tufo a grasa quemada, de tintorerías igual y agresivamente malolientes, de muros desconchados, vulgares, renegridos. En ese momento se evaporó de golpe la antipatía que todo el tiempo había sentido por Paz y, sin siquiera percibirlo, se convirtió en el aliado que un poco en broma un poco en serio la mujer solicitaba. Paz, casi tartamudeando, propuso que entraran en la pizzería de la esquina; no era tan mala como había dicho, tenía la ventaja de que podrían regresar al hotel al terminar de cenar; tenían en el cuarto un coñac excelente. Pero Carlos no la dejó terminar. Lo que hizo fue silbarle a un taxi que en ese momento doblaba la esquina.

Doce

En la película de Hayashi, el episodio amoroso –¿no era absurdo llamarlo así?, pero, ¿cómo, de qué modo, hacerlo entonces?– ocurría en Macao hacia 1930. Constituía una especie de intermedio lírico, el único oasis posible en medio de diversas instancias infernales. Sin embargo también era opresivo, también allí se percibía el soplo del maligno. Junto a las imágenes finales, fue la parte que mayor conmoción le produjo. Tendría que volver a ver la película para precisar una serie de incidentes que esa tarde, con el asombro a cuestas al reconocer la historia y tratar de establecer los enlaces entre lo visto en la pantalla y los hechos reales, con toda seguridad debieron habérsele escapado. Es la parte de equilibrio interno más difícil y la que, por extraño que parezca, armoniza el conjunto. Su poder de succión es extraordinario: el episodio absorbe y concentra todas las tensiones y, a la vez, funciona como válvula de escape. Libera el brutal erotismo sofocado que repta a lo largo de toda la película. Lo libera, pero no por completo; al menos no como se nos ha acostumbrado, nos gusta y tácitamente le exigimos al cine. Eros de pronto es mudo e inexpresivo: ojos huidizos bajo pesados párpados, manos distantes, crispadas, aferradas al bolso de mano o a la flexible caña de Malaca, imposibilidad absoluta de decir: "Ámame, ámame siempre, no permitas que llegue la hora del olvido; ámame, ámame siempre". Eros se transmuta, en Macao, en la auténtica separación de los amantes.

Le sorpende que la rareza del ambiente no llegue a entorpecer el desarrollo de la trama. El hilo central, en apariencia muy tenue, se inserta en un trozo de material colmado de matices, penetra en zonas de tejido espeso, recamadas de colores y texturas, sin lograr, no obstante una aparente timidez, perderse, lo que manifiesta una vez tras otra su resistencia pura, su tensión perfecta, y crea en derredor suyo una desnudez y una transparencia espectrales. Por más que el episodio transcurra en casas de juego, en cafés al aire libre, en medio de atolondradas nubes de turistas, pelotones de soldados de Angola y Mozambique, contrabandistas de todas las especies, putas y rufianes, el ambiente, para el espectador occidental, difícilmente podía destacar por su exotismo del resto de la cinta. En su película, *Hotel de frontera,*

el problema desemboca en una burda disyuntiva entre lo nacional y lo extranjero. La protagonista era española, como Paz en la vida real; algo en su documentación no está en regla, por lo que le impiden la entrada a México. Su acompañante no ha vuelto al país en muchos años y tiene que permanecer durante semanas enteras pudriéndose de rabia y fastidio al otro lado del puente, en Brownsville, mientras contempla, como un señor K muy devaluado, el castillo inaccesible que es la Patria. La mujer le retiene el pasaporte. Exige entrar con él o volver a Europa. Lo acusa de mil infamias, grita, un día lo abofetea en el comedor. Teme que la abandone tan pronto como se encuentre al lado de los suyos. Al fin triunfará la Patria. Se impondrá el tierno amor de una joven mexicana empleada en el hotel donde se aloja la pareja. La otoñal vampiresa, cometidas mil bajas acciones, emprenderá, derrotada, solitaria, el amargo retorno. El manejo vago y confuso de esas obviedades constituyó, tal vez, la única virtud de la película.

Ya en el contraste entre el núcleo temático y sus contornos, Hayashi, en cambio, lograba una atmósfera de impecable crueldad. En primer término destacaba el drama de la pareja destinada a no encontrarse físicamente; al fondo, un tumulto permanente: masas borrosas de incesante tráfago. Luego, en determinado momento, surgía de entre el tumulto una tercera figura, el joven poeta, empleado en el consulado japonés, antiguo compañero de escuela del protagonista. Se establece el triángulo. Desde el inicio parece que algo atroz va a ocurrir: las situaciones se cargan de una tensión zumbona y agresiva. La actriz japonesa vive el momento en que la pérdida de la juventud le crea una belleza deslumbrante. El rostro, una máscara de porcelana blanca a punto de despostillarse, de hacerse añicos, es capaz de manifestar los registros más inusitados de la pasión. Su ropa es su estilo: sombreros claros de alas muy amplias con alguna cinta de color oscuro, vestidos vaporosos de materiales estampados que resbalan hasta los tobillos, guantes interminables. Se mueve con paso lánguido, ondulante, por aceras tumultuosas, igual que si se deslizara en medio de los asistentes a un animado garden party colonial, como si la masa de cargadores y buhoneros chinos que atestan las calles fueran funcionarios administrativos, terratenientes, financieros, religiosos de alto rango. Se mueve como una serpentina perfumada. Es un fluido que invariablemente se escapa de las manos del par de jóvenes que la acompañan, los envuelve, los intoxica delante de esa muchedumbre que, aun desdibujada, logra poco a poco imponerles su ritmo frenético: corren las rickshaws, se cruzan, se entretejen sin tropezar jamás; grupos enardecidos rodean las mesas de los casinos, croupiers con caras de Buster Keaton recogen, colocan y vuelven a recoger y a colocar las fichas en sus mesas con largas palas de madera negra;

verborreicos vendedores ambulantes circulan de mesa en mesa mostrando a los turistas sedas y brocados de Hanchow, perlas rosadas, violáceas, negras, piezas de falso y auténtico marfil, y esbozan a medias palabras, con los guiños apropiados, la posibilidad de obtener productos menos inocentes; pasan cargadores sepultados bajo fardos inmensos; agresivas mujeres de dientes puntiagudos bailan lentos blues en los bares más tristes colgadas del cuello de adormilados marinos adolescentes. ¡Qué diferencia con Brownsville donde el ambiente lo creaban su Woolworth y su Sears, el hotel Hamilton y dos o tres cafeterías de medio pelo! En Macao hasta el movimiento más insignificante daba la impresión de avidez, de rapacidad, de descaro, de una agonía vivida a ritmo acelerado ante la cual la mujer padecía otra, privada, secreta. Mientras los demás; corren, marchan, desfilan, ella simplemente pasea. Tiene tal capacidad de incorporación que su vestuario europeo, los modelos de Lelong y Schiaparelli parecen convertirse, por instantes, en una pura alegoría del Oriente.

¿Era posible oponerle a esa silueta la contagiosa procacidad de Julieta Arcángel?

– Entendido, chico, así mismo me lucía a mí; no creas, desde hace rato tenía yo visualizada la situación. Entendido, cómo no, tú vas a verlo, yo a esos personajes complicados los pesco al vuelo.

Era la respuesta más o menos invariable cada vez que trataba de explicarle su concepción de la protagonista. “Entendido, chico, entendido”: el muro contra el que se estrelló siempre. A los pocos días de iniciado el rodaje los resultados eran ya previsibles. A tal grado y durante tanto tiempo le molestó el recuerdo de *Hotel de frontera,* que en definitiva lo esterilizó como director. Sus amigos trataron de alentarlo; la culpa no era suya, debía hacer un segundo intento, esa experiencia podía servirle para defenderse con mayor habilidad en el futuro, para no incurrir en los mismos errores; a la postre terminaría por imponerse. Había en la película, decían –aunque para ser sinceros, no del todo logradas– ciertas virtudes poco frecuentes en el cine mexicano. El productor trató de convencerlo de que buscara otro tema; estaba dispuesto a promoverlo en forma; le demostró, además, que había tenido razón: una actriz con taquilla podía salvar cualquier bodrio. Eso jamás fallaba. El público de Julieta, menos exultante que de costumbre, respaldó con su presencia el churrito. Sí, de acuerdo, “entendido, chico, entendido”, replicaba, pero nadie lograría convencerlo que de ella no había conseguido destruir la película. Por su culpa la mujer aparecía como una hembra crepuscular en incesante acometida sexual. Una golosa pantera en celo. Y el asunto no había sido tan fácil, ¡qué va!, ni en la vida real ni en la idea que tenía del personaje. Era, volvía a insistir, grotesco comparar ambas versiones, sí, pero ¿cómo evitarlo? La película que había visto esa tarde,

independientemente de cualquier mérito formal, poseía una capacidad extraordinaria de perturbación que él, debía reconocerlo, no lograría imprimir aunque los productores le concedieran todas las libertades del mundo y contara con el argumento perfecto y la actriz más inteligente y maleable que uno pudiera concebir. Antes de terminar la filmación sabía que aquello iba a ser, que ya lo era, algo peor que un fracaso: fue la cinta mediocre que hubiera podido rodar cualquiera de los directores mediocres a quienes hasta ese momento había virulentamente combatido, a quienes pensaba que su generación debía sustituir, la gente a la que se debía eliminar para redimir el cine de su aspecto más burdo o, por lo menos, para intentar que los productores ampliaran el monto de sus ambiciones, la gente que se lo engulló cuando salió al fin a la luz *Hotel de frontera,* la misma a quien a partir de entonces frecuenta, con quien está asociado, con la que ahora viaja para presentar en Venecia *Oscuro amor,* la fragante flor que ese año cosechó la industria.

Y siente que también ese golpe se lo debe a Carlos. Es otro de los agravios que le guarda. Se ha dicho muchas veces que a fin de cuentas no había por qué ofuscarse con pesares y culpas sólo porque su vida resultó un desastre. ¡Al diablo con ese tipo de sentimentalismos baratos! Carlos no era el Alma Solícita que pretendía ser, Carlos gozaba con tener a los demás bajo su férula. Exigía, exigía… ¿Qué daba a cambio? Iniciarse de aquel modo en el cine lo convirtió en una persona diferente a la que hubiera podido ser. De eso estaba seguro. Y al pensar en ello, le azota una minúscula pero intensa ola de rabia y siente deseos de dejar de ser amable con toda la chusma que integra la delegación, con Norma, con el Chino, con Morales, que bien hubiera podido prescindir de ir a esa fiesta en la que con toda seguridad se estaría muriendo de aburrimiento para acompañarlo a beber y a conversar un poco. Sería ideal poder charlar unos momentos con Morales en el bar del hotel. En cualquier bar. ¡Pero a qué grado de disminución ha llegado, protesta con una sonrisa desmayada, para considerar como ideal la conversación con Morales! El tipo no era idiota, de acuerdo. Pero de ahí no pasaba. Se podrían reír a gusto. Era el único con quien podía pasar revista a las abundantes metidas de pata de sus compatriotas, especialmente las de Norma que podían cristalizar en momentos gloriosos, sólo comparables con algunas actuaciones de la Falsa Tortuga. Recuerda la noche en que asistieron en París al homenaje a Lubitsch. Pensar en Mock Tortle logra siempre regocijarlo. Comienza a reír al rememorar la historia. Y Morales, en vez de disfrutarla, se estaría muriendo de tedio, sin lograr vencer la timidez que lo incomunicaba, en medio de un tumulto de extraños; furioso al ver que Norma, Marquina, el Chino, Guevara, todos, conversaban sin inhibiciones con las personas a quienes precisamente

más le interesaba conocer, a las que no osaba acercarse por temor a ser considerado como uno más de aquella ristra de ignorantes que, sin embargo, para su estupor, tan bien se desempeñaba. Pero no era para regocijarse con anécdotas de la Falsa Tortuga por lo que deseaba estar con Morales, sino porque era el único que hubiera podido comprender su asombro. Lo pondría en antecedentes, le confesaría el horror que sintió al verse encarnado por otra persona en la pantalla, oyéndose decir frases que perfectamente hubiera podido pronunciar ante Paz y Carlos veinte años atrás.

Hablaría de su curiosidad por saber cómo Hayashi o su argumentista habían conocido la historia de Carlos. Hay momentos en que toda su preocupación parece centrarse en un punto: saber hasta dónde era auténtico el final, saber quién pudo haberse convertido en el testigo, en el espía de sus últimos días en aquellas remotas bocas de Kotor donde se refugió al final. Hablará con el director. No regresará a México hasta no conocer todos los detalles. Pero deberá prepararse para esa entrevista, domar cualquier posible remordimiento. ¡La joda de la culpa! ¿Que se portaron con él como unos cerdos? Tampoco había que exagerar. Se portaron con Charlie igual que con cualquier otra persona, ¡y todavía mejor! Hay un momento en que toda responsabilidad por fuerza debe cesar. No se puede interferir en la vida ajena, empeñarse en que un adulto haga lo que uno considera para él más conveniente. Caí los no era un niño, ni un retrasado mental; era un alcohólico; bueno, ¿y qué? Muchos otros lo eran y no causaban tantos problemas. ¿Le gustó el papel de Rimbaud y el de Nerval, quiso ser Dylan Thomas, le divirtió emular a Malcolm Lowry? Entonces el final no tenía nada de incoherente. Si alguien recibió ayuda fue él. Había cierta impudicia en su desvalimiento, lo aprovechaba de mal modo. En fin… no entraría en detalles repugnantes con Morales. Lo que deseaba sería hacerle entender su extrañeza al verse aparecer de pronto en la pantalla. Cuando filmó *Hotel de frontera* se eliminó como personaje. El triángulo se establecía en la segunda mitad del film, con una joven camarera mexicana de aquel hotel de Brownsville, quien rescata al protagonista de los brazos de la mujer adulta, la extranjera, lo redime y lo integra al mundo nuevo en que todo está por florecer: el amor, los ideales, las rosas. Pero planteado así el conflicto, ¿cómo podría decir que aquel episodio reproducía parte de su vida?

– No me hubiese atrevido entonces a verme representado por un actor. Por eso hoy fue tan horrible la sorpresa. Me asusté, te lo juro. Y todavía sigo asustado.

– Por desgracia, lo que hay de más vivo en nosotros es algo que ya sucedió; siempre es pasado… –comenzaría a sentenciar con gravedad Morales.

– No, no del todo –respondería, pensando por obligación en Emily; y como no querría salirse del tema ni perderse en un flujo de fraseología abstracta, lo volvería a llevar a la película, a la inaudita situación vivida cuando, clavado en la butaca, de un lado Norma, del otro el Chino, vio ocurrir en otras latitudes, expresados en otro idioma, conflictos que él había vivido en persona, y al momento horrible en que advirtió que el muchacho de traje de lino claro, sombrero panamá y una caña oscura en la mano era él, sin poder comentar nada (sus vecinos no entenderían una palabra, se conformarían con creer que se le habían pasado las copas), sin poder decir: "¡Yo era ése; la mujer en la vida real no era una japonesa, en la realidad se llamaba Paz Naranjo, fue en un tiempo conocida como la mujer Bauhaus, la donna-Bauhaus!, di, di, dime Morales, ¿cómo poder decirle eso a Norma o al Chino? Aquel otro, el poeta, fue un periodista muy mi cuate. Nada de lo que estamos viendo es cierto y sí lo es. No es verdad que la historia ocurriera en Macao; sucedió en Nueva York, aunque cuando hice mi película la ambienté en Brownsville, sí, en la frontera". Hubiera sido absurdo tratar de explicarles algo, había que permanecer sentado, empavorecido, casi muerto de asfixia, como en el seno de una espesa pesadilla de la que, sin embargo, no desea uno evadirse, y ver aparecer ante los ojos, estupefacto, lo imposible.

Morales tampoco sería una solución; la única ventaja sobre los demás consistía en que le permitiría explayarse, hablar, hurgar en el asunto. Lo oiría aunque en su interior nada se moviera; el asunto en definitiva no le interesaría sino como pretexto para largar sus citas; volvería a revelar su carencia de vida, a mostrar su tinglado, compuesto exclusivamente de referencias literarias. Su sistema de información se pondría al instante en movimiento, para emitir las fichas precisas:

– El mismo Isherwood confiesa que cuando vio en Nueva York un ensayo de *I am a camera* lo intranquilizó la presencia del actor que interpretaba al joven que él había sido en el Berlín de los treintas; y eso que ya para entonces debía haberse acostumbrado a considerar a su Herr Ishivod como a un ser aparte, lejano, un personaje tan distante a él como podría serlo Hans Castorp. Me imagino, en cambio, lo que sin previo aviso, de sopetón, habría sido todo esto para ti.

Un momento después, Morales se habría olvidado por completo de él y sus preocupaciones y se dispararía a hablar de Isherwood, de la Young Left inglesa de la preguerra y de sus intentos de ensamblar la liberación política con la sexual. Se regodearía con las intimidades descritas en las memorias de Spender y en las de Lehmann, saltaría, al recordar que Sally Bowles había aparecido dos años antes de que la recogiera el *Good bye to Berlín* como un relato independiente en la Hogarth Press, a la colaboración de John Lehmann con los Woolf, y

luego, de lleno, a Bloomsbury, a los Apóstoles, a los secretos revelados en la espléndida biografía de Strachey donde Maynard Keynes aparecía auroleado por la luz del escándalo, “in Tunis bed and boy…”, hasta perderse del todo en la maraña de datos, interpolaciones y anécdotas superficiales que organizaban lo que llamaba su cultura, que le conformaban la vida.

La actriz japonesa era una Paz Naranjo ideal, de la que en la juventud se habría podido enamorar hasta la muerte. De la que se podría enamorar aún. Era una desgracia que no hubiese asistido al festival. Parecía un personaje evocado por Carlos, creado en un momento de conversación inspirada, una Paz Naranjo arquetípica, derrotada y sufriente en un Macao onírico. La acción transcurría a comienzos de los treinta. Verse situado en esa época, la correspondiente a su infancia, encarnado en la pantalla por un joven que intentaba seducir a una mujer mayor, tenía algo de incestuoso. Era la edad que tendría seguramente su padre cuando lo engendró. Volvió a ser niño de golpe y a buscar unos brazos que lo tranquilizaran, volvió a regresar a casa con una horrible jaqueca, volvió a ver su colección de sellos y las vitrinas de la casa filatélica de la calle de Independencia. ¿Cómo eran los timbres japoneses de entonces? Según cree recordar no demasiado atractivos. Volvió a ver la espalda de su madre descubierta por el escote triangular de un vestido verde musgo. Vagas memorias lo retrotraen a una matine en que vio *La tormenta.* ¿Merle Oberon? ¿Charles Boyer? Está casi seguro de que eran ellos… ¿Y el tercero? ¿Tal vez Basil Rathbone? Recuerda, sin embargo, un dato inequívoco y absurdo; el autor de la novela en que se basaba el film era Claude Ferrete, un escritor al que jamás ha leído, al que con seguridad no leerá nunca. Tiene sólo la imagen, quizás inventada, de una mujer atrapada por un mundo en que se sabe cosa, una mujer reducida a la nada –¿tendría también un vestido verde con un escote triangular en la espalda? –, una imagen parecida a la de la japonesa de Hayashi, cine para familias, repertorio antiquísimo, pues la administración intuía que para estar a tono con aquella clientela de señoras de media edad venidas a menos había que oponer al dinamismo de las cámaras un tiempo prudencial de asimilación, algo que le permitiera recordar después de haberse arruinado el desayuno con la lectura de un último decreto cardenista, la existencia de tiempos mejores, cuando Josefina aún no se casaba, cuando el abuelo volvió de Hermosillo, cuando a Visitación le rompieron un diente en la escuela. ¡No, no! ¿Cuando a Visit le rompieron el diente? Para eso habría que remontarse a *Intolerancia,* a los hermanos Méliés, más aún, ¡a la llegada de la Linterna Mágica! ¿Cuándo le dieron aquel trancazo a Visit? ¡Qué te pasa! Aquello coincidió más bien con la introducción del primer daguerrotipo en

México. Las beldades del Balmori se movían, sonreían, vestían –el vestuario de la Paz Naranjo anclada en Macao no ha dejado de obsesionarlo– igual que la bella japonesita de esa tarde. Se llamaban Norma Shearer, Carole Lombard, Constance Bennet. Para él se llamaba sobre todo Kay Francis. ¡Nunca Dietrich ni Garbo! Aún ahora las considera otra cosa, distintas a las demás, distintas entre sí; reflejo de una moda demasiado profunda como para poder asociarlas con un mero estilo en el vestir. Pero parecía que estuviera tratando de deslumbrar a Norma, al Chino Toche, a Marquina. ¡La Garbo! ¡Marlene! ¡Estilos! ¿Lo habrían jodido hasta ese grado? ¿Será posible que no sólo tenga que conversar, sino también monologar, rumiar, pensar en trivia?

Trece

¿Podría acaso Morales entender algo cuando bien a bien él mismo no lograba descifrar la historia? Lo más probable sería que lo interrumpiera a cada párrafo con referencias según él no sólo pertinentes sino del todo necesarias para visualizar a los protagonistas y establecer el marco en que se movían. Diría, con Henry James, que un personaje fuera de su escenario no representa nada. Resucitaría elencos enteros para buscar el equivalente –la descripción del hotel lo exigía expresionista: Asta Nielsen, Brigitte Helm– de Paz Naranjo. Lo interrumpiría sin cesar; tan pronto como tuviera un whisky de más se negaría a oír, le bastaría con mencionar nombres, los ensartaría uno tras otro hasta producir esa especie de limbo-lugar-común-de-la-cultura en que tan gozosamente se movía. Para aquellos barrios: Purdy. Una conversación de tal tipo, la McCarthy; de tal otro, Capote; de ese mismo más una nota de color, Baldwin. Su repertorio era amplísimo. Cierto tipo de exteriores: Ben Shahn, o no, más bien desoladoramente Hopper. Tal cosa, Orson Welles o Cummings o Hammett, tal otra, James o la Stein o incluso Stella. Podía despeñarse en obviedades escalofriantes: "En ese momento un anciano cruzó la calle conduciendo a una niña de la mano": "¡Por supuesto, Nabokov!" "Esa tarde nos quedamos un rato parados junto al puente": "¡Lo veo, Hart Crane!" ¡La chinga que era capaz de acomodar con esa jarana si no se le frenaba a tiempo! Sólo resultaba sedante oírlo cuando tenía que lidiar con cretinos (frente a los cuales, por desdicha, no se atrevía a intervenir demasiado) como los integrantes del grupo reunido esa tarde en San Marcos, para entonces verificar que eran otras las claves que manejaba, pretender el exilio interior, y poder marginarse de la morralla cinematográfica a la que tan indisolublemente estaba vinculado. ¡Qué ilusión! Morales, de otra manera, era tan necio como el resto de la delegación. En Venecia había experimentado a veces cierto placer haciéndolo hablar sólo para verlo deleitarse cuando el tintineo de la inagotable ringlera de nombres, por lo general mal pronunciados, le acariciaba los oídos, mientras todos los demás se sofocaban de impaciencia.

No debía ensañarse con él. Era el único que a veces lograba apreciar su humor. Había descubierto que detestaba con pasión a la

Falsa Tortuga. Días atrás, al salir a colación el tema (él comentó que había seguido paso a paso su carrera, desde los inicios –se la había presentado Charlie, por cierto, veinte años atrás en una fiesta en Londres– hasta su presente altura), no hubo nadie que por lo menos no expusiera un agravio. Morales los superaba a todos; relató, y fue la primera vez que sus nombres queridos no hicieron acto de presencia, las distintas persecuciones a las que se había visto sometido por su culpa. Bastaba con que obtuviera un empleo para que a los pocos días la Falsa Tortuga de mierda apareciera por allí como secretaria del director, coordinadora del departamento o, al menos, como una persona muy influyente con las altas esferas. A partir de ese momento, en Bellas Artes, en el periódico, en la Universidad, en cualquier oficina pública o privada, donde fuera, sabía que sus jornadas se iban a convertir en una ominosa cadena de atropellos.

El no podía dejar de sentir ese cierto afecto que las falsas tortugas despiertan entre quienes las han conocido de pequeñas, cuando el caparazón no se ha vuelto aún el muro blindado que paulatinamente logra encorsetarlas. Había sido testigo de su lucha denodada por el éxito. Había recibido alguna que otra vez pequeños arañazos, a ratos molestos, pero nada serios a fin de cuentas, ni siquiera cuando el Banco Cinematográfico, como todos los sitios por los que transitó, se convirtió en una organización irreal donde todo trámite personal, profesional, privado o público quedó manchado con la sepia que tal engendro segregaba. Morales sentía aún escalofríos al recordarla. Todos los empleos en los que fue su Torquemada se volvieron campos bélicos donde ella misma no sabía contra quién combatía. Era su modo de imponerse. El terror proyectado en torno suyo le aseguraba una especie de invulnerabilidad. Según decían, el poder y la edad habían terminado por desquiciarla. Vivía ya con un pie en el abismo. Podía explicarse perfectamente su saña contra Morales. Nada deleita tanto a una Falsa Tortuga como la constante aplicación de namedropping. En Morales la manía enunciadora se volvía un ejercicio objetivo, frío, maniáticamente desinteresado cuyo fin se agotaba en la pura enumeración de autores y títulos. Mock Turtle aspiraba, en cambio, a poseer lo citado. No le importaba demostrar el dominio de una cultura, eso lo daba por sobrentendido; sus afanes se enderezaban a sostener otro prestigio: el de factótum, el de demiurgo. Para subsanar la tragedia de no crear debía hacer que la creación girara en torno suyo. Tenía que apoderarse de los nombres citados, eran *su* gente, sus nombres, *eran ella:* "Yo le organicé la exposición me vino a ver lo presenté con el editor yo le dije que no fuera tímido yo misma aquella beca yo le dije cuando llegó a México lo llevé me comentó yo estuve yo recomendé me escribió". Era lógico que detestara a Morales. El cúmulo de nombres que desgranaba cada vez

que abría la boca debía abrumar a la Falsa; le era imposible poseerlos en su totalidad.

Le debe escenas de indescriptible comicidad. Recuerda una que le divirtió a morir y que no ha podido comentar con Morales. Fue en un viaje a Francia varios años atrás. Un día le llegaron dos billetes para asistir a una función de homenaje a Lubitsch. Se exhibiría *To be or not to be.* Cuando en la Embajada, por mera casualidad, se enteró de la presencia de la Falsa en París, la localizó y la invitó a la función. No podía pasar a recogerla a su hotel; tenía que atender un compromiso previo, de modo que convinieron en encontrarse en las puertas del cine.

La vio acercarse. Su figura, aun de lejos, resultaba vagamente grotesca. No sólo por la desproporción entre el vestido de noche de encaje negro y la capa de pieles y la sala donde se celebraba el homenaje, sino por el modo peculiar con que sus movimientos se articulaban y desarticulaban. La vio zangolotear acompasadamente el obeso cuerpecito, mientras con una mano se levantaba la falda y la hacía moverse al ritmo de su andar, abriéndose paso en medio del gentío que en ese momento colmaba la acera. Luego, al aproximarse, se acentuó el carácter de marioneta bufa. Todo en ella parecía suspendido de hilos invisibles, ajustados a las muñecas, los codos, los párpados, las comisuras de la boca. Cada vez que terminaba una frase los hilos se levantaban, se alzaban los brazos del quelonio, giraban las manitas regordetas con los dedos abiertos, los ojos le crecían desorbitadamente y la boca formaba un pliegue que le llegaba a las orejas. Cada pausa, cada carcajada, cada interjección ponían en movimiento los hilos que sujetaban al pequeño animal rechoncho y aleteante. Se saludaron; hicieron algunos breves comentarios sobre las razones por las que en esos momentos se hallaban en Europa. Vieron los carrJes, comentaron algo sobre la belleza de Católe Lombard. El público reunido en el vestíbulo y el que entraba en la sala pareció decepcionarla. ¡No estaba ya para funciones de estudiantes y de viejos maniáticos del cine! ¡París tenía otras exigencias como para permitirse perder el tiempo en cineclubs! Una vez sentados, le trató de endulzar el momento. Le mostró a un anciano gordo y le dijo que era Abel Gance; otro, de pie en un pasillo, sí, el mismo que conversaba con la muchacha de pantalones dorados, era René Clair; comentó que ese día se habían dado cita los notables para ver *To be or not to be,* bueno para recordarla. ¿Quién era quién que no se la supiera de memoria?

– Fue muy importante en sus tiempos, ¿no? La verdad es que yo la tengo un poco olvidada. Días antes de salir de México le decía precisamente a mi marido que debía internarme en una clínica suiza para que me aplicaran la cura del sueño, como a Sonia Galindo que quedó tan bien. No tiene usted idea de lo que se me olvidan las cosas.

Por fortuna la memoria nada tiene que ver con la inteligencia, ¿no es cierto? –exclamó, mirando de arriba a abajo al público con ojos nuevos, de arrobo –. Claro que de Carole Lombard me acuerdo muy bien. ¿Con quién fue que estuvo casada?

– El que se sentó a su lado es Dreyer. Vino con la Rosay –le volvió a decir después, en voz muy baja y tono de complicidad. Con la Falsa Tortuga se podía llegar sin pudor al absoluto desenfreno. Lamentó que no hubiera fotógrafos, que los franceses no le sacaran el suficiente partido a esos acontecimientos.

– De México podrán decir lo que quieran, pero al menos allá, un evento cultural se celebra siempre con dignidad. – Se quedó en silencio un momento, observando atentamente a su vecino con el rabillo del ojo, y luego preguntó: – ¿Quién me dijo que era?

– Son Gance y René Clair.

– No, no, el que tengo aquí al lado.

– ¡Dreyer, nada menos!

– ¿Ah? –algo pareció moverse con desesperación en su cerebro; la vio esforzarse por extraer el recuerdo de una conferencia, de un programa de televisión, de una charla, de un artículo leído en alguna parte. ¿Dreyer… Dreyer? ¡Claro!– ¿No bien le digo que necesito la cura del sueño que le hicieron a Sonia Galindo en una clínica suiza? ¿Es el famoso affaire Dreyer?

– Por supuesto. ¿Recuerda que Proust lo defendió con pasión? Swann era dreyerista.

La vio hincharse de júbilo. Luego le soltó algún comentario mordaz sobre su habilidad para conseguir ese tipo de invitaciones. Por supuesto se debería al hecho de frecuentar los festivales cinematográficos. Si ella tuviera algo que ver con la Reseña también la invitarían pero, en fin, no iba a andar de ofrecida sólo para que le mandaran un boleto de cine; a ese paso uno acabaría por quemarse con tal de conseguir entradas para el cine Teresa.

Le respondió que la que asistía esa noche no era la gente que frecuentaba los festivales, sino la que de verdad contaba en el mundo del cine.

– Son los verdaderos maestros –añadió con tono enigmático.

– ¿Por qué entonces no le recomendará alguien a sus señoras una modista de catego? –Aunque el resto de las damas no estuviera a su altura se sentía muy orgullosa de haber llevado las pieles. Era una reunión que cotizaría debidamente a su regreso. Lamentaba de nuevo la carencia de fotógrafos cuando aparecieron las cámaras de televisión. Enfocaron a una mujer muy vieja que podía ser una hermana, una de las primeras actrices de Lubitsch o la organizadora del homenaje y luego se deslizaron por un pasillo lateral, enfocando al público. Observó los ojos brillantes de su compañera; parecían los de

una serpiente que ha descubierto e hipnotizado a una pequeña rata de campo; los brazos se le erizaron por la emoción, las comisuras se levantaron, volvió ligeramente la cara, sonriente, hacia la martirizada gloria de Francia, como para aparecer conversando con ella. Pero en el momento en que la cámara iba a enfocarla, un muchacho de cutis maltratado y cabello muy negro, se detuvo delante de ella, aplastándole las piernas, mientras saludaba al anciano. La cámara pasó de largo sin registrar el rostro de la Falsa. Para colmo sus vecinos se cambiaron de asientos, y fue el joven quien quedó a su lado. La Falsa Tortuga lo miró con odio mientras se frotaba las rodillas.

En voz muy baja y acercándosele al oído, murmuró:

– Lo acusaron de ser judío, ¿no?

– Sí, y de haber violado a Françoise Rosay que era aria. Fue en una época de persecución racial. En el juicio todo se aclaró. Él era bautizado y ella circuncisa. La condenaron a pagarle una indemnización y a varios años de cárcel por perjurio. Cuando al fin quedó libre, la perdonó, descubrió que era el gran amor de su vida, gritó: "Gertrud, Gertrud, te amo", y se casó con ella.

– ¡Qué payaso es usted! Por fin va a comenzar la función.

En efecto un señor avanzó hasta la pantalla y comenzó a leer unas cuartillas.

– ¿Quiere que le traduzca?

– No, no, entiendo casi todo – mientras tenía lugar una presentación tediosa y erudita, la Falsa Tortuga abrió su bolso, sacó un talonario de traveller checks, contó los cheques y anotó unas cifras en una libreta. Contó luego los billetes que llevaba en una cartera y volvió a anotar una cifra; permaneció hundida en un mundo de sumas, divisiones y restas que sólo interrumpía para dirigirle algunas preguntas incidentales –. ¿Cuántos francos hacen una peseta? ¿Las puede uno cambiar por liras en Italia? Las pesetas, quiero decir. ¿Cambió aquí su dinero o compró los francos en México? ¿Me recomienda conseguir aquí las liras o en Italia?

Comenzó la película. Al principio la Falsa Tortuga pareció aburrirse por no entender el idioma (por desdicha la versión estaba doblada al francés). Pero, a pesar de la presencia del joven a su lado, podía vislumbrar las reacciones del viejo Mártir de Francia. Cuando aquél soltó una carcajada, Mock Turtle decidió hacer lo propio convencida de que jamás había visto nada tan cómico. Al terminar la proyección hubo un coctel. Descubrió a la periodista que lo había entrevistado hacía unas cuantas semanas y aprovechó la oportunidad para presentarle a su amiga. Le hizo un somero recuento de sus méritos, que la Falsa escuchó con gravedad, asintiendo con la cabeza ante cada uno de ellos y con el oído alerta para aclarar cualquier posible confusión o remediar omisiones.

La periodista le puso enfrente un minúsculo micrófono portátil y comenzó:

– Los servicios en español de la Radio y la Televisión Francesa se complacen en presentar a ustedes a la señora Falsa Tortuga, destacada funcionaría del nuevo departamento cinematográfico del Ministerio de Educación de México…

– ¡De la Secretaría de Educación Pública! –corrigió con solemnidad la mexicana sin imaginarse que en ese momento condenaba a la crucifixión sus pequeñas aletas.

– …de México, y en transmitir sus impresiones a nuestros oyentes de habla hispana. Antes de charlar sobre los motivos que han ocasionado su viaje a París, nos podría decir ¿qué le parece la idea de rendir un homenaje a Ernest Lubitsch? ¿Qué nos podría decir sobre el toque mágico que según algunos críticos infundió el célebre director a sus películas?

La F.T. no tenía la menor idea de lo que aquella señora preguntaba. Intuyó sólo que se internaba en aguas pantanosas (la culpa había sido toda de él, comentaría más tarde, al volver y relatar el incidente en una versión casi épica, en la que resplandecía como una especie de heroína que en pleno corazón de Francia había tenido el valor de poner como camote a una impertinente radiolocutora francesa que pretendió humillar a México. Lo acusaría de llevarla a ciegas a la función, sin advertirle que se trataba de un homenaje a Ernest Lubitsch –el nombre jamás se le borraría– aunque tampoco, alcararía con magnanimidad, lo podía acusar de haber obrado con entera mala fe. ¿Cómo podía un ignorante hombre de negocios saber que no se trataba sólo de ver una película de la preciosa Carole Lombard y de reírse un poco). La Falsa tenía sus tablas, no por nada llevaba más de veinte años trabajando en ministerios, organismos descentralizados y en todo tipo de instituciones en cuyo presupuesto un renglón se destinara a actividades culturales. Se produjo un momento de silencio. Luego, con la expresión ponderada que tendría un gobernador instantes después de colocar la primera piedra de un futuro conservatorio de música de la capital de su estado, con un rostro donde todos los músculos faciales habían trabajado hasta la demencia para transformar la carne en cartón piedra, la voz engolada y severa, como si por ella se expresaran las Musas, ¡o la Patria!, y un dedito tremolando en el aire respondió:

– ¿Ah? ¡Sumamente interesante! Me es grato aseverar que nuestros amigos franceses son maestros para organizar y darle el relieve necesario a este tipo de celebraciones. Una larga y cultivada tradición cultural no puede sino producir frutos de esa categoría; se lo puedo decir con absoluta convicción, señorita, por ser ésta la cuarta o quinta vez que me encuentro en su país. En lo referente a la

colaboración cultural, las máximas autoridades en el campo de la educación mexicana sostienen que desde todos los puntos de vista resulta positiva. Hemos celebrado convenios de intercambio cultural con la mayor parte de los países del inundo con los que el nuestro mantiene relaciones amistosas, y en este aspecto las relaciones franco-mexicanas ocupan un lugar muy relevante, ejemplar, me atrevería yo a decir. Ciertos terrenos, como el cine, por ejemplo, permitirían una cooperación aún más amplia, aunque no creo que sea ésta la ocasión propicia para trazar los caminos que podrían intensificar nuestra colaboración – los hilos invisibles se agitaron, el cuerpo se ladeó, los brazos giraron en el aire, los dedos se abrieron, formando un conjunto de increíble artificiosidad. Quiso cerrar su parlamento con una nota genial, recordarle al auditorio que, aunque hubiese tocado asuntos muy serios, también podía darse el lujo de la frivolidad. Emitió una risita. Se llevó una mano a la peluca y concluyó: –Sí, mademoiselle, ante ustedes uno tiene que quitarse el sombrero. Chapeau la France!!!

Creyó haber terminado la entrevista. No fue así. La francesa, muy desconcertada, quiso saber si la Falsa Tortuga consideraba que Lubitsch era un faro perdido en el desierto, o si, por el contrario, su obra había influido en las generaciones posteriores. Enteró al público de que la posguerra, con su atmósfera de humor amargo, el auge del existencialismo y otras teorías tendientes a señalarle al hombre su derrota y a la vez su necesidad de asumir un compromiso, le hizo poca justicia al arte de Lubitsch. La finura y generosidad de su crítica se veían rebasadas por la magnitud de los acontecimientos vividos. Quiso saber, luego, si la influencia de Lubitsch se había dejado sentir en el cine mexicano.

– ¡Ahora sí me la pone difícil! Me gustaría advertirle tanto a usted como al respetable radioauditorio que en contra de lo que fácilmente se cree, en contra de ciertos clichés que a menudo nos endilgan en el extranjero, en contra de las generalizaciones que abundan sobre el tercer mundo y otros ismos de moda, en mi país también surgió un grupo de personas muy talentosas influidas por el existencialismo y las demás corrientes de vanguardia. San re y Simone de Beauvoir son bastante conocidos en México, ¿no le parece? Aquí nuestro amigo…

La entrevistadora cortó con ademán adusto aquella digresión y, antes de que Mock Turtle pudiera continuar, le exigió con voz metálica, de fiscal:

– ¿Considera usted, entonces, que Ernest Lubitsch ha influido en el cine mexicano?

– En términos generales diría que sí –sus brazos se movían como desganadas aspas de molino, mientras sus ojos adquirían una mirada dura y lejana, tratando de implicar que si no decía todo lo que deseaba era debido a sus atribuciones oficiales o porque alguna otra

razón igualmente válida le impedía ser más explícita –. La influencia del cine francés y, también, para decirlo de una buena vez, sin que esto signifique más de lo que las palabras expresan, de la cultura francesa en general, ha sido en México desde hace varios siglos…

– Sabemos algo sobre la influencia de la cultura francesa y la de nuestros cineastas; nos gustaría en cambio que nos hablara sobre la de Lubitsch.

– ¡Apenas me deja terminar! ¡Precisamente a eso iba! Sí, por supuesto que la tiene.

– ¿En quiénes?

– Verá… – hablaba como en un ensueño, con los ojos en blanco, la expresión cartón piedra y la voz más oficial posible–. La tiene sobre todo en el Indio Fernández. Y en Julio Bracho, cuya película, *Distinto amanecer,* marcó decididaniente la influencia de nuevas técnicas, las de su tiempo claro está, en México, con una actuación extraordinaria de Andrea Palma, una de las pocas verdaderas actrices a quienes por desgracia el medio…

– Me hablaba usted de la influencia…

– Ya, ya… También existe en algunos directores jóvenes. Sobre todo en ellos.

–Y ahora, pasando a sus preferencias personales, ¿qué película de Lubitsch prefiere usted? Sin contar, desde luego, el *To be or not to be* que vimos esta noche.

Ni siquiera entonces la expresión de la Falsa Tortuga reveló su desamparo.

– Bien, en realidad me resulta muy extraño, y diría que hasta absurdo responder a esa pregunta. Me parece que el mayor defecto que hoy en día existe en Francia es el de querer clasificarlo y dividirlo todo. Hay tal unidad en la obra de Lub…ich, sí, en su obra, que es difícil decidirse por una cinta determinada. A su pregunta yo respondería audazmente que me gustan todas. Sí, señorita, lo afirmo, lo repito y tengo el valor de sostenerlo, me gustan todas. Sería injusto parcelar una obra tan compacta, tan densa, con una poética tan cerrada. Su mérito es la unidad, diría yo.

– ¿Y cuál de ellas, a su juicio, podría resumir esa unidad?

– A ver –perdido el brío del inspirado párrafo anterior, y casi suplicante –: si me las fuera usted barajeando…

El le pasó el programa y le señaló la lista de películas; la vio tratar de descifrar sin éxito los títulos en francés. Por fin llegó a *Ninotchka,* y estaba a punto de pronunciar el título, cuando la reportera se despidió abruptamente.

– Muchas gracias, señora Falsa Tortuga. Espero que este ciclo de Ernest Lubitsch cumpla su cometido y no sólo le resulte agradable sino también instructivo.

Al salir del coctel Mock se empeñó en que fueran a un lugar griego no lejos de allí, un localito, según le habían informado, que frecuentaba la Greco y mucha gente de nota. F.n realidad resultó ser un tugurio cargado de humo, de olor a ajo y con un público absolutamente anodino. F.I restaurante al que asistía la Greco, lo descubrieron a la salida, era el de enfrente. Ya en la intimidad y entre sorbos de un segundo aperitivo, Mock Turtle se atrevió a comentar la entrevista:

– ¿Se dio cuenta de cómo me embistió esa hiena? Aquí no toleran que hablemos de Latinoamérica, a menos que sea para señalar las influencias que hemos recibido. Esa mujer me habría amado si yo hubiese repetido el numerito al que deben tenerla acostumbrada nuestros compatriotas: "Gracias, señora radiolocutora, le quedo eternamente agradecida porque su país nos haya colonizado por los siglos de los siglos. ¿Me permite usted que le bese los pies?

– De hecho era lo que le exigía. Hubo un momento en que creí que sacaría instrumentos de tortura para proseguir el interrogatorio. ¿Cómo no iba usted a confundir hasta la nacionalidad de Lubitsch con tales procedimientos? De cualquier modo se defendió muy bien.

– ¿Sí? Yo no estoy tan segura… Y a propósito, ¿de dónde carajos era el tal Lubitsch?

– Húngaro, húngaro por supuesto.

Respiró aliviada. Consideró que, después de todo, su prestigio intelectual había quedado a salvo, que podía seguir respetándose.

– ¡Húngaro! ¿Lo está usted viendo? ¿Se da cuenta hasta dónde puede llegar la pedantería y el exhibicionismo de estos pinches franceses? ¡Que esa criada me exija a mí conocer en París la filmografía completa de un señor que, además de todo, es húngaro! ¡Joder!

Se reirían a carcajadas. Pero a la primera tregua el animal de Morales le aclararía, como si él pudiera no saberlo, que Lubitsch era alemán, que los húngaros habían sido Fulano y Mengano y también el director Curtiz y el actor Lorre y el plástico Moholy-Nagy que en 1936 creó efectos espirales para *Things to come,* película de Cameron Menzies, y recitaría la filmograíía de Lubitsch y si sobraba tiempo la de Lorre, y quizás hasta llegara a hablar de la exposición de Rodríguez sobre el mundo de Peter Lorre y de la influencia de Bacon en la obra de Rodríguez, y él dejaría entonces de reírse y se pondría de pésimo humor.

Catorce

Le parece estar aún defendiéndose del abstraccionismo totalitario de Paz, explicándole su posición desde un principio. Sus primeras telas, le decía, compuestas cuando aún estudiaba arquitectura, habían mostrado la necesidad de revelar una zona de horror de la que le era difícil desprenderse. Por eso se orientó de modo natural hacia el expresionismo. Influido en los años de estudiante por ciertas concepciones de Orozco, contaminadas (y desde luego disminuidas) con algo propio que pretendía manifestar, intentó luego, sin abandonar aquel despegue inicial, una mayor apertura. Paz en ese momento le recomendaría eliminar los clichés en la conversación y expresarse con mayor rigor, y luego lo oiría con expresión que denotaba su buena educación y un terrible tedio. Su obra, volvería a comenzar, ha respondido siempre a crispaciones, se produce por saturación, ya que el todo –tema, color, estructura– se le revela y lo desborda cuando mayor es su fatiga, sea física, nerviosa o mental. Su mundo se pobló al comienzo por seres indefensos, niños, ancianos, pequeños animales acosados. El primer cuadro expuesto en una colectiva, el que en parte le valió la beca a París, es un niño macilento de rasgos faciales perfectos y expresión distraída; tiene en la mano un ratón muerto; en el cuello del animal y en los labios del niño se insinúan unas manchas de color solferino. Jamás se ha interesado en reproducir el modelo original, a pesar de partir de incitaciones reales. Lo que de la creación le atraía, afirmaba, era la posibilidad de sustentar un universo autónomo: la vida domeñada por las leyes. No tenía el menor miedo a las influencias, las aceptaba con tranquilidad. Por medio del alcohol logró forzar ciertos trances de visión. Le hubiera tenido que confesar, si aún viviera, que aquella primera época, tan lejana al parecer, volvía a hacerse presente en la serie sobre la anciana y la niña, aunque, al menos eso esperaba, desprovista del tono plañidero que ahora tanto le repugnaba. En Francia, Orozco retrocedió ante nuevas presiones, Dubuffet y, en otro sentido y casi inmediatamente, André Masson. Pero el gran golpe se lo asestarían en una incorporación más lenta y honda los expresionistas alemanes, sobre todo Beckmann, no tanto desde el punto de vista técnico, su tratamiento del color era del todo diferente, sino por la relación que

establecían entre la realidad y otra realidad posible. De esta época databa una de las cosas que le gusta: un grupo de niños rodea a una tlacuacha, una fogata, antorchas, piedras; el animal riega entre las llamas las bestezuelas ocultas en su saco materno; la precisión de la línea se altera por el humo hasta no quedar, y eso en base a la descomposición misma del color, sino una atmósfera de acoso y violencia que reduce las figuras a un papel secundario, ancilar. Después, en Londres, ¿no lo veía?, no tuvo que defenderse de ningún modo para no caer postrado a los pies de Bacon. Se sentía más hecho. Intentó establecer otro horror capaz de avasallar y pulverizar a sus criaturas, reconstruyó el infierno del hombre perdido entre objetos manufacturados cuya precisión sólo logra oprimirlo. Los personajes son seres que tratan con obcecación, aunque infructuosamente siempre, de encontrar la música misteriosa de las máquinas a fin de rescatar ese mínimo de coherencia, de sentido necesario para justificar la vida, o jóvenes que han prescindido de un modo radical de cualquier búsqueda. Trabajó sangrientamente. Y en la serie de entonces, el *Homenaje a Peter Lorre,* logró dar un paso a su juicio certero al crear la figura sin encadenarse a ella, impregnándola de una realidad cuyo propósito era –por saturación y condensación – crear esa otra realidad que buscaba, intensa e imprecisa, poderosa y fantasmal. La cara de Peter Lorre sobrepuesta a pequeños cuerpos descoyuntados, perturbados, moviéndose como sonámbulos en andenes de ferrocarril, supermercados, vagones de metro, salas de espera, talleres, oficinas, alineados en largas colas a la medianoche frente al mostrador de una pequeña farmacia, o pertrechados en asépticos recintos de cristal, plástico o aluminio. El anhelo de infinito se agazapa en la mirada de aquel ser viscoso, enfrentado a una realidad seca y metálica. Si sobrevivió a esa temporada se lo debe a la asistencia de Paz. Dormía y comía poco. Cuando salía del estudio se sentía asfixiar, como pez en la arena. Pero en el estudio también se desesperaba y renegaba, hundido día y noche en sus telas. El *Homenaje a Peter Lorre* lo impuso en el mercado. Debió, en primer lugar, encontrar, inventar o descubrir un eje invisible que obligara a las superficies, no obstante respetar las reglas de la perspectiva, a presentar un aspecto de absoluta quietud, de estatismo mortal. La línea que trazaba los objetos metálicos y la que definía la figura que entre ellos, deambulaba temerosa y ebriamente, era casi clásica. El rostro de Lorre debía dar la impresión de una foto. Luego, sobre esa superficie nítida, flotaba una especie de transparente niebla y, aquí y allá, supuerpuestos, signos, grafismos, cifras, jeroglíficos, borrones: algo cálido en medio del agobio: sí, una baba pegajosa que de algún modo –se intuye– es producida y destilada por metales, cristales y plásticos impecablemente limpios. Todo esfuerzo del hombre por

asumir la dignidad ha resultado en vano. La figura sudorosa del viejo actor da en momentos la idea de una tarántula tropical encerrada, semialetargada pero nunca resignada, en la caja de plástico donde encontrará la muerte. Mínimas gotas de rocío perlan la vellosidad del vientre y de las patas. Sabe que cualquier movimiento es inútil, que el esfuerzo sólo acelerará su fin y, sin embargo, no logra permanecer inmóvil. Recorre con torpe fatiga los cuatro extremos de su cárcel con una última y ficticia esperanza de libertad que intuye inalcanzable; de redención, también inobtenible. Fue su primer gran éxito. Después de la exposición dejó pasar un periodo de casi un año sin hacer nada; trazó algunos bosquejos sin importancia, ilustró algunas revistas. Tenía mucho dinero. Parecía necesitar desquitarse de la cruel temporada de encierro. Frecuentó amigos, salió mucho, conoció y se enamoró de Irka, una joven actriz de origen polaco, fue con ella a Roma, pasó allí dos semanas por cuya repetición a momentos desearía dar la vida. Asistió al regreso, con una pena que ni la felicidad amorosa logró mitigar, a la agonía y exequias de Paz Naranjo. Sucumbió a las intrigas tejidas por Mina Ponti, y cuando la relación con Irka se volvió imposible regresó a México, para casi de inmediato enclaustrarse en su ciudad natal. Aceptó un puesto en el Taller de Artes Plásticas de la Universidad. Todo hacía pensar que era una imbecilidad ese regreso, pero quizás no lo fuera, se vería con el tiempo. Pesaron en él, a su llegada, el tan proclamado encuentro con las raíces, la posibilidad de enfrentarse con alumos jóvenes que seguramente poseerían otra visión, concebirían nuevas soluciones plásticas. Y así llegó la tarde en que todo el horror intuido o vislumbrado se le reveló de golpe encarnado en la presencia de aquella anciana grotesca, el desorden del cuarto, la participación de esa niña con cara de mico, y hasta del coro formado por su tío, por Flor, por él mismo, de pie al lado de la cama. La anciana se movía y hablaba con impaciencia, y él sintió que volvía de pronto de un mundo de abstracciones éticas a la más inesperada de las concreciones corporales. De la angustia sin límites de Peter Lorre a los estrechos límites de una alcoba de provincia cuajada de un pavor anatómico. Puede recordar sólo fragmentos muy vagos de aquella primera conversación; parecía que el cerebro se le hubiese paralizado cuando frente a él yacía, se encrespaba y remansaba la bestia terrible, otro minotauro perdido en el laberinto, clamando mudamente por la espada que llegara a derribarlo. Se acuerda muy bien, eso sí, de que al intentar acercarse a la cama, la anciana lo detuvo en seco con el comentario de que ella y la niña podían ser sus modelos perfectos, y luego añadir:

– No se te ocurra, por favor, abrazarme; mucho menos darme el pésame y emprenderla con el sermón eterno de la resignación. Estoy

harta de oír sandeces. ¿Te acuerdas de tu primo Mario? Mario Ríos, el que se hizo cura. Hace poco me lo trajeron, con toda seguridad para que me bajara el orgullo; pero tuvo que irse como vino, le corté el aliento antes de que pudiera entrar en materia. No estoy para resignaciones; eso será lo único que no haga. Eso está bien para tu tío; míralo, tiene el temperamento ideal: es dócil, bueno, paciente, nació ya resignado. Pero, ¿dar las gracias a este estado? Never. Moriré arrepentida sólo de haber caído en las trampas que yo misma me tendí durante muchos años. Porque mi vida… No, ni siquiera vale la pena hablar… Dime, ¿qué tendría yo que agradecer?

Sonó un despertador. La niña se bajó al instante de la cama, corrió hacia el tocador y silenció el aparato. Llenó un vaso con agua mineral, sacó dos pastillas de un frasco y se las llevó a la anciana en un platito. Luego le pasó el despertador a Flor para que marcara otra hora. Concluidas esas operaciones, volvió a tenderse en el lecho.

Su tía continuó hablando durante largo rato. Le resulta imposible acordarse de las palabras. En cambio le parece ver aún los gestos, las muecas malignas, los ademanes suntuosos y ridículos, el brillo animal de aquellos ojos, y la atención concentrada de la niña que, acostada todo el tiempo a su lado, le acariciaba pausadamente un brazo, mientras sorbía las palabras; la cara socarrona, teatralmente afligida de Flor, la amedrentada de su tío Eduardo. Al final, la anciana, postrada, se dejó caer sobre los almohadones; hizo una señal a la niña para que se bajara de la cama y se dirigió a él, dando por concluida la visita:

– Ven a verme cualquier día que tengas un rato libre. La próxima semana si te parece bien. A lo mejor me encuentras de otro humor. Tienes que contarme todo lo que hiciste y viste en esos años que pasaste fuera.

La vio muchas veces. Al principio las visitas eran muy breves, ásperas, parecía que la anciana deseaba probarlo antes de franquearle decididamente el ingreso a la secta. Le atraía la riqueza de efectos escénicos que su tía desplegaba, así como la atmósfera creada a su alrededor. No salía de la habitación más que para ir al baño. Se había hecho transportar a su refugio todo lo que le interesaba o atraía de la casa. Una pared estaba cubierta por un estante colmado de libros. Había cuadros dondequiera, en las paredes, sobre los muebles, recostados sobre los libros; más que la habitación de una enferma, aquella estancia parecía un desordenado tendajón de objetos de segunda mano. Frente a la cama había una poltrona forrada con una tafeta de color buganvilia donde por lo general se sentaba el médico; más allá, un par de mecedoras vienesas, dos lámparas de pie, un servicio de plata, tazas, bibelots, un tocadiscos (los discos fuera de sus fundas se esparcían por todas partes), prendas de vestir que ya nunca

usaría, cajas de mil estilos y tamaños, periódicos y revistas, fajos de cartas ceñidos con ligas, fotografías de lugares, muy pocas de personas. La halló envuelta siempre en una inmensa bata de baño que le llegaba hasta los tobillos deformes. La cabeza rapada aparecía a veces descubierta, otras, las más, tocada con turbantes de colores chillones, sujetos con broches de bisutería.

A su lado, como única compañía permanente, la niña.

Las visitas se volvieron más frecuentes y prolongadas, para al fin convertirse en cotidianas. Descubrió que no sólo le interesaban las imágenes macabras de aquella alcoba. Volvía a establecerse, cordial y abundante, la corriente de simpatía que ya antes de su viaje los había ligado. Fue la única persona de su familia con quien había podido tratar ciertos problemas. De un modo que no se arriesgaba a dejar de ser convencional, pero con un interés muy vivo, liberada de muchos prejuicios que aquejaban al resto de sus parientes, su tía le aconsejó y, lo que fue más decisivo, lo apoyó en su decisión de estudiar pintura. En las relaciones que se establecieron después de la vuelta de Europa, no iba a quejarse de la incomprensión de sus padres, ni a pedirle interceder ante ellos para lograr tal o cual propósito. Se había convertido en el triunfador. Hay, sin embargo, un punto sobre el que no deja de interrogarse. En el fondo le gustaría saber cuál era la auténtica razón que lo llevaba a frecuentar aquel cuarto. Si iba, se decía entonces, era seducido por el estado de purificación que se escondía bajo la superficie rugosa y explosiva de su tía. Podía ser eso; no se manifestaba en la conversación, ni en los temas que trataba, era una especie de lucidez orgánica que se filtraba entre aquellas masas para encontrar su mejor expresión no en las palabras detonantes que lanzaba sino en un balbuceo que no se atrevía a organizarse, una conciencia alerta, yacente bajo las palabras y que, por angustiosa y oscura, quisiera asaltar al interlocutor y transmitille un vislumbre del sinsentido de la existencia entera. Quizás era una lucidez de tipo semejante lo que lo había atraído en Paz Naranjo (aunque en Paz la inteligencia era poderosa y sabía comunicarse por los conductos adecuados, siempre se sentía por abajo de su juicio racional una vibración puramente física). Quizás sólo fuera, pensaba en ciertos momentos, una mera afición gerontológica, lo que le hacía buscar la compañía de esas ancianas enfermas o, tal vez, un innoble afán de aprovecharse de ellas. A Paz, por ejemplo, le perdonaba muchas impertinencias, su obcecación, por ejemplo, en arrastrarlo hacia líneas opuestas a la suya (Pevsner, Gabo, Moholy-Nagy, los constructivistas, los geométricos ingleses, etcétera), porque era un contacto ideal con galerías, coleccionistas, críticos, y eso le ahorraba muchos pasos, esfuerzos y tiempo. ¿No había sido ella quien le presentó al prodigioso magnate japonés que poseía casi toda su obra? ¿No le había dejado,

además, buena parte de su dinero al morir? Igual ahora, debía reconocer que algo utilitario se ocultaba en su actitud, que no hacía sino explotar a la anciana. Le asustaba advertir que se preparaba a venderla, a hacer circular las imágenes de un universo que ella, con indecible esfuerzo, había segregado a la curiosidad ajena.

– A mi edad –le dijo una vez mientras se arreglaba el turbante frente a un espejito– y en estas condiciones, me lo puedo permitir todo, aunque el solo decirlo me estremece. Creo que ha sido una injusticia atroz haber tenido que convertirme en el esperpento que soy para paladear lo que puede ser, ¡imagínate qué profundo saber!, la libertad, para intuirla apenas y sentir la nostalgia de los jamás gozado. Nunca conocerás, tal es tu fortuna, el dolor de descubrir el despilfarro de una vida; años y años, setenta o casi, hazme el favor, que examinados parecen uno solo, banal, larguísimo, tonto, consumido en hacer y recibir visitas, desperdiciado en nada. De vez en cuando me encerraba a leer, pero era sólo a manera de fuga, como hoy dicen. Yo misma no advertía hasta qué grado me reducía este ambiente. Es una lata darse cuenta de un mal cuando ya no hay posibilidad de remediarlo; lo mejor que me podría pasar es un paro cardiaco, y mientras más pronto mejor. Creo que si tuviera quince o veinte años menos me podría sopreponer, pero a esta edad ya resulta fatal – bajó entonces la voz y musitó arrulladora, melancólicamente–: lo único que me duele es dejar solo a este pobre angelito mío.

Como movida por un resorte, Juanita se levantó del tapete y corrió a abrazarla.

Lo que más la había sorprendido durante el periodo de reclusión era la debilidad, la casi total carencia de sentimientos maternales, decía.

– Fue después del accidente, al volver a casa y comenzar esta vida solitaria cuando descubrí que nuestro lenguaje no era sino una recurrente formulación de frases muertas. Estoy segura de que la enfermedad se debe a eso, a la tristeza. La tarde en que me comunicaron el accidente, me dijeron que estaban muy graves, tú sabes, estas noticias las va uno recibiendo gota a gota; salí de prisa rumbo a Veracruz, y allí no me pudieron ocultar la verdad. Todos, menos él, que salió librado casi sin un rasguño, habían muerto. Advertí ahí mismo que era el que menos me importaba, que quería más a su mujer, no digamos a las muchachas. Me escandalizaron mis sentimientos, bueno, la ausencia de ellos. Luego, ya aquí, en casa, descubrí que siempre, desde su adolescencia, desde que se quitó los pantalones cortos, no hemos sido sino un par de extraños. No puedo recordar ninguna conversación en que hayamos pasado de las frases rutinarias. Si aceptara los hechos como yo los acepto, nuestro trato se volvería más tolerable, pero se obstina en desempeñar el papel de hijo

devoto. Me horroriza pensar que con el resto de la familia las relaciones fueran igualmente vacías y que, obnubilada como estoy, me empeñe en recordarlas de otra manera. A veces creo que veía un poco la vida con los ojos de los demás. En eso, bueno, al parecer en todo, también me equivocaba. No se vive sino la propia vida; yo no lo hacía. Pero, ¿tiene caso darle vueltas al mismo asunto siempre? Al fin y al cabo ahora tengo a quien querer y quien me quiera. ¿Quién es mi adoración, Juanita?

– Yo, yo merita.

Ambas reían. Eran los únicos instantes felices de la anciana.

No era del todo cierto que frente a su hijo mantuviera una actitud pasiva o de desinterés como quería hacer creer. Le vienen a la memoria encuentros furibundos, obcecaciones pueriles. Algunos días la erisipela rebelde que le recubría de pústulas el cuero cabelludo le producía un escozor intolerable. En esos días no recibía a nadie, sino a su fiel Juanita que había desarrollado un sentido especial para navegar con vela segura en medio de las peores borrascas. Cuando le sobrevenían las crisis injuriaba a su hijo, no permitía que Flor se le acercara más que para lo estrictamente necesario. Al menguar la exacerbación de la enfermedad se mostraba irascible y fatigada. El diálogo era entonces voluble, difícil, agresivo. Habría dejado de visitarla de no ser porque ya la casa, la anciana, la niña, el médico, el complicado malabarismo en que sustentaban sus relaciones personales ejercía sobre él una verdadera fascinación. También porque desde la primera noche había comenzado a pintar a la anciana y a la niña.

Quince

El tokai, las czardas, las dos o tres frases pronunciadas por Paz en húngaro, el gordo violinista en el que todo tenía aire postizo, los bigotes espesos, las cejas desmadejadas, la nariz aguileña quien, recargado en una columna muy cerca de ellos, hacía emitir a su instrumento melodías baratas y conmovedoras, las anécdotas divertidas que de golpe se atropellaron y confundieron entre brindis copiosos que saludaban el porvenir, acariciaban los recuerdos, celebraban el encuentro en Nueva York, auspiciaban el éxito del viaje, la acidulada voz de Paz, todo, en fin, hasta la nueva manera de fumar de Carlos, contribuyó a deslumbrarlo. Por supuesto ya para entonces Paz había dejado de ser la bella mancha veneciana y también el rostro trémulo del ghetto. La hermosura de Paz era mudable. Puede recordar sin la menor resistencia el rostro de esa noche, aunque el más perdurable, el que se le presenta aun en sueños es el otro, el del hotel, el de las pequeñas tabernas del Village, el del restaurante del Museo de Arte Moderno, una cara que por su inmovilidad, su lejanía, su aire de decir constantemente con los ojos, con las comisuras de los labios, con los pómulos: "¿Qué importa, qué puede importar esto, si a fin de cuentas y en verdad nada importa?", difícilmente podía compararse con ningún otro, a menos que su avasalladora carencia de realidad lo asociara con ciertos momentos de *Angel,* con la escena final de *Shanghai Express.* Sí, un rostro perfecto, de pómulos pronunciados, donde los ángulos y las curvas formaban una misma línea y los huesos parecían suavizar su rapacidad al llegar a la boca; las cejas eran una línea imperceptible en fuga hacia las sienes. Uno era consciente de la belleza de Paz pero también de su carencia de atractivos físicos; algo de travestismo y de asexualidad afloraba en alguna parte. De cualquier manera, aquella imagen, la de ciertos momentos de *Angel,* la del final de *Shanghai Express* (¡pensar que por la tarde le había dicho a Norma Vélez…!), sería posterior. Aquella noche, tan pronto como se quitó el sombrero y comenzó a beber su copa de tokay, Paz produjo una figura menos perfecta, más apetecible. Sus rasgos esa noche tenían algo borrosamente incierto, eran más generosos, menos perversos. A su lado, Charlie y él parecían un par de colegiales trajeados por un buen sastre de Saville Row, con sus corbatas de seda compradas en la vía

dei Condotti, hechizados por la mujer que hablaba de desastres financieros, de las tribulaciones de un joven artista húngaro en la Italia de Mussolini, de unas huelgas estudiantiles en Barcelona, del karma mutilado, de espíritus inenarrablemente atormentados mientras yacían detenidos, atrapados mejor dicho, en el Umbral, de su rencor por el expresionismo abstracto, de sus dos viejos maridos, del primer anochecer que sufrió en la Ciudad de México, de sus proyectos…

La llegada al restaurante los había transformado. Al principio no hacían sino reírse. Contaban anécdotas muy divertidas sobre el viaje. En Nueva York descubrieron que cada paso dado había constituido un error. En ese punto la conversación dejaba de ser graciosa. Les era indispensable llegar a México. Las complicaciones las producía, al parecer, la nacionalidad de Paz. Esa noche no entendió sino a grandes rasgos el problema. Las prácticas migratorias mexicanas no le eran familiares. Carlos explicó que su amiga hubiera podido en otros tiempos disfrutar de una doble nacionalidad, pero que en esos momentos sólo tenía derecho al pasaporte español y por ello se le dificultaba la entrada en México. Paz había nacido en Barcelona; había estado casada con un mexicano, un tal Gabino Rodríguez, de Xalapa, pero no había reclamado la nacionalidad mexicana a la que hubiera podido tener derecho; al divorciarse seguía siendo española. Luego pudo haber obtenido un pasaporte checo por sus segundas nupcias, pero ¿qué beneficios podía obtener de ser checa durante la guerra? A la muerte del cónyuge había vuelto a quedarse en española a secas. Carlos dijo que era una situación absurdamente complicada aunque él, al día siguiente, pensó que expuesta de otro modo habría podido resultar muy clara. Paz era española, punto. A pesar de que había estado casada con extranjeros nunca había adoptado su nacionalidad. Para entrar a México debía pagar una fianza prescrita para todos los españoles y efectuar los demás trámites reglamentarios.

Ya aquella noche, aunque encapsulada, debió haber conocido la biografía completa de Paz Naranjo, por lo menos en sus rasgos esenciales. Luego, en los encuentros posteriores, se habría enterado de miles de detalles complementarios. ¿De qué pudieron haber hablado hasta la madrugada, cuando los devolvió a su covacha? ¿Era acaso posible que se hubieran pasado la noche contando anécdotas sobre lo ocurrido en el trayecto de Génova a Nueva York? Salió del restaurante con la convicción de conocer a Paz íntimamente. Claro que ella debió haber insistido una vez y otra en ciertos temas: en la extrañeza, por ejemplo, que le produjo verse de repente en Roma, casada con el anciano estrafalario que fue su primer marido, en la historia de la Voz, en la agudeza intelectual del doctor Wielke, en su encuentro con Carlos en una exposición de arte mexicano, en su pasión por Miklós. Carlos la había escuchado divertido, pues aunque debía saberse de

memoria aquel anecdotario, disfrutaría observando la fascinación con que él oía a Paz. Charlie era un voyeur; gozaba observando –y si era posible deformándolas– las reacciones que producían entre sí quienes lo rodeaban; olfateaba la sangre, transformaba las situaciones (bastaba con recordar tan sólo la escena protagonizada en Liverpool por el siniestro Ratazuki, que en el primer momento le había producido casi náuseas y que después, contra su voluntad y para su sorpresa, lo llenaba de una excitación perturbadora. Lo cierto es que durante la temporada en Nueva York los tres fueron voyeurs, cada uno se dedicó a crear un marco anómalo, a tenderse trampas, a observar cómo los otros introducían el pie en alguno de los cepos colocados. Sí, por supuesto, allí habría conocido, con una orquesta de gitanos en el fondo, los temas a los que Paz volvería siempre. La oyó comentar que había estado en México en dos ocasiones, aunque era como si conociera el país sólo de oídas: estuvo apenas unos cuantos días en la capital, que no le había gustado demasiado, y el resto del tiempo en Xalapa y sus alrededores, en casas preciosas arruinadas por el mal gusto de los familiares del marido. ¿Qué había visto de los mayas, de los aztecas, qué de las otras viejas culturas? Sencillamente nada. Pero había sentido hasta la médula su presencia. Se había divorciado de Rodríguez poco antes de estallar la guerra. Después se casó con el doctor Wielke, el filólogo checo; ¿había oído hablar de él? ¿Conocía sus ensayos? Se trataba de un hombre excepcional. Por desgracia el matrimonio duró muy poco, ni siquiera un año. El doctor Wielke se mojó una tarde de lluvia y murió de pulmonía poco después de la liberación de Roma. Había sido muy feliz con él. La felicidad duraba siempre poco, ¿no era cierto? Por supuesto que sí, que lo era. Pero, ¿acaso tenía eso importancia, acaso algo la tenía? Le contó, e insistió en repetir la historia con las mismas palabras en muchas sesiones, cómo había preparado en aquella época su ensayo sobre Albers. Estaban, había que precisarlo, en 1943 o 1944, y el suyo fue no sólo uno de los primeros sino que hasta la fecha seguía siendo de los pocos trabajos serios sobre la obra de aquel olvidado y excepcional pintor que un día sería rescatado para sorpresa de los enfebrecidos corifeos del expresionismo abstracto. Comentó que ella era una salvaje, un verdadero monstruo de energía. ¿Podía hacerse una idea de lo que había sido ese año? En medio del diluvio ella y Wielke se permitían divergir sobre la pintura de Albers. El pobre doctor no siempre acertaba al hablar de pintura, en el fondo no lograba sustraerse de la atmósfera expresionista en que se había formado y, sin embargo, a pesar de ello, poseía una lucidez envidiable. Su ensayo sobre Albers había surgido de una conversación sobre la función del dibujo en el desarrollo de las artes visuales. Las discusiones se enturbiaban a veces por razones semánticas. Un día, en una reunión de amigos, Wielke

afirmó que el rasgo esencial de toda experiencia plástica era el dibujo. Así, a secas. (¡Divina Paz Naranjo capaz de olvidar, como en otro tiempo las bombas, el visado, el Stuyvesant Córner Hotel, cualquier tribulación del momento, para lanzarse vanidosamente a rememorar las circunstancias en que escribió su primer libro!) Wielke señalaba que el dibujo constituía el cordón umbilical que unía Altamira con las corrientes pictóricas contemporáneas y con las de los siglos intermedios. Ella asentía, convencida. Le parecía evidente, después de escuchar los argumentos de Wielke, que el color, la materia, todos los otros elementos que intervenían en un cuadro, se estructuraban, sobre todo en el arte moderno, como incidentes del dibujo, y para visualizar la tesis citó a varios pintores: Malevich, Mondrian desde luego, Uccello, Ingres, Botticelli, Cézanne, Klee y, finalmente, Albers; llegó a sostener que en los cuadrados del último todo se convertía, todo era, dibujo. Pero en ese momento sintió que la argumentación se derrumbaba. Tuvo la impresión, y fue como si de pronto se asomara al vacío, de que no entendía nada de nada, de estar hundida en la ignorancia más despreciable, de ser un castillo de arena abandonado sin defensas, sin piedad. ¡Paz, Paz!, a la carcoma del viento y la marisma. Y esa noche y en las que le sucedieron apenas pudo dormir y mientras en toda Italia caían bombas y unos ejércitos avanzaban y otros retrocedían, y escaseaba el pan y los huevos y la carne, ella se debatía en medio de sus dudas y esbozaba hipótesis tratando de encontrar el elemento esencial que determinaba la creación plástica. La conciencia de que en las monocromías de Joseph Albers el efecto visual se sustentaba en la vibración de ciertas variantes de un mismo color o de colores muy próximos, lo que equivalía a imponer de modo totalitario el color sobre cualquier otro elemento, la sumía en la angustia y no se atrevía a plantearle así, al desnudo, sus dudas a Wielke ni a sus otros amigos por considerarlo como una confesión de plebeyez intelectual. Dijo que su reducida capacidad de abstracción solía jugarle tales bromas. No sólo en ese caso, en muchos más, en todos, se quedaba empantanada por la imposibilidad de asir algún elemento primario, fundamental, que más tarde demostraba haber sido siempre evidente, obvio. Un día al leer a Leonardo, el problema se le aclaró de golpe. No debía entender por dibujo el mero trazo de líneas sobre una tela o un muro, sino la intención ordenadora total a la que se supeditaban el color, la materia, el tema, etcétera. Y en ese sentido cualquier cuadro de Albers resultaba dibujo puro. Sí, ya lo sabía, era descubrir mediterráneos, pero en aquel entonces el tema la apasionó tanto que la llevó a escribir un libro. ¡Pocas personas podían ser tan estimulames tomo el doctor Wielke! El polo opuesto a Gabino Rodríguez, su primer marido.

Paz debió haber hecho ahí una pausa. Bebería otro trago de tokay,

comería algún bocado, sonreiría borrosamente y continuaría diciendo que a Rodríguez lo había conocido en Barcelona, en casa de unos familiares con quienes aquél mantenía relaciones comerciales. Ella era muy joven; acababa de ingresar a la universidad; él, en cambio, viejísimo. Uno de esos seres extraños, enjutos (¿había visto *Nosferatti?),* apergaminados casi, a los que resulta imposible saberles la edad. ¡Con gente así ni siquiera tenía caso aventurar cálculos! Señaló, e insistió siempre en ese punto, que el mayor misterio de su vida lo constituía ese matrimonio. Ni entonces, ni cuando ya no pudo más y solicitó el divorcio, ni aun después, ni en ese mismo instante en que lo platicaba, se había podido explicar la causa que la obligó a casarse con aquella momia estrafalaria. ¿Por qué se había casado? ¿Qué pudo empujarla a ese paso? En Barcelona era muy feliz, carecía de problemas familiares, le gustaban sus amigos, le interesaban los estudios. De ninguna manera se había tratado de un matrimonio por amor; se estremecía de sólo pensarlo. Lo único que le resultaba claro era que debió haber sufrido una perturbación psíquica, aunque no podía precisar de qué tipo, ni en qué momento se había producido. Tenía casi borrados los días precedentes a la boda, las dos o tres semanas que Rodríguez pasó en Barcelona. Debieron haber hecho algunos paseos. Con seguridad habrían ido a la ópera, una de las pocas cosas de este mundo que le producían cierto entusiasmo. Le debió haber hablado sin darse tregua del cristianismo esotérico de Annie Bessant, y explicado la máxima famosa de que “todo está en todo”. Le gustaría saber a qué otros lugares pudieron haber ido. ¿De qué habría hablado ella? ¿Se habría conformado con escucharlo pasivamente? ¿Saldrían solos? No recuerda nada, casi nada. Acaso la respuesta más simple fuera que necesitaba casarse con un viejo. Tal vez poseía una fijación que la llevaba por ese lado, pues también el doctor Wielke era unos treinta años mayor que ella. Si su familia o sus amigos no la hubieran conocido bien, habrían podido acusarla de mercenaria. Pero desde luego no era el dinero lo que le interesaba. ¿Qué entonces? Era desesperante, nunca lograría comprender nada… Durante cierto tiempo vivió como hipnotizada. Cuando medianamente despertó, se encontró sumida en un inmenso, oscuro y severo apartamento de dos pisos en el corazón de Roma. Al principio fue muy desdichada. Pero la suya era una infelicidad aletargada, desganada. Advirtió que había sido una tontería, un descalabro, casarse con aquel carcamal que sólo lograba producirle miedo. Decidió divorciarse, aunque tardó más de diez años en llevar a la práctica tal decisión; años, que vistos a la distancia, a pesar de la bruma esotérica que los envolvía, comprendieron uno que otro momento genial. En medio del sopor del que no lograba zafarse del todo intuyó que su vida podía resultar bastante confortable. Rodríguez le permitía una libertad absoluta. Sus

obligaciones se restringían a estar presente al mediodía en la mesa y a recibir a las visitas que de tarde en tarde asistían a las "sesiones especiales". Logró en unas cuantas semanas desterrar de la casa el aire de funeraria imperial con que la conoció, sólo con eliminar algunos trastos horribles y cambiar las cortinas. El mobiliario y los cuadros, fuera de alguna excepción sin importancia, eran excelentes. Verdaderas piezas de museo compradas, a saber por qué azar, en Viena, después de la primera guerra. Se decidió a crearles un marco adecuado. Eso la había salvado. Comenzó a interesarse en el estudio de los estilos, a leer las publicaciones especializadas, a visitar museos y casas de anticuarios. Una tarde acompañó a una investigadora del barroco a oír una conferencia de Miklós Faraly sobre arte aplicado. A los pocos días se encontraban en el mismo compartimento de un tren. ¡Predestinación! Cuando examinaba algunas etapas de su vida llegaba hasta a pensar que algo cierto pudiera ocultarse tras la palabrería desenfrenada de Gabino Rodríguez. Había sido presa de ráfagas extrañas. ¿No acababa de mencionarle su boda inexplicable? Un día le había ocurrido algo igualmente asombroso, pero orientado por otro signo. Hojeaba un volumen de historia de arte en una librería cuando de pronto vio unas ilustraciones, dos o tres fotos del castillo de Ferrara que inmovilizaron sus ojos y sus manos. Supo en ese instante que debía ir a esa ciudad. Ni siquiera regresó a su casa. Telefoneó de la estación para avisar que no la esperaran. Nunca antes había viajado sola. ¡Pero era una historia que no podía contarse así, al menos no por ella, en un restaurante – ¡para colmo húngaro también!– de Nueva York, ante un joven a quien acababa de conocer! Vació de un sorbo su copa de tokay, escuchó embelesada la música e incoherentemente con la declaración que acababa de hacer continuó el relato: al subir al vagón, Miklós Faraly aparecía por la otra portezuela y ambos penetraron a la vez en un compartimento vacío. Ninguno llegó al sitio de destino (Miklós se dirigía a Venecia). Se bajaron en Arezzo y vivieron un par de días extraordinarios. Era lo más importante que le ocurría en muchos años. Afirmó que Miklós había sido el primer hombre en su vida, y luego añadió con voz apagada y rencorosa que en cierto sentido era, ¡helas!, el único. Cuando volvieron a Roma la introdujo en su círculo. Miklós era un húngaro deslumbrante; hermoso como una fiera. Dijo que aquella primera noche, en un momento en que abrió los ojos, sintió que la sangre se le helaba, vio sobre ella una selva de dientes. Insistió en la sacudida intelectual que su amistad le produjo. Si algo sabía se lo debía a él. ¿Leía alemán? ¡Lástima! Le habría podido hacer llegar un ensayo publicado recientemente en Berna sobre él y sus teorías plásticas. No había sido un gran creador; nunca le había interesado serlo. En esa monografía ella trataba de hacer justicia a una visión que el nuevo expresionismo y sus mareados

acólitos intentaban disminuir. ¿Le podía explicar qué signficaba aquello de que un cuadro tío debía ser ya una construcción de colores y líneas, sino un animal, una noche, un grito, un ser humano o todo junto? Los neoexpresionistas de Nueva York y sus seguidores de Amsterdam no dejarían de ser banales mientras mantuvieran en uso semejante retórica. Si alguna validez tenía su pequeño ensayo residía en la presentación pura, casi sin comentarios, una labor más bien de ensamblaje, de algunas tesis de Faraly. Viéndolo bien, ya en los trabajos encargados a los alumnos del Bauhaus estaban expresados todos los problemas a que se enfrentarían los movimientos posteriores. Una revista de arte lo publicaría pronto en Italia; le enviaría un ejemplar. Dijo que le interesaba su opinión. ¿Por qué? Precisamente por dedicarse al cine. También dijo (Paz a su manera era vulgarmente romántica) que la vida adquirió entonces una nueva coloración. Y como los violines húngaros habían hecho una pausa, canturreó con voz desafinada unas frases de un viejo bolero mexicano y se echó a reír muy complacida.

Había algo que nunca, a partir de esa primera vez, dejó de irritarlo, y era la verbosidad pedagógica de Paz; su conversación desconocía la elipsis. Si tocaba un punto, cualquiera, debía comenzar a desarrollarlo desde el principio. A Charlie con frecuencia aquello lo sacaba de quicio; a él sólo lo exasperaba, aunque su exasperación se equilibraba con un encanto naif que percibía en la seriedad con que la amiga de su amigo enunciaba sus apostillas didácticas. Aquella primera noche hubo momentos en que supuso que lo consideraba tan ignorante que debía explicarle cada punto tratado como si le enseñara el silabario. Le explicó, por ejemplo, que una de las preocupaciones del Bauhaus, del que Miklós procedía, era la de crear la belleza en los objetos de uso diario, hacerles adoptar una línea a tono con el presente, incorporarlos a la nueva visión. ¡Que el encendedor de la luz dejara de ser esa pieza de baquelita oscura que parecía avergonzarse de su propia existencia!, que fuera un elemento plástico dinámico: un rectángulo de níquel, un círculo violeta o naranja sobre un muro de blancura impecable. Miklós le diseñaba la ropa. Utilizó materiales modernos, casquetes de mica, la hizo adquirir la silueta de una perfecta robot. Hubo un tiempo en que fue conocida como la mujer-Bauhaus. Lamentaba no poder vestir ya aquellas prendas, se vería como una mojiganga, el anuncio viviente de una anacrónica película de science fiction. A pesar de todo, de la tensión intelectual, de la recién descubierta vida sentimental, seguía deambulando en medio de una realidad distorsionada. ¡Gabino Rodríguez se imponía sobre el Bauhaus! Insistía en declarar que a pesar de todo aquel ensueño no era desagradable. En su mundo coexistían sin roces excesivos todos los antagonismos. Su dormitorio y su estudio se convirtieron en una

especie de torre de vigía de los siglos por venir, y en los mismos salones de la casa, entre los muebles más austeros fueron apareciendo sin estridencias algunos objetos de cristal, poemas de níquel, que en Rodríguez sólo provocaban algunos comentarios amablemente grises. En derredor del anciano todo se conectaba fluidamente. "Todo estaba en todo." Una órbita penetraba blandamente en su antagónica.

La oyó, la oyó, la oyó hablar durante varias horas sin fatiga. Pero, si presentó su autobiografía entera en esa primera sesión, ¿de qué pudieron hablar entonces durante los siguientes días? Debieron haber sido variaciones sobre el mismo tema, divagaciones sobre la negra situación inmediata, comentarios sobre la crueldad de Carlos. Lo único que le parece seguro es que allí, en el restaurante húngaro, debió haber dicho lo esencial y luego, en otros, en muchos bares, y en el sórdido cuarto de hotel, fueron apareciendo los detalles. ¡Cuan desprovisto de relieves debió haberle parecido su propio mundo! Le encantaba la figura que se iba formando en aquellas conversaciones de Gabino Rodríguez. La descripción de las comidas al mediodía, por ejemplo. Ella y su marido comían en la mesa junto con los sirvientes: Dolores, una mujer siniestra, una vieja calavera mexicana de color morado que debía tener por lo menos la edad de Rodríguez y que encarnaba una de las visiones que a menudo el anciano evocaba durante las comidas; dos rechonchas sirvientas italianas fácilmente amedrentables que lo oían con el aliento retenido, y un viejo chofer casi mudo. Se turnaban cada día para servir la mesa. A la hora del café el anciano se levantaba, recorría el comedor a grandes zancadas y narraba estremecedores misterios cuyo objetivo era la edificación de su grey. Hablaba de metempsicosis, de ectoplasmas tangibles, del periespíritu de Allan Kardec, de las teorías de Rufina Noggareth, y una y mil veces de las inolvidables séances de Eusepia Paladino, a algunas de las cuales había tenido el honor de asistir personalmente. Defendía con pasión a la Paladino; las pruebas que Le Bon había esgrimido contra ella nunca le resultaron convincentes. La vanidad de los científicos los llevaba a caer en las peores falacias. Eusepia era analfabeta y, sin embargo, él la había oído hablar en un momento de trance en el francés más refinado; en otra ocasión, en Copenhague, se expresó perfectamente en danés. Paz contó lo mucho que le divertía invitar a comer de cuando en cuando a algún discípulo de Miklós, uno de aquellos jóvenes que la consideraban como la plasmación perfecta de los nuevos ritmos, y observar cómo se disminuía, sofocado, medroso, durante la comida, como si de pronto hubiera penetrado en un universo cien por ciento Carroll, mientras ella servía los platos a la maligna calavera morada, y el sombrerero loco se levantaba y a grandes pasos hablaba, enfebrecido, de los portentosos contactos logrados en una sesión reciente. (Su estilo llegaba al delirio cuando

descifraba ciertos mensajes. Las descripciones que los difuntos hacían del Umbral lo poseían: "Singular vocerío atronaba el aire, gemidos, sollozos, frases dolorosas pronunciadas al azar, rostros cadavéricos, manos esqueléticas, facies monstruosas que dejaban translucir terrible miseria espiritual".) Mientras, la vieja calavera morada y las dos voluminosas sirvientas italianas y el chofer mudo jadeaban sudorosos, como fuelles humedecidos, para inmediatamente después pasar al estudio, y sin ofrecer ninguna explicación, como si se hubiera tratado del almuerzo más normal del mundo, sacar de una consola de línea aerodinámica revistas y papeles y comenzar a hablar de las espirales de Tatlin, de algún nuevo ensayo de Venturi, de los intentos de Prampolini para tender un puente entre lo poco que quedaba de la vanguardia italiana y el mundo exterior, y observar, divertida, los esfuerzos del joven por tratar de recuperar el equilibrio.

Debió haberle contado ya esa noche cómo el mundo comenzó a rarificarse en torno suyo, a volverse de latón, cómo Roma sucumbió al trompeterío vulgar y a un culto obsceno a los peores elementos de su pasado. Miklós emigró a Amsterdam donde moriría poco después. En los últimos tiempos eran simples amigos, porque ella nunca supo despertar grandes pasiones. No había sido fea, por lo menos no del todo y, sin embargo, nunca fue afortunada en el amor. Cuando se marchó Miklós se sintió muy sola. Roma era otra: una ciudad chata, estrepitosa y vulgar. Comenzó a no soportar a su marido. Estalló la guerra española. Según Rodríguez los espíritus se declaraban partidarios de la fuerza; era necesario domeñar con la victoria la anarquía y el caos. Decidió divorciarse. Rodríguez se negaba. Tuvo que amenazarlo con acudir a los tribunales, dijo poder comprobar que en los diez años de vida matrimonial nunca habían mantenido relaciones conyugales. Mintió, declaró que era virgen, que cualquier médico podía certificarlo. El pobre viejo habló de chantaje, gimió, sollozó, pero al final tuvo que acceder. Un abogado arregló el divorcio en México. Gabino demostró ser un hombre generoso. Le hizo llegar una pensión que sólo suprimió después de su matrimonio con el doctor Wielke. Nunca más se volvieron a ver. El abogado le informó que la guerra lo había obligado a clausurar sus negocios y volver a México. No sabía bien qué negocios eran ésos. Exportaciones, importaciones, algo así. Muchas veces lo oyó hablar de café. Pero si no llegaba a explicarse por qué se había casado con él, menos claros le resultaban los motivos que impulsaron a Rodríguez al matrimonio y a resistirse al divorcio. A Dios gracias, nunca llegaron siquiera a besarse. No hacía mucho había por fin vislumbrado algo, un día recibió un inmenso mamotreto, una especie de ilegible y enmarañada biografía espiritual que resumía las experiencias de su exmarido en el trato con lo no visible. Lo leyó de cabo a rabo en un estado de hipnosis sólo

comparable al de los días que antecedieron a su boda. En un capítulo, Rodríguez anotaba que durante varios años lo había acompañado en la vida una joven dotada de intensa capacidad receptiva. Su mera presencia era capaz de conectarlo con una Voz. Al perderla, "por una de esas extrañas y veleidosas traiciones del Destino, de las que es inútil culpar a cualquier ser de envoltura mortal", perdió todo contacto con la Voz. Su vida fue un desierto. Las actividades terrenales dejaron de interesarle. Era el fin. Vivió sumido en la más cruel desesperanza, hasta que una noche soñó con su antigua compañera, y en ese instante se restableció el contacto con la Voz perdida. A partir de entonces comenzaron sus verdaderas experiencias, la auténtica vida de un espíritu atribulado que hace ancoraje, después de vagar durante años perdido en la grisura cotidiana, en un mundo vibrante de revelaciones. Y Paz comentó que ella había llegado después a bendecir a la dichosa Voz pues le había puesto en las manos una inmensa fortuna. Al morir el anciano, dos años atrás, le dejó en herencia la mayor parte de sus bienes. Apenas podía creerlo. No lograba asimilar la idea. Había sido siempre una pésima administradora. Había acabado con todo; bueno "todo" era mucho decir, con los pocos bienes dejados por el doctor Wielke, y sólo le quedaba su piso hipotecado en el Vicolo delle Orsoline, y los mínimos ingresos que percibía por sus colaboraciones en algunas revistas de arte. Vivía acosada por las deudas. Había llegado a pensar en rentar su piso e irse a refugiar en un cuartucho, en alguna infame covacha, con sólo unos cuantos de sus objetos más cercanos.

Con Carlos se sintió ligada desde el principio. Había llegado a su vida como un arcángel, pero impregnado de cierto realista tufillo. Se conocieron cuando ella pasaba por un momento desastroso, en que por azoro, por desesperación, por torpeza, cada medida práctica que llevaba a cabo contribuía a ahondar su ruina. El saber que heredaría millones la había comprometido en gastos que de otra forma ni siquiera se hubiese permitido soñar. Un día de aparente buenaventura, al anochecer, en Rosatti, Carlos le anunció que regresaba por unos meses a México. Tenía ya el billete. Como por broma, sin pensarlo realmente, se ofreció a acompañarlo. Sus trámites legales estaban detenidos por detalles técnicos: peritajes, avalúos, meros formalismos según el abogado, pero a los que no se les veía fin. La herencia le comenzó a parecer una alucinación más. Pensó que su presencia en México podría acelerarlos. Bromeaba, pues en el fondo era incapaz, de emprender un viaje tan largo. De pronto, una frase de Carlos la convenció:

– Irás a uno de los pocos países donde los dioses están vivos. Vas a conocerlos, yo te protegeré.

Supo que era una señal, que debía ir. Todavía recordaba el terror

de su primer día en la Ciudad de México durante el viaje de bodas. Rodríguez se empeñó en mostrarle inmediatamente después de su llegada la ciudad. Estaban frente a la catedral cuando de pronto anocheció. No es que comenzara a anochecer, no, sino que en cuestión de unos segundos cayó la noche y reinó una oscuridad absoluta. Prendieron los faroles, pero eso no logró restituirle la seguridad ni rescatarla del pánico. Se sujetó del brazo de Rodríguez, y comenzó a gemir; sentía que algo inhumano, una emanación de crueldad la envolvía.

– Son los dioses, querida –dijo el anciano –. Aquí los dioses aún no han muerto. Pero no debes asustarte, yo te protegeré.

Al oír años después las mismas palabras "supo" que debía emprender el viaje. Pero al comenzar a organizarlo, los dioses le declararon la guerra: le exigieron una fianza de varios miles de pesos, el abogado mexicano le aconsejó no moverse, algunos acreedores comenzaron a hostilizarla, surgieron mil inconvenientes. Un primo de Carlos se comprometió a depositar la fianza. El barco estaba por salir; Carlos era perverso, no quería esperar al siguiente. El primo telegrafió en los últimos momentos anunciando que todo estaba resuelto, que podían embarcarse y recoger la visa en el consulado de Nueva York. Él se encargaría de activar los trámites en México. Y al llegar a Nueva York sobrevino el desastre, la inmunda, amarillenta cadena de desastres. El consulado mexicano no tenía ninguna información sobre su visa. Era posible que por error la hubiesen enviado a Roma. Telefonearon, la respuesta fue idéntica: no había visa. Volvieron a comunicarse con el primo de Carlos, quien lo enteró de que el ingreso de Paz en el país no había sido autorizado. Por supuesto debía tratarse de un error. Se arreglaría. Era sólo cuestión de tiempo. Para colmo, debían enviarle a Carlos un dinero desde México. Había dado la dirección de un amigo de Paz que vivía en Nueva York, a quien previamente le había escrito. Pero cuando llegaron, el amigo estaba en California. Al día siguiente de haber desembarcado, mientras regresaban del consulado con la derrota en los hombros, descubrieron un pequeño hotel de españoles; costaba menos de la tercera parte de lo que estaban pagando. Eran cuartos simples y pulcros. No necesitaban más. ¡No estaban en condiciones de excederse en nada! Decidieron mudarse esa misma tarde. Pero después, unas cuadras más adelante, vieron un letrero que anunciaba al Stuyvesant Corner Hotel. No tuvieron que hablar, ni siquiera mirarse; entraron, desbarrancados en una falsa ilusión de ahorro, de autosacrificio. ¡Y ya había visto lo que era aquello! Al principio, cuando subieron las maletas y se dejaron caer en la inmensa cama quebrantahuesos, o al contemplar por la ventana el escuálido paisaje de techos desiguales, fachadas borrosas, sórdidas escaleras para incendios, que ni la misma nieve

lograba adecentar, experimentaron una especie de conmoción poética ante la compartida renuncia al placer, la común caída en la abyección.

Pero, aclaró Charlie, ni siquiera aquel horror los había logrado salvar. Se les había ido un dineral en Nueva York. Habían gastado una fortuna entre cables y llamadas telefónicas. ¿Podía prestarles algún dinero por unos cuantos días? Le pagarían tan pronto como llegara el amigo de California, o un cheque que esperaban de Roma, u otro de México. Le pagarían, en fin, con el primer dinero que recibieran.

Estaban por cerrar el local. Firmó un cheque y luego los acompañó a su hotel. Al regresar a su departamento no logró desprenderse de la imagen, el tono de voz, la risa y ciertas frases de Paz Naranjo.

Dieciséis

– Te debo agradecer –le espetó su tía en una ocasión – que no me hayas querido mostrar tus cuadros; lo considero como una señal de respeto. Estoy casi segura de que no me agradarían; ya las reproducciones han sido más que suficientes para formarme una opinión. Leí ese artículo que apareció en un *Siempre!* Al principio pensé que era la mala calidad de la fotografía lo que me disgustaba; pero no, la verdad es que no encuentro el menor sentido en que se pinte un mundo poblado sólo por seres grotescos. Eso significa amputarlo.

– Has repetido mil veces –dijo tratando de sonreír –que nuestra existencia es algo incongruente, y que nosotros día tras día con un tesón de hormigas acentuamos esa incongruencia. También yo la concibo así, por eso…

– No, no empieces por favor con esa cantilena que tanto se repite ahora, no me salgas con que el artista no tiene obligación de ser fotógrafo total. Todo artista responsable debe pretender reflejar el universo, aunque reproduzca sólo una pequeña planta; acabo de leer eso y me parece muy convincente; de otro modo lo que produce es arte a medias u otra cosa que ni siquiera vale la pena comentar. En una pequeña hoja se puede reproducir el universo. Los jóvenes creen saberlo todo. ¡Amos de la verdad, dueños del mundo! llagan lo que les venga en gana, llamen a eso arte, literatura, drama, lo que se les antoje, pero no pretendan que a quienes nos repugna la simulación les hagamos el juego.

En tales ocasiones, si al principio no se la lograba desviar, había que reducirse humildemente a escucharla y esperar que se extinguiera la racha de cólera. Ese día la interrumpió la llegada del médico para aplicarle la inyección de la noche; luego, su tío se dejó caer en la poltrona, pálido, inseguro, fatigado como siempre. La anciana lo observó con desprecio. Durante varios minutos nadie habló. El silencio era sólo interrumpido por la voz de Juanita, que en un rincón trazaba unas letras en un cuaderno, murmurando mientras escribía: “cama, casa, cana… cama, cana, casa…” Esas planas de caligrafía eran un recurso que le había visto emplear en varias ocasiones para aislarse de la explosión. La anciana parecía gozar en prolongar un silencio que

iba poniendo de segundo en segundo más nervioso a su hijo. Por fin exclamó:

– Lo único que realmente me pesa es dejar a Juanita en un mundo que se me ha vuelto incomprensible. Yo viví aún entre las generaciones dañadas por el alcohol –lo miró acusadoramente –. Durante años se buscó por allí una salida. Parece ser que el hombre antes de cocinar los alimentos sabía ya destilar raíces y cortezas para obtener alcohol.

– No es cierto… –comenzó a decir el médico.

– Como solución ha sido una perfecta idiotez – continuó ella, sin reparar en el conato de interrupción –, igual que todas las otras, pero, en fin, al menos era cómoda. Desde este rincón me entero de que el mundo está en plena llamarada, pero no logro entender ya sus manifestaciones. Me ciega el humo, creo. He leído que los muchachos se chiflan ahora por la marihuana, por otras drogas, sobre todo en mi país –siempre que se enfadaba tendía a recalcar su extranjeridad –. Si bien se mira, no tendría uno por qué alarmarse. El mundo se ha convertido en una zoncera tal, que tratar de escapar de él, por cualquier medio, no es sino señal de salud. Me imagino lo que dirán tus padres, los amigos de tu casa, al enterarse de que te drogas.

– Hablas como si fuera un toxicómano tía; no lo soy.

– ¿No? ¿Quieres decir que concibes a sangre fría lo que pintas? Estás mucho peor de lo que me imaginaba. Si esos cuadros fueran producto de las drogas me los podría explicar. Pero, por favor, no me interrumpas, ten, por lo menos tú, un grano de imaginación; pensaba que contigo se podía hablar en sentido figurado. En el caso de que fumaras o ingirieras cualquiera de esos tóxicos que hoy usan, te considerarían un réprobo, se horrorizarían; los conozco muy bien. En los reportajes de la prensa sobre los jóvenes lo único que encuentran es otra razón más para sentirse mejores y aplicarse una retahila de adjetivos adecuados para la estación: dignos, ilustres, cristianos, puros. ¿Y a quién logran beneficiar esas virtudes? ¿Qué resulta del hecho de (pie María Elena y Concha Rodríguez no mastiquen hongos y en cambio se bañen, al menos eso supongo, todos los días, o de que mis tres sobrinos, los Rodríguez Corrales, se corten debidamente el pelo y vayan vestidos con oscura pulcritud a su notaría? Mira a tu tío. En tu vida encontrarás igual sepulcro blanqueado, ni siquiera escarbando entre todos los Rodríguez de la región y, dime, ¿qué de noble, bueno o hermoso produce? ¿En qué es superior sino en tristeza a cualquiera de esos mechudos de la nueva ola?

– ¿Por qué no ponemos algo de música, tía?

– Cama, casa, cana…

– Serénese, madre, se encuentra usted muy excitada.

– He sido testigo de mucha mezquindad –prosiguió la anciana sin

hacerles caso –, desde que me casé. Al principio me divertía, me parecía haber caído en medio de una comedia de costumbres cuyos protagonistas eran estas damas y caballeros nativos tan graciosos; después me volví insensible, aprendí el español para hablar con ellos, me adapté, a momentos llegué a sentirme como uno de los suyos, hasta que algún exceso me hacía tocar tierra, volver a contemplar, desde mi barrera, a esta triste variedad del infierno. No se me olvida que en una época íbamos a pasar las vacaciones a la ganadería de su tío Felipe, allá por el rumbo de Nautla. En las tardes les leía Dickens a los chicos. En una ocasión leímos *David Copperfield,* no, fue *Oliver Tuñst,* me acuerdo muy bien, aunque para el caso sea lo mismo. Es posible que aquellas lecturas aburrieran a los niños, pero lo cierto es que se volvieron el deleite de mis cuñadas. Lloraban, suspiraban, gemían, conmovidas por las andanzas y tribulaciones del huerfanito, por las atroces calamidades que llovían sobre él y sus demás compañeros de asilo. Pero si en aquellos momentos, el hijo de un peón se dejaba ganar por la curiosidad y se acercaba a la sala, lo sacaban sin piedad, no fuera a perturbarnos con su olor a establo; un instante después estaban nuevamente hundidas en la congoja, rebosante el corazón de tiernos sentimientos ante las desdichas del pequeño Oliver. Nada logrará cambiar a esta gente. A veces me arrepiento de no haber abandonado a mi marido a la semana de llegar a esta casa; debí haber vuelto a Saint Kitts con mi padre. Todos han sido cortados con el mismo patrón. El único diferente, nada más que a ése se le pasó la mano, fue Gabino, mi cuñado mayor. Al menos tuvo el valor de vivir como se lo propuso, sin hacer caso ni de nosotros sus parientes ni de las murmuraciones locales –carraspeó,jadeó.

– Está muy fatigada, madre; es mejor que nos retiremos para que descanse un poco.

– Sí –continuó ella –, lástima que se hubiera ido al otro extremo. Es una bendición que se haya muerto, de otra manera se las habría ingeniado, lo quisiera yo o no, para estar aquí todo el tiempo jeringándome con su karma, sus fuerzas ocultas, su Voz y sus otras historias de ultratumba.

De cuando en cuando los vituperios contra la familia lograban que el médico se atreviera a anteponer alguna resistencia, pero apenas pronunciaba las primeras titubeantes palabras cuando ya la anciana había pedido un somnífero; lo tomaba y, tranquilamente, daba por concluida la velada. La fuente de casi todos los conflictos provenía en verdad del rigor de la enfermedad y de la ineficacia del tratamiento. Cuando ese punto se trataba, el médico se atrevía a mostrarse firme; por desdicha, era donde se demostró que estaba más errado, pues más tarde, cuando otros médicos sometieron a la anciana a un tratamiento diferente, el mal de cabeza desapareció y su sistema glandular

comenzó a trabajar con cierta regularidad.

Las riñas seguían casi siempre el mismo modelo:

– El vino, entiéndalo por favor, no la quiero ofender, pero debe entenderlo bien, contribuye a excitarle aún más los nervios. Tenga presente que debemos procurar ante todo su tranquilidad; este modo anormal en que se empeña en vivir no hace sino empeorar las cosas.

– ¿Sabes lo que dices? Me gustaría colgar aquí un letrero que dijese: "¡Antes de hablar piénselo dos veces!" Es muy raro que llegue a tomar más de dos copas al día. Desde hace muchos años, ni siquiera habías nacido, ya tenía necesidad de bebidas fuertes para regular mi presión; no veo cómo pueda eso influir en mi salud. Si a veces llego a excederme un poco es para olvidarme no sólo de este aspecto bestial y de los años que llevo con la cabeza rapada y la gordura, el desarreglo glandular como te encanta llamarlo, sino, sobre todo, para ignorar tu fracaso, tu mediocridad profesional. ¡Pensar que el iluso de tu padre ponía en ti tantas esperanzas! Ahora me explico por qué perdiste la clientela.

– Sabe muy bien que no fue por mi culpa.

– ¡Sí, sí, sí!

– Sabe que el Seguro Social…

– Sí, sí, sí… exactamente. ¿Por qué entonces todas nuestras amistades no veían la hora en que Gloria abriera su despacho para ponerse en sus manos? Te habían perdido la confianza. Te he oído con paciencia una vez tras otra. Según tú, el tratamiento comienza a producir efectos. ¿Cuáles? ¿En qué he mejorado? ¿De qué han servido las torturas a las que me has sometido? ¿De qué…? Ustedes, Ángel, Juanita… ¡avívate, niña, por Dios, y para esa cantaleta!, ¿han observado en mí alguna mejoría? La única vez que parecía estar por desaparecerme la liña fue cuando tomé aquella infusión que Flor me preparaba. Pero te encelaste y tuve que prescindir también de ella.

– Acuérdese de la diarrea. Acuérdese nada más de lo grave que se puso.

La anciana lo miró desconcertada, agraviada, como si su hijo hubiera tocado un punto obsceno. Frunció los labios; luego dijo distraídamente:

– ¡Qué vulgar puedes ser algunas veces!

– Recuerde cómo se debilitó en esos días. ¿Se acuerda que tuvimos que aplicarle suero?

– Lo único que recuerdo es que una noche me diste unas pastillas que me hicieron trizas el estómago.

– No tiene caso discutir.

– Entonces por favor no me molestes; no te aparezcas por aquí en una temporada. Envía a una enfermera a que me inyecte y líbrame de tu presencia. Que vuelva Rosa que era muy hábil. Dices que mi

padecimiento es nervioso. Sería raro que no lo fuera en estas condiciones. ¡Exijo una tregua, tengo derecho a ella! ¡Te atreves a insultarme porque sabes que no puedo defenderme! Me gustaría saber cuándo he bebido sin moderación. Juanita, por favor, pásame una de las pastillas blancas. ¿Lo ves? Está por volverme la taquicardia.

– ¿De las que son como hostias o de las chiquititas?

– De las más chiquitas, corazón, y corre a la cocina a pedirle un vaso de leche tibia a tu mamá.

– ¿Por qué no me pide a mí las medicinas? La niña no las sabe distinguir bien.

– ¿Se ha equivocado alguna vez? Es la única persona con quien cuento y ahora te propones separarme de ella. Cualquier satisfacción mía te hace daño. Ten cuidado, Ángel, un día te prohibirá visitarme. Por favor no le hagas caso; entra, aunque tengas que abrirte paso a golpes. Quiere aislarme, quiere reducirme…

Al oír las voces entró Flor con el vaso de leche y la niña agarrada del vestido.

– No la martirice, doctor; no ve que está hoy muy rendida. Tome su pastilla, señora, tranquilícese.

– Gracias, Flor, gracias.

Vio a su tío levantarse, alzar los hombros, salir vejado de la habitación. La anciana, Flor y la niña celebraron con sonrisas y guiños la derrota del médico.

–Todos han sido iguales. Convenencieros, despiadados. Los detesto. ¿No estuvieron a punto de hacer anular el testamento de mi cuñado cuando se enteraron de que casi todos sus bienes se los había dejado a su mujer? Ya sé que tú querías a Paz, a mí nunca me gustó demasiado. ¡Una mujer joven, guapa, educada, casarse con aquel cacalache que podía ser su abuelo! No, eso era anormal. Movieron cielo y tierra para impedirle llegar a México. Me parece que estuvo detenida en la frontera sin un centavo. Yo les hablé, les dije que había que respetar la voluntad del difunto, que ante Dios (¡ellos, tan católicos, se basaban en que al divorciarse había perdido todos sus derechos!) seguía siendo su mujer. No logré nada. Pero nunca sabe uno dónde va a saltar la liebre. Cuando Dolores, esa especie de bruja que tenía Gabino en su casa y que le auxiliaba en sus prácticas, se enteró de que intentaban anular el testamento, que también la beneficiaba, consultó a un abogado en México, les armó pleito y lo ganó. El testamento fue declarado válido.

– Creo que Paz nunca conoció bien esa parte de la historia.

– ¿No? Quién sabe; era muy rara; bueno, hijo, estoy muerta de cansancio. ¿Vendrás mañana? Sí, sí, ven; verás que no estaré tan pesada como hoy.

Antes de retirarse pasó a la sala a hacerle un poco de compañía al

médico.

– ¿Te das cuenta? –le dijo – ; y uno no puede culparla de nada. Sufre mucho, lo sé. La muerte de Isabel y las muchachas la afectó muy a fondo. El golpe le deshizo para siempre los nervios. A ratos, hasta tengo la impresión de que no me perdona haberme salvado. Es muy difícil esta vida, para ambos –se quedó un instante en silencio, luego agregó con fastidio – : Por lo menos ella tiene de su parte a Flor y a Juanita.

– ¿Por qué no insistes en hacerla salir, tío? Tal vez se anime a pasar unos días en Tehuacán; me acuerdo que antes le gustaba mucho, o en Cuernavaca.

– ¡Figúrate si no lo habré intentado! En estos días más que nunca es necesario lograr que salga. Por un tiempo, claro. Me he cansado de suplicarle que por lo menos deje la habitación por un rato, que salga al jardín. Pero es inútil; no lo hará. Quizás lo mejor sea, como dices, un cambio más drástico. Llevarla a Tehuacán. ¿Cómo no se me había ocurrido? Que se olvide de este ambiente por unas semanas. Puede ir con una enfermera si eso la distrae. Este lugar no puede sino producirle recuerdos penosos. No tiene el menor sentido que mantengamos esta casa para nosotros dos. Cuartos y más cuartos, todos cerrados; acaba uno por deprimirse al pasar por tanta puerta. El Ayuntamiento quiere comprar la parte trasera, donde tengo el consultorio. Es una proposición excelente. Pero ni siquiera permite tratarle el asunto. ¡Ojalá tú logres convencerla! Me he dado cuenta de que a ti te hace más caso. Dime, ¿tiene sentido conservar esta enormidad de casa? Ya antes de la desgracia resultaba excesiva. Sí, que se vaya a Tehuacán mientras hacen la demolición. Sólo la parte de atrás, por supuesto. No nos afectaría en nada; ni siquiera se daría cuenta de su desaparición. Nada le sentaría mejor que ese viaje. ¿Por qué no le hablas mañana? ¿No podrías ir a pasar unos días con ella? Eso la animaría más. Yo pagaría tus gastos.

Le desagradó que su tío le confiara esa misión. Nunca trató con ella ni de la venta, ni de la demolición, ni, por estar conectado con esos proyectos, del posible viaje a Tehuacán.

Diecisiete

Fue Paz quien habló siempre. Para su sorpresa en esa obsesiva rememoración en Venecia descubre lo poco que Carlos y él se dijeron en la vida. Tal vez sólo en Londres, pero mientras más piensa en el Charlie de Londres más se le aparece como una especie de titiritero, con las manos llenas de cordeles que sujetaban otras tantas figuras de cartón: la Falsa Tortuga, Ratazuki, Lucy, la uruguaya que le enjaretó como amiga. Las conversaciones, eso que vagamente ha considerado siempre como algo definitivo en su vida, por absurdo que parezca, no existieron jamás. El trato se redujo a la contemplación del espectáculo ofrecido por un brillante y divertido joven dandy mexicano que disparaba frases agudas ante un grupo incondicionalmente dispuesto a celebrarlas; luego, a escuchar confusas y vacuas peroratas que se negaban a ser traducidas a un lenguaje de sobrios. Sin embargo, ha vivido años enteros con la impresión de haber oído la verdad revelada de labios de su amigo. En Nueva York, por ejemplo, los ratos en que estaban a solas, los comentarios se centraban en las dificultades cotidianas, en el empantanamiento del viaje, en sus deseos de ir a México a como diera lugar. ¿Y aquella mañana que pasaron juntos? Habían ido al Metropolitan, pero después de visitar dos o tres salas, le propuso que salieran a tomar unas copas; no se sentía en condiciones de ver el Museo; y ahí, en el bar, oyó otra vez una amarga diatriba contra Paz. Lo asfixiaba, no lo dejaba en paz, lo destruía. La prueba de su siniestra posesión era ese viaje. Ya en Roma había demostrado ser una mujer intolerable; parecía creer haberlo comprado en un mercado de esclavos. Era rapaz, celosa, posesiva, inescrupulosa como pocas personas había conocido. ¿Era tan ingenuo para creer en sus historias? ¿Creer, por ejemplo, en aquel desinterés tan insistentemente recalcado? ¿Pensaba que habría sucumbido al hechizo que tanto mencionaba si Rodríguez hubiera sido menos rico? Si metía la mano en algo no cabía duda que terminaba estropeándolo. Podría casi jurar que había sido aquel pobre cornudo y no ella quien solicitó el divorcio. Y luego, sin transición alguna, había comenzado a hablar de su novela, de la necesidad de visitar ciertas regiones de la costa del Pacífico para recrear el ambiente. Comentó que la trama era muy sencilla, era la historia entreverada de dos destinos, un individuo que

rompía el cordón umbilical y otro que volvía al seno materno. Era una simple ejemplificación de dos mitos antiguos: el del hijo pródigo, el individuo que no ha sabido o no ha querido amar ni retener el amor que se le ofrece y vuelve en busca de la querencia inicial, y el del desterrado, quien cree en el amor y al ir en su busca rompe definitivamente con todos los lazos que lo atan, sin encontrar nunca un presente válido. (Le mostró días después unos capítulos, y para su sorpresa se encontró con un tedioso relato costumbrista cuyos personajes eran oscuros seres de provincia, lo que lo desconcertó mucho.) Comentó mientras bebían sus jaiboles que el mundo se dividía en dos grandes categorías, los que se iban y los que se quedaban: las aristotélicas hormigas esclavizadas por su afán de permanencia, y las platónicas cigarras a las cuales ineludiblemente se las cargaba la chingada. Los dos personajes de la novela eran artistas. Aunque partían de actitudes muy distintas, ambos representaban al artista como enemigo de la vida. Aquél, un subtema aún no desarrollado del todo, se entretejía con el relato principal.

En un determinado momento se reprocha no lograr desprenderse de esa resaca de recuerdos morbosos y busca algo en la maleta, anota dos o tres nombres en una agenda, examina con atención sus corbatas, las que ha traído de México, las que compró en París, dos que adquirió el día anterior en Venecia, se quita y se vuelve a poner la bata frente a un espejo, como si la manipulación de aquellas prendas le otorgara cierta firmeza, concediera una mayor realidad a su persona. Y piensa que afirmar que alguien es como los demás han deseado que sea resulta tan banal como decir que uno es como ha querido ser. Entre las dos posiciones se tiende un laberinto, mil puertas entreabiertas, resquicios cerrados que el azar, el destino, la historia, o simplemente los otros –que son todo eso– han construido. Nadie quiso ser un empleado de correos y pasar treinta años de su vida tras una sórdida ventanilla, pero nada concreto lo obligó a permanecer así; simplemente dejó que las circunstancias decidieran por él. Había sólo que echar un vistazo a los compañeros de bachillerato, recordar el círculo cultural formado entonces y ver qué se hizo toda aquella promisoria flota. ¿Y entonces la teoría de los biotipos y Lombroso y las tesis etnográficas y Freud y sus discípulos? ¿Había que creer en la predestinación? ¿En el azar? ¿Consultar religiosamente el horóscopo? Era idiota darle vueltas al tema. Uno sabe bien lo que es. Sabe que repetirá una historia que ya otros han protagonizado con las pequeñas variantes que una época precisa determina. Pero ¿qué sentido tiene todo eso? Sabe que él nunca se habría ido. Carlos lo hizo; así le fue. Ambos tuvieron las mismas oportunidades. En cierto momento, en los días de Nueva York, hechizado por Paz Naranjo, llegó a creer que ambos estaban formados con la misma pasta. Pero no era así. Mentira

que aquel breve encuentro, que la ruptura con ella, lo hubiera transformado, empequeñecido. No puede seguir rumiando esa bazofia; si en todo caso algo lograron, fue hacerle sentir la nostalgia de un mundo diferente. Pero a la postre él estaba ahí, se movía como quería, veía las cosas que desaba ver e iba adonde se le antojaba, satisfacía cualquier apetencia que entrara en el marco de lo posible, ¿*y* eso, ya en sí, no equivalía a no quedarse? Carlos, en cambio, había terminado por tascar el freno aun antes de morir. En sus últimos años de vida ambulante estaba más que detenido. Fuera a donde fuese, el movimiento no existía. La heraclitiana cigarra había devenido en escarabajo parmenídeo. En Tomalín no existía el movimiento, sólo quedarse estaba permitido, pero, a fin de cuentas, ¿qué significaba irse, qué quedarse?

Aquella misma primera noche en el restaurante húngaro les ofreció su departamento. Insistió en que se mudaran al día siguiente; eran dos habitaciones bastante agradables, se les podían oponer algunos reparos, pero de cualquier manera se sentirían en ellas mucho más a gusto que en el antro en que habían caído. Le explicaron que saldrían de un día a otro rumbo a México. El malentendido sobre Paz debía aclararse. Si deseaban una mayor libertad, argüyó, no había problema; les ofrecía el departamento sin su presencia; él podía pasar esos días en la casa de algún compañero de cursos. Había sido una discusión necia, histérica, de ebrios. Le expusieron mil razones. Esperaban telegramas, llamadas telefónicas, correspondencia. ¡Una carta, un telegrama perdidos y se hundían! Había visto esa tarde el cuarto en su peor forma; ambos eran muy desordenados. ¿Y la vieja alcohólica, y el tufo, y las rechinantes escaleras?, insistió. No, no; se equivocaba, decían, no siempre era igual. En fin, los dejó hablar. Querían engañarse; bien, que se hicieran las ilusiones que quisieran sobre el fácil arreglo del asunto, que creyeran que el cable autorizando la entrada de Paz en México podía llegar de un momento a otro. ¡Ok! Comprendido, chico, comprendido. Abandonar el hotel equivaldría a que aceptaran la derrota, a que rompieran su condición de transitoriedad en Nueva York, y por eso dejó de insistir.

Los visitó casi a diario durante dos meses. La armonía jubilosa de la primera noche demostró ser ficticia. A medida que pasaban los días comenzaron a evidenciarse las fisuras. Para Carlos aquel viaje se había vuelto obsesivo. Lo había planeado desde hacía varios meses. Tenía más de cinco años de vivir fuera de México; sentía la necesidad de recuperar ciertos contactos, de volver a ver a su gente, de ir a Colima donde había pasado la niñez. Insistía en continuar solo. Le aseguraba a Paz que resolvería sus problemas tan pronto como llegara. Visitaría al abogado que, al parecer, no se atrevía a explicar por teléfono los motivos de la denegación del visado. Trataría de saber qué se escondía

tras la fraseología confusa que les asestaba en las últimas cartas. Hablaría con su primo. Él y sus familiares tenían excelentes relaciones. Ambos intuían que todo estaba perdido, sin embargo Paz se negaba a admitirlo y a la vez se resistía a reconocer que en verdad lo único que deseaba era recibir una negativa tajante de México para apresurar el regreso a Europa. Temía quedarse sola en Nueva York; más aún temía que Carlos, libre de ella, decidiera permanecer por tiempo indefinido en México. Las peleas se volvieron cada vez más violentas. La fragilidad de Paz, su languidez, el aire de estar perpetuamente a punto de resquebrajarse y hacerse añicos resultaron otro engaño. Le recuerda momentos siniestros. Los vecinos a veces comenzaban a golpear en las paredes hasta que subía el administrador y amenazaba con llamar a la policía. Por lo general, en ese momento se imponía una tregua. Mascullando agravios, lanzándose miradas feroces, sin atreverse a levantar la voz, comenzaban a vestirse y salían a cenar o a tomar unas copas y al poco rato parecían haberse olvidado de la riña. A veces visitaban a viejos amigos de Paz instalados en Nueva York desde la época de la guerra. Pero a ella esas salidas le resultaban desagradables. Sólo las hacía cuando necesitaban dinero.

– Los encuentro tan bien, tan plácidos, con sus mujeres enfundadas en vestidos comprados en el mismo almacén donde adquirieron las cocinas, las alfombras, las latas de comida que le sirven a uno. ¡Pobres, se han conformado con tan poco!

En una ocasión le confesó que lo que en verdad le horrorizaba era descubrir en ellos y, por consiguiente, como si se mirara en un espejo, en ella, el paso de los años:

– Cada vez que toco el timbre espero lo peor. Sin embargo, cuando me sale a recibir el monstruo descubro que me he quedado corta. ¡Santo cielo! ¿También me verán así? ¿Me habré convertido en algo semejante? ¡Claro que cuando los conocí eran ya gente formada y yo apenas una adolescente! Me tiemblan las piernas cuando nos abrazamos, aunque sé que la verdadera pesadilla empezará después, una vez contempladas las arrugas, las pieles fláccidas, las manchas de la vejez, cuando mientras tomamos un café imbebible y unos bocadillos insípidos, comenzamos a barajar la información que tenemos sobre los viejos espectros: "¿Qué se hizo Ignazio? ¿Y Anua, la véis? ¿Supiste que murió Szabo? No, a Lothe la hemos dejado de tratar desde hace siglos; expuso sus tapices en San Francisco; se coliza bien. Sí, sí, fue muy triste, se envenenó cuando el médico le dijo la verdad". Y eso no es aún lo peor, porque después de pasar revista y ubicar a los sobrevivientes, comienza el otro acto, el más patético, el que de verdad nos envejece: "¿Te acuerdas de…? ¿Y de aquella noche en que…? ¡Cómo!, ¿no ibas con nosotros el día que fuimos a la villa de Branssani? ¡Oh, algo formidable! Le pegó en una trattoria… Miklós

decía siempre…" Recordar hasta quedar convertido en cosas, prensados por el tiempo, iguales a piezas de anticuario, mientras los cuerpos del anciano miope y la mujer glotona que tiene al lado, que han engullido durante la conversación copiosas raciones de pastel de chocolate, se sacuden por la risa al recordar las calaveradas juveniles cometidas in that oíd good unforgettable Europe…

– No deberías lamentarte. También a ti te entusiasma hablar de esa época. Además escribes sobre ella.

– Pero yo selecciono mis materiales; adopto una perspectiva y no me dejo atrapar por el tiempo como les sucede a estas ruinas. Además –adoptaba una expresión de agravio, se llevaba el cigarrillo a la boca, arrojaba el humo con ira– no entiendo lo que quieres decir. Me parece que no es mi estilo formular anecdotarios, ni siquiera cuando para fijar el momento histórico pudiera parecer necesario.

– Lo más seguro es que la situación en que estamos te dé un pie falso para renovar amistades.

– Tal vez, tal vez; la verdad es que no logro interesarme en lo que me dicen cuando estoy pensando cómo voy a pedirles dinero para pagar el desayuno de mañana o para enviarle a tu primo un nuevo telegrama. Sí, tienes razón, la tienes siempre.

Por lo general cenaban juntos. Podía ser el peor momento; ambos le exigían declarar quién había sido responsable, quién había comentado, dicho, insultado, repetido, insinuado, provocado… Charlie fue resintiendo cada vez con mayor amargura el fracaso de su viaje. Parecía intuir que se trataba de su última oportunidad para volver a México. Pasaría después más de quince años inventando pretextos para no hacerlo. ¿Y él? ¿Qué hacía, qué decía, qué actitud tomaba? A pesar de reconocer desde el principio que Carlos tenía la razón, que se trataba de un viaje largo y cuidadosamente planeado, que en él Paz resultaba sólo una figura secundaria, accesoria, un añadido de última hora (lo que Carlos proponía era lo único sensato: ir a México y ver qué era lo que en realidad ocurría. ¿Tenía algún caso instalarse pasivamente tanto en su departamento; se había cansado de ofrecérselo. Pero en ese punto ella era intransigente, caprichosa, sorprendentemente mezquina), no podía dejar de asentir a todo lo que ella decía, de confirmar sus puntos de vista. Vivía fascinado por la languidez del discurso, esa forma abúlica en que fluía y se deslizaba, sin detenerse casi, por algunos de los nombres más importantes del arte contemporáneo y encresparse de pronto en puntos insólitos: el recuerdo de unas flores o del perfume de unas flores, la impresión de unas luces en un corredor del museo de Basilea. Lo seducía su aire desolado, su tránsito de la violencia a la actitud de gata ronroncante, desamparada, necesitada de una mano que le cepillara la espalda. Y él vivía obsesionado imaginando sus noches; apenas podía dormir sólo

por saberlos tendidos en la cama de aquel cuarto miserable, silenciosos, fumando, tosiendo, enfundados en sus lujosos pijamas y batas de seda. La imagen de aquellas noches áridas, tensas, de castidad exasperante, le producía casi dolor físico.

A veces Carlos interrumpía una pelea, se marchaba en medio de una frase y no volvía sino hora y media o dos horas más tarde. Por lo general su refugio era la vituperada pizzería italiana de la esquina o bien alguno de los pequeños bares cercanos. Entonces su función consistía en tranquilizar a Paz. Cuando Charlie tardaba, salía a buscarlo y se tomaban juntos una última cerveza; luego iban a recogerla y salían a cenar. Se estaban corroyendo. Los padres de Carlos, irritados, querían saber por qué demoraba su llegada a México. En aquellas condiciones no podía trabajar, ni siquiera leer. El abogado le enviaba a Paz cartas aniquiladoras; la acusaba de no hacerle caso, de haberse precipitado, de haber puesto a una persona, el primo de Carlos, a vigilar e interferir sus movimientos. Noticias más alarmantes llegaban de Roma. Los acreedores no admitían demoras; había quienes hablaban de una fuga y amenazaban con embargar su casa. En el consulado mexicano apenas si los recibían.

Una noche llegó a eso de las nueve y le tocó presenciar el fin de la peor riña. Trató de hacerlos salir del hotel, pero ni siquiera lo oían. Carlos se comportaba como loco. Se aplicaba la brasa de un cigarrillo en el dorso de la mano, en la palma, en la muñeca. Gritaba que eso era precisamente Paz para él, una quemadura sin sentido, objeto ni provecho. Salió del cuarto en plena furia. Paz gemía. A veces, después de un rato, comenzaba a bromear, y cuando Carlos regresaba los hallaba riéndose del mismo conflicto, de las actitudes solemnes, de las frases pomposas y destempladas que habían empleado. Pero en esa ocasión parecía imposible hacerla salir del marasmo. La conversación se mantuvo durante largo rato en un tono mortecino. A las doce bajó y le sorprendió no encontrar a Carlos en ninguno de los lugares acostumbrados; dio la vuelta a la manzana, lo buscó en otros bares de los alrededores. Cuando subía de nuevo las escaleras del Stuyvesant tenía la seguridad de que lo encontraría ya de vuelta en la habitación. Pero no era así, y Paz estaba desolada. A las dos de la mañana salió a hacer un nuevo recorrido. A esa hora había pocos sitios abiertos. El resultado fue el mismo. Cuando Paz lo vio entrar se echó a llorar. Estaba segura de que la había abandonado; era capaz de hacerlo; por eso no había querido desprenderse nunca del pasaporte. Sí, allí estaba su equipaje, pero eso para él no tenía la menor importancia. Emitía una especie de gemidos largos, lastimosos, entrecortados sólo por accesos de hipo. Jamás la había visto en aquel estado. La sequedad de la habitación era intolerable; esa noche el ambiente era más sofocante que las anteriores. Paz le pidió entre lamentos que abriera la ventana,

sentía que se asfixiaba. La abrió y luego se sentó en la cama, junto a ella. Encendió un cigarrillo y se lo introdujo casi a fuerza entre los labios; luego le tomó una mano y comenzó a acariciársela, como si se tratara de una niña. De pronto se soltó, se incorporó, caminó apresuradamente por la habitación, de la cama a la ventana, de la ventana a la puerta, de la puerta al lavabo; tomó el horrible vaso anaranjado de plástico, sacó los cepillos de dientes y se sirvió un gran fajo de coñac. Corrió la ventana, la abrió por completo, asomó la mitad del cuerpo cubierto sólo por un negligé de seda negra. Comenzó a tomar puños de nieve y a frotárselos en el cuello, el pecho, la cara. Tuvo que quitarla de ahí casi a la fuerza, y luego, sujetándola aún de un brazo cerró la ventana. Paz caminó hacia la cama y se dejó caer con un gesto trágico, una mano sobre los ojos, la otra tendida hacia adelante, moviéndose sin sentido. La seda voló en torno a su cuerpo altísimo y la envolvió en la caída. El efecto fue sorprendente, aterrorizador: una bandera negra abatida por el viento, un cuerpo que se derrumba, un crespón luctuoso al caer de un balcón. En la cama comenzó a volver a gemir; la crisis no cedía, amenazaba con estallar en un verdadero paroxismo de alaridos. Se sentó otra vez a su lado. Sabía que estaba comportándose con una torpeza pueril: con una mano le sujetaba un brazo, con la otra trataba de taparle la boca. Los vecinos comenzaron a golpear las paredes. Si no se apaciguaba subiría la bestia de la administración, era capaz realmente de llamar a la policía. Paz iría de la mejor buena gana a la cárcel. Con la mano en la boca logró silenciar sus lamentos. Recuerda aún el perfume y el roce de su piel y la lucha y la seda y el negligé desgarrado y la excitación que todo aquello le produjo. Cuando se dio cuenta la estaba besando. La sorpresa de Paz le impidió reaccionar. El mismo se sorprendió ante aquella súbita necesidad de acometerla, de violentarla, penetrarla, castigarla, sentirla abrirse bajo sus ingles. Paz trató de defenderse pero ya era tarde. Se entregó pasivamente, como un cadáver. El placer que obtuvo fue, sin embargo, extraordinario. Lo que quizás más asombro le produjo fue advertir, momentos después, tendido a su lado, que aquella mujer de más de cincuenta años, sin poner el menor interés en el acto, sin participar de ninguna manera, es más, sin que en verdad hubiera mediado el deseo en ambas partes, le había hecho conocer un placer no experimentado con ninguna de las muchachas con las que hasta entonces había fornicado. Se quedaron inmóviles, con la ropa desarreglada, los cuerpos juntos durante largo rato. Luego, a saber por qué impulso, Paz movió una mano, la acercó a su mejilla y comenzó a acariciarlo. Volvió entonces a besarla suavemente en el cuello, la nuca, los párpados, el cabello, después, profundamente, en la boca. En esa ocasión sí respondió. Mientras sus bocas se unían y con una mano le recorría el cuerpo, sintió que las de ella lo desnudaban. Los muslos

de Paz se deslizaron como anguilas bajo sus piernas velludas. Fue maravilloso descubrirse el amante de aquella mujer. Volvió a insistir en que se mudara a su departamento. No podía seguir en ese hotelucho, no después de lo ocurrido esa noche. No le importaba Carlos, ni la diferencia de edades, ni la brevedad de la estancia de Paz en Nueva York, sólo contaba poder poseerla todo el tiempo posible. Amaneció). Paz aceptó marcharse con él; comenzó a hacer las maletas, a separar su ropa de la de Carlos. Estaba triste, parecía un galgo fino cruelmente apaleado. Bebieron una taza de café preparado en un pequeño reverbero. Estaban a punto de salir cuando alguien tocó la puerta. Carlos entró con una sonrisa jovial y un ramito de violetas. Paz le pidió entonces que se marchara, necesitaban hablar; tenían muchos asuntos en común que era necesario dejar resueltos. No debía preocuparse, estaba muy tranquila, lo quería mucho; sería bueno además que durmieran unas cuantas horas; le pidió que le hablara al mediodía. Se marchó del hotel bastante indeciso. Pensó que debió haberse quedado, insistido en llevársela. Telefoneó al mediodía. Paz le dijo que todo estaba en orden, que podía pasar por ella a las seis. Pero cuando a esa hora se presentó, ya ambos se habían marchado. Dejaron instrucciones de que la correspondencia que llegara les fuera remitida a una dirección en Roma. No, no le habían dejado ninguna nota; lo único que dijeron era que si alguien preguntaba por ellos respondieran que razones de fuerza mayor los habían obligado a volver a Europa.

Odió a Carlos. Un mes más tarde recibió su primera carta. Si la respondió (lacónica y fríamente, bastante tiempo después) fue para no perder el contacto, para saber cómo había resuelto Paz sus problemas. A ella le escribió largas y abundantes cartas llenas de reproches y de súplicas pero nunca obtuvo respuesta a ninguna de ellas.

Había tratado de reproducir aquella temporada en su película. La historia de Paz y Carlos hundidos en un hotel de mala muerte, combatiéndose sin tregua, asediándose, repasando sus vidas, compartiendo un lecho sin hacer el amor, bajando cada dos o tres horas como un par de obsesos a la administración para preguntar si habían recibido carta, un telegrama, si por casualidad no había llamado nadie por teléfono. La crítica comentó entre otras cosas que su película pretendía ser una copia burda del cine europeo de la incomunicación. La verdad era que si había resultado tan mala fue por haberse sentido en la época de la filmación todavía demasiado ligado a los personajes, a los protagonistas de la historia auténtica y que por ello no había logrado crear seres convincentes. El miedo a convertirse en un delator lo había paralizado. La película dejó dinero, pero lo imposibilitó como director, le impidió llegar a convertirse en alguien como Hayashi, lo transformó en un hombre de negocios, en un ejecutivo. Tal vez eso fue lo que nunca le perdonó a su amigo. Si en el

fondo le conmovió poco o nada la noticia de su muerte fue por una necesidad de vengarse; disfrutó al contemplar en cada nuevo encuentro el deterioro de su personaje, el fracaso de su ídolo. ¿Qué está ahora inventando? Tampoco era eso. Ni siquiera Julieta Arcángel, “comprendido, chico, comprendido”, le hubiera ofrecido una explicación tan deleznable.

Dieciocho

– Si esos cuadros – volvió a repetirse en otra ocasión su tía, mostrándole una revista con reproducciones de sus obras– fueran producto de las drogas, tal vez llegara a aceptarlos.

A menudo la anciana sabía acercarse por caminos oblicuos al centro de un problema. Precisamente la página que le mostró (tres imágenes de Lorre joven) reproducía cuadros cuya creación se relacionaba con las drogas, aunque no de un uso personal. En París había querido intensificar los procesos de percepción con la mezcalina, pero los efectos no lograron interesarle demasiado y, además, un médico se negó a permitirle continuar la experiencia. Las imágenes de Lorre joven fueron la respuesta a una agonía ajena, de la que se enteró casualmente al conversar con un periodista mexicano. Salió muy perturbado del local cerca del King's College donde cenaron una noche. Tal vez lo que más le había sacudido era la manera en que aquel fulano contaba el incidente, como una anécdota más ante la que no se permitía manifestar la menor emoción. El periodista era aquel Carlos Ibarra de quien tanto le había oído hablar a Paz, que un buen día telefoneó para presentarse y decirle que trabajaba en unas crónicas sobre artistas mexicanos en Europa y que lo tenía inscrito en su lista. Antes de que pudiera decirle si estaba o no de acuerdo en concederle la entrevista, el otro añadió que prefería, de ser posible, verlo en su estudio, conocer su ambiente de trabajo, por supuesto, sus últimos cuadros.

– Perdone, ¿cómo me dijo que se llama?

– Carlos Ibarra.

Quiso comprobar si era el mismo.

– Hace poco unos amigos me hablaron de usted. ¿Vivió en Roma hace unos años, verdad?

– Sí, hace algún tiempo; también viví aquí en una época. ¿Quiénes son esos amigos?

– Se trata más bien de conocidos –no quiso mencionar a Paz –, mexicanos también.

Después de darle las indicaciones necesarias para que llegara a su estudio esa tarde, llamó a Paz, lo que fue una imprudencia, como iba a advertir a partir de ese momento, y le dijo que había hablado con

Carlos Ibarra, quien lo visitaría esa tarde. La consternación de Paz excedió todo límite. Suponía que se trataba de una broma. Pero, ¿para qué quería verlo? ¿Sabían acaso que eran amigos? ¿Por qué volvía a introducirse en su vida después de tantos años, después de haberle hecho tanto mal? ¡Ah, para un reportaje! La noticia pareció decepcionarla. Comentó que también en Roma dedicaba parte de su tiempo en esas labores, vivía de ellas; sus crónicas no siempre eran buenas. ¿No le dijo si había publicado una novela? Tenía la seguridad de que ni siquiera la había concluido. No, no le había dicho nada. ¿Cómo iba a hacerlo si no se conocían? Hablaron por teléfono sólo unos minutos. Eso era todo. Paz quiso saber si estaría en su casa dentro de una hora. ¿Cuándo se presentaría Carlos? ¿A las seis? Pero, ¿estaba seguro de que era él? Ella tenía que recoger dentro de una hora unos libros muy cerca de su casa. Sí, a la una y media; ¿por qué no comían juntos? Sí, sí, no le quería quitar mucho tiempo; comerían en cualquier restaurante del rumbo; en aquel, francés, excelente, al que la había invitado en una ocasión; en fin, ya verían, daba lo mismo. Todavía un rato después de haber colgado el auricular le seguían martilleando en el tímpano las notas agudas y estridentes de Paz. Se metió en el estudio y cubrió de un guinda vinoso la chaqueta de uno de sus Lorres. Durante largo rato permaneció concentrado en el trabajo. De pronto sonó el timbre; vio el reloj, eran casi las tres. Entró Paz con un enorme ramo de flores.

Fueron a un pequeño restaurante italiano a la vuelta del estudio. La excitación de Paz no disminuía. Lo interrogaba, pero no parecía creer en sus respuestas; lo miraba, por primera vez, con desconfianza. Hubo un momento en que repitió, ya exasperado, que sólo sabía que alguien le había dado a Ibarra su número de teléfono y que no habían hablado de nada fuera de la cita de esa tarde.

– Vas a ver. Puede ser un personaje fascinante. Yo le debo muchos momentos formidables. Cuando llegó a Roma, te lo he contado, llevaba yo una vida atrozmente vegetativa, no te imaginas a qué grado. ¿Cómo no estarle agradecida?

De pronto Paz comenzó a reír, pero esa risa lo asustó; fue un graznido, un ruido cascado, un sonido ornitológico, que jamás había oído.

– Peleamos por una tontería. Yo estaba desesperada. Iban a embargarme; el viaje me había dejado hecha polvo. Dije cosas de más. Bueno… no, no fue del todo una tontería. La naturaleza de Carlos es cruel. En Nueva York me vejó de un modo salvaje. No recuerdo nada más humillante que el viaje de regreso a Roma. ¡Qué pesadilla! Mira, se me pone el cuero de gallina sólo de recordarlo. En los últimos días no nos hablábamos. Nos vimos sólo para arreglar unas cuentas pendientes. Me hizo firmarle documentos en que me comprometía a

pagar hasta el último centavo que le adeudaha. ¡Sólo un monstruo…! No se despidió de mí. Me dejó enferma, deshecha. Le esperé durante varios días; estaba segura de que volvería, creía que iba a presentarse de un momento a otro. Pero no, no dio señales de vida. Luego, cuando alguien me dijo que se lo había encontrado borracho en un bar de Venecia y que había declarado que no volvería a Roma, creí enloquecer.

– Entonces conociste a Morgan.

– Sí, ¿pero qué tiene que ver con lo que estoy diciendo? Fue un triste remedo de mi relación con Carlos. Morgan era un muchacho insípido y tedioso. Un inglés sin la menor imaginación… La soledad…

Paz, que a los pocos días de conocerlo, le había relatado la historia de su matrimonio, sus amores con un artista húngaro, sus viajes con Carlos, sus relaciones con Morgan, en esa ocasión, al preguntarle sobre la duración de sus relaciones con Carlos, le recordó secamente que estaba hablando con una señora; le pidió que le explicara por favor qué pretendía insinuar con aquella pregunta. ¿Pensaba acaso que habían sido amantes? Para su información, su amistad había sido de otro tipo, más intensa, mucho más, que una vulgar pasioncilla amorosa.

Volvieron al estudio. La ve contemplar el salón con ademanes de experta, adelantar la pierna derecha, igual que el día en que por primera vez se presentó en su estudio y se detuvo frente a un cuadro, arquear el cuerpo hacia atrás, la cara rígida como en un trance, los ojos de salamandra, de escarabajo egipcio, fijos en un objeto, para luego desplazarse con lentitud de izquierda a derecha. Después de distribuir las flores en unos recipientes y ajustar dos o tres pequeños detalles se declaró satisfecha.

A las seis en punto apareció Ibarra. No se parecía en nada al joven tantas veces descrito por Paz. Debía tener unos cincuent; años; era un hombre alto, con tendencia a la obesidad, desaliñado, calvo, de ojos nublados y sonrisa imprecisa. Por la mirada, sobre todo por el andar, tuvo la impresión de que ya había bebido bastante ese día. Se saludaron; elogió la casa y bebió la primera copa a sorbos rápidos. Luego se puso otra vez de pie, recorrió la habitación, vio con detenimiento los cuadros y comenzó a explicarle qué tipo de periodismo hacía. Conocía por fotos algo de su obra. ¿Trabajaba mucho? ¿Le resultaba Londres un lugar propicio para pintar? Sí, tenía razón, una ciudad más viva que París. Bueno, desde hacía años decir eso significaba repetir un lugar común. Él había vivido no lejos de allí, en las estribaciones de Hampstead, entre 1945 y 1948. Hacía casi veinte años, sí, señor. No, no eran condiciones difíciles. Por circunstancias especiales había obtenido un carnet diplomático; eso solucionaba cualquier problema de racionamiento. Además, era joven

y la ciudad en ruinas intensificaba su propia sensación de juventud. No sabía si podría volver a vivir allí.

– Las ciudades que uno vive a fondo son sólo para una vez; si es necesario regresar, hay que hacerlo como turistas, de paso. Me quedan pocos amigos en Londres; con algunos mantengo cierto trato, nos escribimos de vez en cuando, nos interesamos en nuestro trabajo, cada vez menos, eso es natural. A otros decididamente no se me antoja buscarlos; no haríamos sino destruir el recuerdo de aquellos años.

– Sí, sí… –murmuró, fastidiado por el tinte personal que comenzaba a tomar la conversación.

– Excelente champaña –exclamó Ibarra, mientras volvía a llenar su copa; luego se paseó por la habitación observando con atención los cuadros.

Después comenzó a hablar volublemente de Londres, de sitios frecuentados, gente conocida, viajes realizados por el país, explicaba la renovación artística que en aquel entonces se había iniciado. Londres, según decía, era en sus tiempos el lugar menos apetecible para los mexicanos. Los estudiantes comenzaban a volver a París. Todo el mundo veía a Inglaterra como una nación en remate. A la primera interrupción, él dijo en tono casual que esa tarde por fortuna una amiga le había llevado los bocadillos, que por lo general era muy descuidado, y no habría podido ofrecerle más que whisky y cerveza; bueno, bebida nunca faltaba en su casa, en cambio aquellas maravillas gastronómicas eran allí algo insólito; comí siempre fuera y, también, no sólo para hacer tiempo sino para tratar de ceñir la charla a las características normales de una entrevista y, contagiado un poco por la locuacidad del periodista, habló de su primera visita a Londres, e intentó relacionarla con su trabajo; había vivido algunos años en París; estaba pensando en volver a México o instalarse por una temporada en Nueva York cuando llegó y se enamoró de Londres. En París había comenzado a sentirse mal; lo carcomía el tedio, vivía y pintaba en un círculo cerrado. El cambio lo revivió. Paz no llegaba, y el tambaleante gordo bebía y asentía distraídamente sin tomar una sola nota. En aquel otoño, insistió, todo había contribuido para crearle la sensación de haber llegado al lugar que necesitaba. Descorchó otra botella, llenó las copas. Sí, había sido un otoño espléndido, el de la gran retrospectiva de los expresionistas en la Marlborough. Su pintura seguía esa orientación. Por un momento, al ver que el otro continuaba sin tomar apuntes, se sintió cohibido. ¿No le interesaría lo que decía? Entonces que preguntara algo en vez. de beber y mirarlo bovinamente. Sí, continuó, se orientaba en la misma dirección. ¿Quería conocer las últimas telas? El periodista parecía entusiasmado con los cuadros. Eran muy diferentes, dijo, a lo que conocía, tanto a las reproducciones que había visto en revistas como a los originales colgados en la sala.

– Sí, me he ceñido más al color. He necesitado menos del negro. Como ve, es el color el que define casi siempre los contornos. En París había dejado de sentir la agresión de los elementos circundantes. De haberme quedado, me habría convertido en un reproductor pasivo de formas. Bueno, a fin de cuentas, uno se queda siempre en eso, ¿no? El pintor vale en función de su capacidad de crear formas, o de alimentarlas y revivirlas. Para crear necesito de un alimento directo, debo conectar con una realidad objetiva que se expresa en el momento en que intento desintoxicarme de ella. Debe ser el alcohol lo que me hace hablar de esta manera. Lo que le quiero decir es que en París esa realidad exterior se me había secado. En cambio, Londres me recibió muy bien. El público de las galerías parecía otra cosa, lo mismo que la gente que veía en las calles, en el metro o los parques – el periodista lo oía con una atención de hipnotizado, y asentía a cada frase –. Los pubs eran los sitios más vivos del mundo. Todo era alegre, ingenioso e intenso. Caminaba días enteros, sin parar, de Hampstead a Kensington, de Earls Court al Est End. Creo que he recorrido toda la ciudad, la conozco como pocos, Pimlico, el Soho, Islington, Bloomsbury.

– Hay un número en Tavistock Square –dijo el otro de pronto– frente al que uno se detiene durante un rato y trata de imaginarse las tormentas que azotaron a sus moradores, algo así como las borrascas desencadenadas en el interior de los ángeles, ¿no es cierto?; su conversación, sus bromas. La imagino el día en que se vistió, se cepilló el cabello, se contempló en el espejo para ajustarse el broche de la blusa; quizás arregló aún sus papeles; estaba trabajando en una novela; es posible que haya hecho alguna corrección, tachado un adverbio que sonaba mal, prometiéndose que lo primero que haría esa tarde, si volvía, sería revisar un diálogo que encontraba muy duro; y luego salir, dar vueltas como loca, sentir que el mundo había dejado de pertenecerle y tirarse al río. Pero eso no fue aquí sino en el campo…

– Caminé días enteros por los parques, Richmond, Hampstead, Kew Gardens.

– Donde ella escribió un cuento sobre un caracol que trata de deslizarse por debajo de una hoja caída.

– Estuve en todos los pubs que es posible imaginar; algo empezó a configurarse. No puedo concentrarme nunca en una sola tela. Puede que le parezca una limitación, pero es mi manera de expresarme. Necesito trabajar por series. Hacer muchas variaciones sobre un tema, al unísono. ¡Qué estupidez! ¿Qué quiere decir, al unísono? ¿Tener un pincel en cada mano y pintar dos telas a la vez? Por supuesto que no; usted me comprende; aquí se puede ver…

– La encontraron unas semanas después, ya en estado de

descomposición. ¿Se la imagina? ¡Ella, ella putrefacta!

– ¿De quién carajos me habla usted? ¡Perdón! ¿Se le suicidó una mujer cuando vivía aquí?

– Fue antes de mi llegada; tres años antes, o cuatro. De cualquier modo no es seguro que hubiera llegado a conocerla. Usted, mucho menos.

– …Entonces comienzo a ver, a recoger, a discriminar; de pronto sobresalen ciertas notas. París ya no me daba eso; es difícil expresarlo; hay puntos que destacan sobre otros, se diferencian de los demás, se van disociando del medio y cesando entre sí, en su intento de constituirse en una forma… Son vibraciones, solicitudes… Cuando ya no hago otra cosa que no sea pensar en ellas, en un verde por ejemplo que se convierte en una camisa desgarrada, y en el violeta que son las desgarraduras, o en un fondo que es un naranja que se precipita hacia el rojo, comienzo a saber dónde estoy y me pongo al trabajo; bosquejo, trazo, echo color y todo aquello cuaja de un modo natural. Ya en ese momento es el color quien me dirige… – seguían bebiendo; en realidad era agradable conversar con aquel gordo sin que Paz se presentara a turbarlos con sus viejas neurosis. Advirtió que hablaba con tal convicción que parecía que en ese momento se estuviera jugando la vida; se sintió ridículo, bajó la voz –. En ese sentido no soy un artista puro, soy un pintor, no, puede que sea un artista puro si dejamos de lado conceptos manidos; de lo que no me cabe duda es que soy un hombre comprometido; nada me interesa tanto como el estudio de ciertas tensiones sociales; algunos críticos sostienen que eso se transparenta en mi obra; así lo espero. Dicen que es humanista porque no ha desaparecido de ella la figura humana; me parece una frase como tantas, ¿no? No creo que el humanismo se pueda definir por la aparición o desaparición de un hombre en un cuadro.

En ese momento, el otro, que durante la última parte de su monólogo se había mantenido en silencio, comenzó a hablar de la forma. Quizás lo que Mann había puesto en boca del patético y querible Settembrini no era del todo errado: la bella forma como expresión, como aspiración, mejor dicho, de la humanidad en su búsqueda de un orden superior. ¿También él partía de Settembrini? De repente entendió más a Paz como producto de una época. Otra generación nutrida en otras fuentes. La contienda entre Settembrini y el implacable Naphta había sido para ellos algo tan vivo como para su generación la lucha entre… ¿Entre quiénes?… Iba a decir algo, pero comprendió que su turno había terminado. El periodista no le cedía la palabra. Hablaba de la forma bella, de Brancusi, de la Hcpworth, de los arquitectos del Bauhaus. No hacía mucho tiempo había visto una exposición, una de las más importantes que podía recordar haber visto en su vida; el tema era el hombre y la máquina. No conocía las teorías

cibernéticas, ni las posibilidades que tanto preocupaban a sus contemporáneos sobre las posibilidades de crear máquinas capaces de construir y manejar otras máquinas, pero eso no importaba; había decidido ponerse a estudiarlas tan pronto como tuviera un poco de tiempo. La exposición era como el ajuste de cuentas con el siglo; confirmaba la derrota de Settembrini, la victoria de Naphta. Los conceptos fluían como entre crispaciones; parecía a momentos que Ibarra fuera a derrumbarse y, sin embargo, seguía aferrado a la palabra. Los papeles se habían invertido; ahora sólo el periodista hablaba y a él le correspondía asentir vagamente. Uno se quedaba maravillado ante las viejas y nobles chucherías del siglo XIX, las primeras películas, los aparatos de los hermanos Lumière, las optimistas litografías que ilustraban los libros de Julio Verne, las fotos de los primeros automóviles, para pasar después a los sueños de los constructivistas, la maqueta de Tatlin para el edificio de la Tercera Internacional que nunca llegó a construirse, los dibujos de Lissitsky y Popova e, incrustado ahí, con un pie un tanto forzado, *FA afilador de cuchillos,* de Malevich, una de sus grandes pasiones. De acuerdo, no era Kandinsky, no era Klee, pero ¿qué quería decir eso? Era, por dondequiera que se le tomara, uno de los grandes pensadores de la pintura. Sus telas eran ideas. Imposible no asombrarse ante el *Cuadrado negro sobre fondo blanco,* sobre todo si se recordaba la fecha de su aparición. De cualquier manera, aquel Malevich no era un añadido de atmósfera a la exposición, como algunos dijeron, sino una de sus bases ideológicas. Bajo frondas de Calder, el espectador caminaba emocionado por los jardines de las viejas vanguardias. Estaban todos, constructivistas, suprematistas, bauhausistas, futuristas, vorticistas. Y en conjunto, aunque partieran de posiciones en apariencia muy distintas, entonaban el mismo canto de amor a la máquina; rompían los esquemas de un humanismo racionalista ya muy desprestigiado para entonces. En una pantalla se proyectaba el ballet mecánico de Léger. Y ante todos aquellos cristales, micas, metales, materiales resplandecientes se podía llegar a pensar que nuestro siglo era digno de vivirse, que el artista, al oficiar en ese matrimonio místico entre el arte y la ciencia, lograba captar la belleza que era nuestra vida, nuestros objetos cotidianos, que éramos en última y definitiva instancia también nosotros, y a pesar de ciertas indispensables notas de humor negro, los objetos de Ray y de Schwitters, la advertencia sangrienta de Grosz encarnada en unos autómatas lascivos y siniestros. Pero la exposición no terminaba allí; aquél era el limbo necesario para pasar a otras salas. En un salón gigantesco aparecía la máquina actual; daba vértigo: ahí se desvanecía el ensueño.

– Las buenas quiromancianas –continuó ya de carrera, casi sin

respirar– le piden al cliente que muestre las dos manos para cotejar lo que uno es con lo que pudo haber sido. Lo mismo ocurría en el Museo; aquellas piezas exaltadoras expresaban la nostalgia de un presente que no se dio, de un porvenir imposible; ante mis ojos comenzaba a desplegarse, sólo con bajar unos escalones, la imagen real. Me vi de pronto rodeado de máquinas enormes, complicadas, herrumbrosas, de materiales de desecho. Los horrendos mecanismos de Stankiewicz, hechos con fierros viejos, con materiales innobles, atados con alambres herrumbrosos, el junk arte en pleno; los inmensos artefactos de Tinguely, máquinas que el oprimir un botón o pisar un pedal comenzaban a funcionar. ¿Qué hacían sino lanzar bobamente pelotitas de un tentáculo a un cesto, o moverse como grandes y lentos crustáceos despatarrados a los que les está prohibido desplazarse, o chirriar y gemir estrepitosamente? Su actividad carece de sentido, es otra de las formas del desperdicio. Sin embargo, seguían siendo tan arte como la fina aguja de metal de Gabo. Al deambular entre aquella chatarra estruendosa uno se olvidaba de que alguna vez había sido inocente. La exposición concluía con dos joyas, el *Yellow Buick* de César, ¿lo conoce?, claro, el buick amarillo, prensado, el gran dado de chatarra, y con el *Black seat Dodge* de Kienholz, un coche destartalado en cuyo asiento trasero, entre latas vacías de cerveza, una pareja de maniquíes grotescos copulaban con una violencia y una fealdad sólo equiparable a la del automóvil.

Y él dijo entonces que a eso se refería cuando le hablaba de Londres y su primer entusiasmo, eso quería decir y no establecer itinerarios turísticos cuando le relataba sus paseos; porque a los pocos meses de instalarse en ese estudio sintió que el júbilo, la libertad que había percibido al primer momento, estaban dirigidos, eran en la mayor parte de los casos un espejismo espúreo creado por determinados mecanismos.

– Terminé unos cuadros comenzados en París, que en verdad no me interesaban demasiado y comencé esta serie, la del mundo dominado y viciado por la máquina; el hombre convertido por ella en un triste pájaro de las tinieblas. Esto se intuye al ver los cuadros, ¿no?

La conversación se volvió confusa; los dos hablaban a la vez sobre el tema. En un momento, el periodista se levantó, echó el cuerpo hacia atrás, sacó un pie como acostumbraba hacerlo Paz Naranjo, y él no pudo contenerse y le dijo que era igual a Paz, que aun algunas de sus ideas, el punto de arranque, Settembrini y la bella forma, eran semejantes, el otro lo miró asombrado, y más todavía se asombró cuando supo que hablaba con un sobrino de aquel Gabino Rodríguez, el teósofo, cuyas historias tanto le habían regocijado. Convino en concertar un encuentro entre Paz e Ibarra, y se ofreció a acompañarlo a su hotel, pero luego, al ver que eran las tres de la mañana y que no

estaba en condiciones de conducir, se excusó y le pidió un taxi.

Hablaron algunas veces por teléfono durante los días siguientes. Paz no se atrevió a recibirlo. A él le pareció ridículo y patético aquel episodio en que los dos ancianos se comportaban como un par de adolescentes. Lo vio sólo una última vez, y entonces, en un restaurante, le contó el incidente que acababa de presenciar en una estación del metro: le hizo añadir nuevos cuadros a la serie, los retratos de Lorre adolescente. Tuvo la impresión de que para el periodista la agonía de un muchacho drogadicto en la estación del Temple era sólo una mera anécdota destinada a amenizar la sobremesa con un toque escabroso, mientras que a él, en cambio, lo lanzó a bucear zonas siniestras, a conocer lugares escalofriantes, retretes decorados con chisguetes de sangre. Pero no quiere acordarse ahora de eso. Desde luego que su tía tenía razón al intuir una relación entre la droga y las fotos que le mostraba.

Diecinueve

No es la primera vez que sospecha que cada encuentro posterior le sirvió para satisfacer una necesidad de venganza, que todo nuevo testimonio de la derrota del antiguo titán lo único que le producía era satisfacción. En un despliegue de su conciencia esa convicción le produce un desasosiego que no se atreve a expresar. Sin embargo, está seguro de que todo menos placer siente en ese momento. ¿Le había alegrado asistir al cine y verlo romperse la madre en medio de tufos de alcohol y vómitos? ¿Se había paseado feliz esa tarde por Venecia celebrando la victoria definitiva? ¿Siente que el regocijo le bulle en el cuerpo mientras se sirve otro vaso de whisky y lentamente lo sorbe en su cuarto? Pero entonces, de ser falsa esa hipótesis, ¿por qué diablos son tan borrosos y desdibujados los recuerdos del viaje que Rosa María, Charlie y él hicieron por Brujas y Gante, días colmados sólo de cosas amables, y en cambio reaparecen con exactitud casi demencial las imágenes siniestras, la guarida del Stuyvesant Corner Hotel con la vieja del tobillo tumefacto, la borrachera de Barcelona la noche en que se lo tragaron los demonios, la visión de sus deformes zapatos en Belgrado.

Unos años atrás le había escrito a Carlos las impresiones de un viaje posterior a Barcelona y el recorrido que hizo por Escudilléis en busca de aquella taberna irreal donde se habían embriagado en otra ocasión. Le escribió que había entrado a tomar una copa, que las viejas deformes de la vez anterior arracimadas en el pequeño espacio que separaba el mostrador de la pared habían desaparecido, no quedaba sino una mujer de edad incierta, una alemana o escandinava de pelo corto y piel ajada vestida con un adusto traje sastre negro cuyas manos temblaban convulsivamente y a quien un muchacho trataba de hacer beber una taza de café. Se sintió sobrecogido: aquella mujer parecía sintetizar, actualizándolas, a las viejas de la vez anterior. En su carta de respuesta, Carlos volvía a aludir a aquellas figuras tumefactas, despellejadas, beodas. Le decía que volvía a soñar con ellas, pero que en su sueño eran aún más monstruosas. Soñaba con un hospital. Por las puertas y las ventanas se asomaban mujeres deformes, de rostros mongólicos. Una de ellas lo abrazaba y lograba con la ayuda de otras introducirlo en el edificio. Veía largas escaleras

y, en los corredores, en los rellanos, en las gradas, una serie de cabecitas monstruosas, como globos inflados dotados del poder de la palabra. Algunas carecían de pies, de manos, de tórax, eran cabezas con bocas gimoteantes superpuestas a informes muñones. A duras penas lograba escapar de ahí, y cuando lo hacía tenía el rostro cruelmente flagelado, bañado de sangre. Sabía que ellas habían dirigido el puño que le golpeó en el ojo, el hierro que le azotó la mandíbula…

Le extrañó el tono personal, tan ajeno a las formas que mecánicamente reproducían sus cartas y a las que había terminado por acostumbrarse. Por extraño que pueda parecer, y aunque cada encuentro resultara, fuera una u otra la razón, desilusionante, nunca había dejado de seguirle los pasos a través de aquella correspondencia ininterrumpida y de las crónicas que publicaba con cierta regularidad en periódicos mexicanos. En los últimos años los artículos se habían convertido en un conjunto de apuntes monocordes, ensamblados con bastante torpeza. Leído el primer párrafo, se podía adivinar el resto. De pronto, a veces, un reportaje valía por los varios meses de banalidades. Lo mismo, exactamente, ocurría con sus cartas.

Había sido por carta como le había explicado la salida de Nueva York. Cuando en el hotel le comunicaron el repentino regreso a Europa se trataba sólo de una verdad a medias. No se embarcaron ese día, lo que hicieron fue mudarse a otro lugar aún más siniestro, no lejos de los muelles, donde los despojaron de parte del equipaje. Debía comprender. Paz era una mujer mayor, le había asustado una imprevista complicación sentimental con un joven en momentos tan catastróficos como los que estaban viviendo. Por eso decidió ponerle fin desde el comienzo. Tampoco podían seguirse haciendo ilusiones sobre la posibilidad de llegar a México. Era el momento de tomar decisiones radicales. Optaron por volver a Roma. De inmediato les era imposible embarcarse; se encontraban con todos los recursos agotados. Paz empeñó sus anillos mientras llegaba de México un dinero. La vuelta a Europa en un carguero danés resultó, como tenía por fuerza que ser, siniestra. Peor fue el trayecto por tren de Amberes a Roma. Derrotados, culpables y aturdidos, ante el estupor de los demás pasajeros, rompieron definitivamente. Paz exigía que él asumiera la responsabilidad íntegra de aquel fracaso. Se volvieron a ver sólo en otra ocasión, porque ella se obstinó en precisar la suma que le debía; firmó documentos en que se comprometía a pagarle tan pronto como recibiera la herencia. Fue un encuentro solemne y grotesco, porque ninguno de los dos creía ya que aquella herencia se convertiría en algo tangible. Lo inaudito resultó que poco después tomara posesión de ella y le enviara el dinero. Esa vez hablaron sólo de cifras. Era posible que Paz esperara a que él cediera, también que ella estuviera dispuesta a

hacerlo. Pero Carlos estaba más que harto de su presencia y se cuidó muchísimo de hacer la menor concesión. Unas cuantas semanas después se marchó de Roma.

Tanto las crónicas como las cartas producían en quien no lo conocía, en quienes no lo habían tratado en el pasado, una impresión falsa. A partir de un determinado momento, a saber por qué razón, dejaron de reflejar su realidad personal, la empobrecieron. Según amigos que regresaban de Europa, sus escritos eran fieles a la esterilidad y grisura de su vida. Comentaban que bebía mucho, que había perdido su chiste, que de plano se había vuelto tonto. No tenía el menor caso tratar de localizarlo. Les extrañaba que en cambio él siguiera buscándolo en casi todos sus viajes. Subsistía a duras penas con sus reportajes, hacía traducciones ocasionales, vendía cuadros de pintores amigos, desempeñaba trabajos secundarios. Nunca supo qué fue de la fortuna familiar. ¿Lo habría desheredado su padre, habría muerto arruinado? Era un tema del que jamás hablaba. Las cartas ignoraban por principio esas tribulaciones, pero para hacerlo tenían que prescindir de toda referencia concreta a su vida, reduciéndose a la repetición monocorde de dos modelos únicos. En realidad sólo enviaba dos cartas, la del entusiasmo atropellado al llegar a un nuevo lugar: la crónica feliz del descubrimiento de la Arcadia largamente soñada y antes apenas vislumbrada, a la que al fin se entregaba: le sería posible continuar la novela; lo único que había necesitado era tiempo y, sobre todo, un sitio propicio; disponía de ambos elementos. Había comenzado a organizar sus notas, a rehacer algunos capítulos, a trazar el cauce definitivo. Trabajar una vez más en su propia obra, después de tanto tiempo de desgana, de existir olvidado bajo la insignia de la inercia, le parecía un auténtico milagro, algo ya en sí vivificador. Había hecho un viaje de observación por el interior del país en el que acababa de instalarse; aunque fugaz, le había permitido comprobar que era el más hermoso de cuantos conocía; había vuelto a sentir el calor humano que sólo las personas, nunca los monos a quienes por desdicha se había visto obligado a tratar en los últimos tiempos, eran capaces de transmitir. ¡Ah, el asombro de ascender de nuevo a un nivel regido por la inteligencia!; igual podía ser por la sensibilidad, el candor, la virtud, el grado indispensable de animalidad, si venía al caso. Había conocido un bar de una procacidad inimaginable, asistido a un espectáculo de jóvenes tan cargado de poesía que su mera descripción se volvía una labor absurda, empobrecedora. Aquella vacua cantilena no tenía más sentido que el de indicarle la ubicación de sus andanzas o hacerle saber una futura partida. Después de unos meses la pleamar arrastraba la segunda carta, los pliegos de resaca. De ningún modo se trataba del sitio adecuado; se había dejado cegar por un falso espejismo; el medio podía tener cierto atractivo, nunca lo

había puesto en duda, pero luego, no era el que personalmente apreciaba. Apenas podía trabajar. La vida en aquel lugar era un sueño lleno de mugidos y heno soñado por una vaca. Se sentía vacío. Demasiado solo. Había descubierto que las personas frecuentadas en esos meses le eran indiferentes, no tenía un solo amigo. ¿Era posible escribir cuando todo complotaba para disminuirlo y fragmentarlo? Le era necesario cambiar de sitio, ver gente menos primitiva, que estuviera más al día o, en otros casos, menos turbada por las modas, más enraizada en el pasado, en una tradición. Había decidido escapar tan pronto como tuviera los medios para hacerlo; de otro modo terminaría por amojamársele el cerebro. Ya le comunicaría sus planes; por lo pronto le podía seguir escribiendo a la misma dirección. En menos de un mes no pensaba moverse. Había comenzado a esbozar algunos proyectos; quería y debía ser más cuidadoso en la elección del lugar, no dejarse engañar por absurdas apariencias, etcétera.

A veces se extendía un poco más, contaba anécdotas sobre mexicanos encontrados al azar en Europa, a quienes por lo general trataba de evadir, pues según decía, el sentimiento que casi siempre tenían de su propia importancia y de la del país, le producía náuseas, pero a quienes a la vez necesitaba para tratar de encontrar un acento perdido, o la posible visión de dos o tres sitios añorados de la Ciudad de México, siempre maltrechos –cuando no del todo ausentes– en la obtusa mirada de los interrogados. No obstante su banalidad, leía con atención aquellas cartas y celebraba inmoderadamente cualquier anécdota más o menos graciosa que en ellas se colara.

Un episodio relacionado con aquella correspondencia le produjo uno de los momentos más irritantes que puede recordar. Estaba en Cuernavaca. Había intentado trabajar durante varios días en un guión que no marchaba. En esos días casi no había salido de la casa. Estaba de un humor de perros. No había mañana en que el Chino no le hablara para carrerearlo. Era necesario comenzar a rodar. Cada día perdía dinero. ¿No podía decirles cuándo podían contar con aquellos diálogos? Desayunaba una mañana cuando llegó Rosa María de México. Entró en la cocina y le tendió un paquete y varias cartas. Una era de Charlie. El sello era suizo. Fue la primera que leyó. Según decía, pasaba unos días excepcionalmente armoniosos cerca de Ginebra en casa de sus amigas las Weill. Hace ya mucho tiempo de eso; no habían tenido aún su primer hijo, calcula que haya sido hacia el 56. Quizás un poco más tarde, porque acababan de hacer el viaje a Europa en el que Carlos los había acompañado en una excursión a Gante y Brujas. Era una carta larga; le explicaba por qué no le había escrito en tanto tiempo; cosas de salud, viajes, trabajo. Contaba algo muy divertido sobre la Falsa Tortuga con quien había vuelto a encontrarse hacía poco. Curiosamente no recuerda la anécdota, pero

se debía relacionar de seguro con el teatro, porque en cambio se acuerda que al leer la carta algo lo conectó con la fiesta en que la conoció. Había ido con Carlos y Lucy a casa de unos diplomáticos sudamericanos. De pronto irrumpió Mock Turtle. Fue una aparición desafiante, agraviada y triunfal; se acercó al grupo donde estaba Carlos y lo increpó por haberle recomendado una representación de *Ricardo III.* Aclaró que desde el primer momento percibió haber caído en la trampa, y que a los veinte minutos de comenzar la representación se había marchado, haciendo visible su desagrado. Les advirtió a los presentes que el día que Carlos les recomendara un espectáculo debían tomar toda clase de precauciones, había que conocerle el humor antes de embarcarse en la aventura. Protestó contra el eterno chantaje que le hacían al mundo los ingleses con sus jeremiadas sobre la guerra, la pobreza y el racionamiento. Esa noche había visto una infamia frente a la cual todo adjetivo se quedaba corto. Por suerte le habían regalado el boleto en el British Council, de haberlo tenido que comprar habría armado un escándalo como seguramente no se recordara otro en los teatros de Londres. ¿Se podían imaginar cómo habían representado el castillo de los reyes de Inglaterra? ¡Dios santo, y que eso ocurriera en la que había sido la antigua capital universal del teatro, y nada menos que con una obra del Cisne! ¡Ni un grupo de aficionados se hubiera atrevido a presentar en México algo así! ¡Los actores con overoles sucios; el rey, un poquito mejor, pero no demasiado, con un uniforme como de capataz; todo horripilante, de no creerse; en vez de muebles y gobelinos, infinidad de tubos tirados en el escenario y colgados del techo! Habrían podido al menos, añadía levantando las aletas, cubrir aquellas inmundicias con un poco de gasa, que no costaba demasiado, con unos mechones de pelo de ángel que suavizara el materialismo de la atmósfera. ¡Con imaginación era muy poco lo que se necesitaba para darle a la escena un toque poético! ¡Nadie, a menos que viviera en su seno, podía concebir el grado de pichicatería al que se había llegado en la Pérfida…! Todos, ante la desconcertada Falsa, habían soltado a reír a carcajadas.

Debió, mientras masticaba una tostada, haber pensado en contarle la anécdota a Rosa María, debió recordar también que ya lo había hecho, de manera que seguramente lo único que haría sería ponerse de lado la carta y decirle a su mujer, que en ese momento vigilaba la cafetera eléctrica:

– Me quitaste un peso de encima. El silencio de Charlie había comenzado a alarmarme. Temía que ahora sí le hubiera pasado algo.

–¿Sí?

El tono de aquel breve monosílabo debió haberle resultado impertinente. Recuerda que le preguntó, inmediatamente, cómo le

había ido en México ese fin de semana, cómo había resultado su entrevista el sábado con Barrios.

– ¿Me lo preguntas a mí?

Era evidente que algo funcionaba mal. Su mujer tenía que haberse levantado muy temprano para poder llegar a esa hora a Cuernavaca. Nada le estropeaba tanto el humor como una desmañanada. Decidió abandonar la conversación en ese punto. Dio los últimos sorbos a su taza de café, dijo con tono casual que el día era excelente y había que aprovecharlo, y se levantó de la mesa cuando ella, muy crispada, casi rechinante, comentó que de pronto le había extrañado aquel interés en ella; por supuesto no pretendía compararse con Carlos; era consciente del modesto papel que le correspondía desempeñar: ir a México, echarle un vistazo a la casa, recoger facturas, examinarlas, pagarlas, llamar al plomero, pasar a la tintorería. ¡Ah, y sobre todo, no olvidar recogerle la correspondencia!

Se volvió a sentar frente a ella. Rosa María perdió de pronto la expresión adusta; pareció que al untar una rebanada de pan con mantequilla los músculos faciales comenzaron a relajarse, y que estuviera a punto de aflorar la habitual expresión de placidez. Casi sonrió. Se excusó por el arrebato de mal humor; dijo que le había irritado lo poco que le interesaban sus asuntos. Antes de saludarla se había lanzado con avidez sobre aquella carta; lo había visto leerla y releerla. Agregó que si le interesaba saberlo, no había conseguido el papel; Barrios opinaba que no daba el tipo; necesitaba una actriz más entrada en años. Estaba visto que no daba una en el teatro que, por desgracia, era lo único que le interesaba. Luego, con actitud seria, "honesta", como ambos la calificarían días más tarde, al producirse la difícil reconciliación, le había preguntado:

– ¿Te has puesto a pensar si en el fondo no hay algo en Carlos que te atrae, algo que va más allá de una mera amistad?

Se quedó mirándola con asombro, como si no la hubiera conocido nunca.

– ¿Has enloquecido? – dijo al fin –. Sabes perfectamente que no. Eres la primera que debía saber, me imagino, que eso sería imposible… ¿Con Carlos? Pero, ¿te has vuelto loca? – volvió a preguntar –. ¿Así que has llegado a pensar…?

Y mientras salía del estupor se fue apoderando de él una rabia ciega, una especie de oscurecimiento en el que, si de una palabra, de un ademán dependiera, hubiese dado por concluido el matrimonio. ¿Que sospechara Rosa María la existencia de una ambigüedad en su amistad con Carlos? Y entonces ella trató de explicar, sin que a él le interesaran sus palabras, que no se trataba de eso, ni lo creía ni lo sospechaba, que sencillamente quería saber si no había un atractivo especial, una especie de imán para él en aquella vida bohemia y sin

ataduras que encarnaba su amigo. No la dejó terminar. La acusó de sordidez, de turbiedad, la dejó al borde de las lágrimas y salió al jardín a trabajar en los diálogos que, por primera vez desde que había llegado a Cuernavaca, fluyeron sin tropiezo.

Esa noche salió, llegó tarde y se preparó la cama en el sofá de la sala. Antes de dormir no pudo sino darle una y otra vez vueltas a los reproches de Rosa María y repasar su amistad con Charlie desde la vez que se encontraron en la embajada de Londres, hasta la tarde en que en Belgrado tronó la amistad, y terminó por declarar, también "honestamente" que su mujer, como todas las mujeres, nunca podría saber lo que significaba la amistad. Rosa María era incapaz de comprender lo que una persona como Carlos podía proporcionarle, no en el aspecto afectivo, sino en otros terrenos que constituían su verdadero intento de aventura espiritual. Le era necesario saber que existía alguien que cada determinados años iba a hacerlo sentir vivo, actuante, joven; que lograba rescatarlo, aunque sólo fuera por momentos, de la soledad a la que lo condenaba su trabajo, sus socios, los argumentos, las fiestas; soledad de la que Rosa María no podría nunca salvarlo por ser, también ella, un pez atrapado en esa misma red.

Veinte

Tampoco puede dejar de confesarse que en Londres, y aún después, esperó siempre que Carlos se propasara, aunque fuera en broma, para ponerlo en su sitio, asumir de golpe el mando, la superioridad inevitable que le proporcionaba un determinado balanceo glandular y lanzarle el discurso de que como amigos, claro, hasta la tumba, pero que hiciera el favor de no confundirse. Resulta sórdido aceptarlo, pero así fue. Recuerda el aire de liebre amedrentada reflejado en un espejo del pequeño restaurante de Chelsea adonde Carlos lo llevó a comer aquella primera vez, la imagen de las espaldas y la nuca de Charlie. Sabía que a pesar de su timidez, con sólo dos palabras, los papeles podían trocarse, que él se convertiría en el amo, el único que podría hablar fuerte, poner los puntos sobre las íes, transformar a aquella temible boa en una lagartija inofensiva. De cualquier manera se equivocó del todo, porque a los pocos días ya Carlos le había presentado a Lucy. Se comportó con ellos como un padrino, un tío, una especie de espectador benévolo. Y en Nueva York, en el fondo, ¿no había sido él quien arrojó a Paz en sus brazos para arrebatársela luego de mala manera? ¿Qué clase de juego había jugado con él? ¿Lograría alguna vez entenderlo?

Poco antes de que regresara a México fueron a pasar un par de días a Liverpool. No ha borrado de su memoria el incidente a pesar de ño recordar en absoluto el motivo del viaje. Estuvieron en la universidad, sí; ¿pero qué fueron a hacer?, ¿a quién buscaban?, también iban Lucy y el inevitable Ratazuki. Por la noche, después de la cena, visitaron la zona del puerto. Entraron en una taberna tumultuosa y se sentaron en una mesa junto a dos marinos holandeses. Carlos pidió whisky para todos. Poco rato después los dos marineros comenzaron a hablar en su idioma y a reír groseramente. Carlos les dijo con displicencia que comprendía la conversación –era evidente que aludían a la posibilidad de sacar a Lucy de ahí y demostrarle lo que podían hacer con ella– y que debían tener un poco más de cuidado porque a su amigo, y señaló a Ratazuki, le hacían muy poca gracia esas bromas y podía propinarles una espléndida golpiza.

Los tipos se volvieron a mirar al frágil y elegante Rat; su mirada parecía más borrosa que nunca, sus ademanes más lánguidos; soltaron

una carcajada ofensiva.

– ¿Quieres pulsear conmigo? -le preguntó Ratazuki, con voz somnolienta al más fuerte.

El holandés lo miró como a una hormiga que pudiera aplastar con un dedo. Ante la insistencia de Carlos, apartaron la botella y los vasos de un extremo de la mesa, se quitaron las chaquetas y se sentaron frente a frente. El marinero sepultó en una mano encallecida, inmensa, la delicada de Ratazuki. Pensó que Charlie y su amigo debían estar borrachos, que había que detener aquella estupidez, que provocar la violencia de semejantes individuos, jugar a los dandies que gozosamente se ofrecían a ser vejados por la fuerza bruta, a los señoritos ansiosos de sucumbir bajo el poder de la gleba, era en verdad repugnante, el espectáculo más marica que había visto en su vida.

– ¡Uno… dos… tres! –contó Carlos.

Comenzaron a forcejear. Para su sorpresa, y la de Lucy y, sobre todo la de los dos holandeses, la manita blanca no sucumbió a la primera arremetida. Durante un momento largo, espeluznante, los brazos vibraron sin perder sus posiciones, las caras de los contrincantes se amorataron y se cubrieron de sudor.

– ¡Gánale, Rat, gánale! –pedía Carlos ron los dientes trabados –. ¡Te dejo de hablar si permites que te gane!

El brazo del holandés comenzó a ceder, a perder terreno; al fin se produjo un ruidoso golpe de nudillos sobre la superficie de la mesa. El marinero miraba a su vencedor con una mezcla de terror y de asombro; no podía creer lo que acababa de ocurrir; con la mano izquierda se palpó el bíceps, parecía temer la ruptura de algún tendón.

Carlos volvió a llenar nuevamente los vasos de whisky; todos siguieron conversando y riendo, como si el combate no hubiera tenido lugar. Pero un rato después, el marinero insistió en repetir la prueba. La operación concluyó con los mismos resultados; sólo que esa vez Ratazuki obtuvo la victoria con mayor rapidez. Los holandeses comenzaban a sentirse disminuidos; bebían con voz apagada. El derrotado pidió una tercera oportunidad, para ser nueva y aceleradamente vencido. Comenzó a balbucear justificaciones: no estaba en forma ese día, en los últimos tiempos comía muy mal, bebía mucho, las mujeres no lo dejaban en paz, conocía a una turca insaciable. Se sonrojó y pidió excusas por decir eso delante de Lucy. Carlos volvió a servir whisky, le dijo que nunca se debían tomar a pecho las derrotas, sobre todo cuando el contrincante era igualmente fuerte, que debían sellar la amistad con un bruderschaft y olvidarse de todo. El holandés y Ratazuki se incorporaron, estrecharon los brazos y bebieron. Luego se besaron furtivamente en las mejillas como exige el ritual. Carlos le dijo a su amigo, excitado, en español:

– Si te besa en la boca, métele la lengua, Rat –cuando el muchacho aproximó la cara para representar un beso simbólico, Ratazuki le pasó la mano por el cuello, lo jaló hacia sí y lo besó prolongadamente –. ¡La lengua, Rat, métele la lengua!

El contempló la escena paralizado; se sintió más que nunca la liebre frente a la boa. Cuando volvieron a sentarse, el mocetón mostró una vez más la expresión de asombro y terror que le había visto después de la primera derrota. Lucy reía casi al borde de la histeria. Ratazuki y Charlie hablaban animadamente. Sólo él y los holandeses permanecían en silencio. Luego uno de ellos, no el vencido, se levantó, y se encaminó, trastabilleando, hacia la puerta de salida. Desde el umbral le gritó a su compañero una frase injuriosa. Poco después, el muchacho, muy ebrio, volvió a insistir en medir sus fuerzas, pero Ratazuki le respondió con desdén que no tenía caso, que le hartaba ganar con tanta facilidad. El holandés levantó su mano con furia y se quedó mirando a los ojos de su contrincante. Estaba seguro de que le iba a arrojar el whisky en la cara pero, para su sorpresa, pidió que volvieran a repetir el bruderschaft. Lo repitieron; el beso fue igualmente prolongado. Al sentarse, el marinero volcó el vaso y derramó un poco de whisky en la mesa. Carlos dijo que sería mejor cambiar de lugar; era absurdo estar sentados junto a un fulano que ni siquiera sabía comportarse. Se pasaron a la mesa de enfrente, sin despedirse. Ya en la otra mesa, Ratazuki comentó que la segunda vez el holandés había tratado de reivindicarse, de ser él quien introdujera la lengua, pero que se lo había impedido, que había vuelto a tratarlo como a una hembrita.

– Dentro de un mes lo veremos con una liara de diamantes de fantasía en cualquier bar de Covent Garden – concluyó con su sonrisa más cruel, guiñándole un ojo precisamente a él que estaba aterrorizado.

En la mesa de enfrente el muchacho estaba a punto de echarse a llorar.

Cuando su mujer le hizo aquella escena, por alguna razón asoció la historia de Paz y él en Nueva York con el incidente de Ratazuki y el marinero holandés de Liverpool. De algún modo Charlie se había valido de Paz para introducirle la lengua, de algún modo jugó con él todo el tiempo. Todavía ahora no sabe –y eso era lo más desesperante– de qué juego se trata; tiene la sensación de que Charlie, a pesar de estar muerto, no ha abandonado la partida, de que el film que ha visto esa tarde es otro golpe de una misma serie, que seguirían otros, aún más bajos, que lo encontrarían cada vez más inerte, más desamparado.

Aquella vez había sentido miedo, y lo volvió a sentir en cada nuevo encuentro, aun cuando lo halló postrado por la fiebre en la casa de Sandoval. Sintió miedo sobre todo en Barcelona, cuando se vio

rodeado de aquellas mujeres inmundas – sus herinias, su harem de las tinieblas – en cuyos brazos lo abandonó una madrugada.

Veintiuno

Nunca supo qué ocurrió, cómo lo perdió de vista al salir de aquel bar de la calle Escudillers, adonde lo condujeron, si es que lo condujeron a algún lado, las viejas, ni por que, cuando en una carta posterior aludió a ellas y a su nueva encarnación: una mujer de edad incierta, una alemana o escandinava de pelo corto y piel ajada, enfundada en un adusto abrigo negro, Carlos le respondió con el relato de una pesadilla, de un rapto, de una fuga. ¿Habrían dirigido de verdad aquellas hienas un puño para golpearle un ojo, un hierro para azotarle las mandíbulas?

Veititidós

En los primeros meses sintió con frecuencia deseos de marcharse, de volver a Londres o, por lo menos, de instalarse en México, capital. Tenía la sensación de que existía en todas partes menos en su ciudad natal. En revistas especializadas de Europa se había comentado con entusiasmo su última exposición. Esa mañana, en cambio, en el periódico, una de las glorias locales había trazado el panorama cultural de Xalapa, enumerando a las distintas personas dedicadas a alguna actividad artística y omitiendo, con deliberación, su nombre. Le impresiona comprobar hasta dónde le afectan esos piquetes de pulga. Para sus familiares los éxitos en el extranjero no llegan a tener significación hasta que no los ratifique una crónica de la localidad. Descubre que la mezquindad de la omisión lo ha irritado bastante más de lo que se hubiera podido imaginar. Empieza también a necesitar que lo afirme el contorno. Es grotesco, sin embargo lamenta no tener nada que mostrar. Está decidido a no dar a conocer en México los cuadros en que está trabajando. En el mismo Londres, ¿qué galería podía enseñar una tela suya? Cada vez le resulta más necesario que un testigo lo afirme. De ser así, podría bastar la presencia de Mina Ponti, la siniestra escullóla que lo había abofeteado hacía unas cuantas horas. ¿Era suficiente su testimonio? Ella podía afirmar que no era el farsante que todos deseaban que fuera, que le exigían ser. Aparte de algunas telas primerizas, las otras, las que de verdad contaban, estaban recluidas en el seno de una inaccesible colección privada en Osaka. Paz Naranjo había sido la responsable. Paz había resucitado, descubierto o inventado a aquel admirador de su pintura. Recuerda ritos, saludos, conversaciones extrañas en lujosos comedores que le dejaron siempre la impresión de escuchar un lenguaje cifrado. No hubo vez que se reunieran con los japoneses que no sintiera que la comunicación entre Paz y ellos fluía por abajo de las palabras. En varias ocasiones los llevó al estudio; luego emprendieron las compras. Adquirieron, fuera de un cuadro que compró un australiano la noche de la inauguración, la serie completa de Peter Lorre. Se había quedado estupefacto cuando Mrs. Kneele le telefoneó para decirle que había vendido toda la exposición a un cliente; creyó que era una broma. Después, aquel anciano delicado, su esposa y su yerno comenzaron a

rastrear por el estudio y a llevarse lo que fueron encontrando. ¡Absurda Paz, llena de misterios! ¿Había hipnotizado a aquella familia japonesa? ¿De qué hablaban cuando parecían referirse a su pintura? Imposible apaciguar a los buitres cuando preguntaban dónde estaban sus cuadros, respondiéndoles que en Osaka, en la colección privada de un rico industrial japonés y en la de su yerno, un célebre director de cine. ¡Si ni siquiera él mismo lo creía!

Veintitrés

¿Podía suponer, cuando Elena Sandoval lo invitó a pasar unos días en casa de su hermano que iba a tropezar allí con Carlos? De las veces que se encontraron, si se exceptóla la primera, en Londres, fue ésa la que se produjo de un modo más casual. Y ese viaje a Europa, sin embargo, fue el único en que no se preocupó por localizarlo. Sabía que estaba en Milán. Le hubiera podido poner unas líneas, pero pensó que no tenía caso, que sería casi imposible encontrarse. Tal vez las palabras de Rosa María lo trabajaban subterráneamente. Quizás a eso se debió que no lo buscara, quizás también a eso que durante días no lograra romper el hielo en Masnou. Pero ¿dónde iba a verlo? En París estaría sólo de paso, luego volaría con Elena a Madrid. Estaba seguro además de que no simpatizarían. El día de su llegada le asombró saber que había otro huésped mexicano en la casa ¡y que fuera nada menos que Charlie! Fue el penúltimo encuentro. Estarían dos o tres semanas más bajo el mismo techo, entre un tumulto de invitados que entraban y salían a toda hora, sin apenas hablarse para, al final, pasar juntos un día con la sensación de nunca haberse separado. La última visión que registra de aquel día de copas (reseñar sus encuentros equivale siempre a enumerar borracheras) está muy próxima a un dibujo de Orozco. Lo ve enteramente ebrio, apoyado en el mostrador de una taberna inmunda de las estribaciones del Barrio Chino, apresado por mujeres también ebrias, hinchadas, descascaradas, tambaleantes…

Aceptó la invitación de Elena. En Madrid resolvió en unos cuantos días los asuntos para los que se había fijado un plazo de varias semanas. Unas vacaciones en el mar le caerían de perlas; hacía tiempo que no se tomaba un descanso. Pero el lugar no era, ni con mucho, lo que le habían prometido. Sandoval hubiera podido encontrar mil sitios más atractivos en la costa para construir su estudio. De cualquier manera la villa era estupenda, amplia, soleada, con un gran jardín y terrazas que daban tanto al mar como a la montaña. ¡Lástima sólo que no estuviera más al norte y que Masnou no fuera Tossa o Cadaqués!

Al enterarse de su presencia en la casa fue a saludarlo. Charlie estaba encamado con una infección de laringe. No podía comer; sufría al hablar. Se mantuvo casi mudo, distante, como si apenas lo conociera, durante los momentos que permaneció sentado al borde de

la cama. Chiara Marusso, la eslavista italiana, le dijo después, a la hora de cenar, que cuando se ponía así (en los últimos años las infecciones de garganta se le repetían con frecuencia) le resultaba muy desagradable recibir visitas; tenía que violentarse para hacerlo. En varios días no se había podido bañar, ni siquiera afeitarse. Le horrorizaba que lo vieran desaseado.

El tiempo era ideal, y Elena estaba muy bien. Carlos se dedicaba a convalecer apagadamente. Lo encontró muy deteriorado, pero supuso que debía tratarse de algo pasajero, el efecto de las fiebres. Ya tenía en mente marcharse a Belgrado. Una tarde le contó que había hecho un viaje no hacía mucho por Yugoslavia, invitado por una organización de periodistas y había vuelto francamente entusiasmado. Quería instalarse allá lo más pronto posible. Pero fuera de algunas anécdotas de viaje, y de dos o tres vaguedades referidas a los huéspedes de Sandoval, al clima, al paisaje y a la antigua arquitectura románica de Cataluña, no le oyó hablar de otra cosa. Era un fastidio su voluntaria marginacióll, una especie de resistencia pasiva que ponía de mal humor a todo el mundo. De habérselo propuesto, habría sido capaz de poner en movimiento, y hasta de obtener resultados brillantes, al híbrido grupo convocado por el pintor. La única presencia que parecía tolerar era la de su amiga italiana, con quien hacía paseos diarios por la playa o los pinares vecinos. Tampoco tenía tiempo ni oportunidades para enfadarse por aquel despego. Elena lo hacía recorrer, casi con saña, cuanto punto histórico, arqueológico o turístico –aun las ruinas más insignificantes, la masía menos garbosa– existiera en la región. A menudo iban a Barcelona; nadaban por las mañanas; en las noches iban a bailar a alguna discoteca de la costa; hacían el amor a todas horas. El tiempo se le evaporaba, no era, pues, asombroso que apenas viera a Carlos. Los Sandoval no lo conocían. Nadie, salvo Chiara que en cierta forma se lo había impuesto, sabía bien a bien qué hacía, quién era. Se suponía que si en un principio no hablaba era debido a sus molestias físicas, pero luego, al mejorar, siguió tratando a todos con la misma indiferencia. Era una sombra, una molestia, una gran lata. En una ocasión en que hablaban de aquel absurdo convidado, no fue él, sino Sandoval, quien salió en su defensa. Comentó que su aire cansino era un disfraz, que había entrado dos o tres veces en el estudio y que sus observaciones habían sido sorprendentemente sagaces. Pero él esa noche deseaba hundirlo; contó algunas anécdotas con eficaz crueldad, habló del eterno work-in-progress que había terminado por disolverse en el vacío, de sus fracasos de todo tipo, de la chatura de sus crónicas; y entonces, al advertir de pronto que su silencio le irritaba más de lo que se hubiera querido confesar, al ocurrírsele que una cosa era que sus vacaciones resultaran magníficas, que se dedicara a tantas actividades como para no dejarle casi un

minuto libre, y otra, que Carlos, que por lo visto no hacía nada, pues por las noches se quedaba en casa y por el día no salía sino para hacer aquellos ralos paseos por el pinar o bajar al pueblo a tomarse un café, no hubiera hecho el menor intento de aproximación, ni tratado de reanudar un diálogo que formalmente hasta entonces no se había interrumpido (la correspondencia, por decepcionante que fuera, seguía funcionando), que no le interesara saber nada sobre su divorcio, por ejemplo, o sobre sus nuevos proyectos, y con un súbito arranque de magnanimidad, con el sentimiento de pagar en forma principesca la frialdad de la acogida, trató de borrar la impresión sembrada, hablando de algunas circunstancias memorables que habían vivido juntos, para encontrarse con que ya nadie lo escuchaba, que la atención general seguía otro curso. Supo en ese momento que era absurdo matar –porque dejarla morir por simple inercia era matarla– una amistad de tanto tiempo y se propuso enfrentar la situación al día siguiente. Sin embargo, por la razón que fuera, ni en ese ni en los ulteriores hubo mayor acercamiento. Con un desinterés ofensivo, como disco rayado, Charlie volvía a perderse en el recuento de las excursiones que se podían emprender por la región, en la descripción de algunos pueblos del interior, o a lamentarse de la calamidad que significaba conocer la costa de Montenegro, pues en comparación el mar español no era sino una tina de agua remansada, sin otro atractivo que el de sus tonalidades, o bien, de lo postrado que lo habían dejado los antibióticos, hasta que Chiara Marusso llegaba a rescatarlo de una conversación que evidentemente no le interesaba.

Una mañana, la víspera de la partida, había que precisarlo, apareció Carlos mientras él tomaba su café en la terraza. Era la primera vez que lo veía a esa hora. La banda se dispersaría al día siguiente y sólo quedarían en Masnou, Sandoval, Chiara, Carlos y quizás algún otro invitado. Elena había ido desde muy temprano al salón de belleza. Por la noche celebrarían la despedida de Palamós. Carlos le preguntó si lo quería acompañar a Barcelona; irían en el coche de Sandoval, que estaba por salir, comerían allá y regresarían por tren a primera hora de la tarde. Aceptó. El primer rato en Barcelona fue bastante tedioso; al llegar entraron en una agencia turística a recoger unos folletos que, según dijo –con el tono con que alguien podía referirse a una labor no exenta de intensidad y hasta de grandeza– le servirían de base para la redacción de unas crónicas de la ciudad. Necesitaba ponerse al corriente en el periódico; la enfermedad le había causado algún retraso. Luego recorrieron con lentitud el Barrio Cólico. Carlos tomó una que otra nota, y a la hora de comer se dirigieron rumbo a las Ramblas; por primera vez en aquella temporada lo vio animarse, comenzar a revivir. Entraron en la Plaza Real, el lugar que, según decía, más le gustaba de la ciudad. Se

sentaron en los portales a tomar un aperitivo; celebró aquel trago desmesuradamente; era el primero que tomaba en varias semanas, ya que los antibióticos le habían impedido probar una gota de alcohol. Quería comer allí; el en cambio deseaba un lugar mejor; le parecía aquél un local anodino como los que podían encontrarse en cualquier ciudad.

– ¿Ah sí? –replicó al instante –. ¿Conoces Oslo? ¿Viste allí algo parecido? ¿Te parece igual a cualquier sitio de París, para no ir tan lejos? ¿En cualquier parte de Europa encuentras estas palmeras, estas arcadas y esta atmósfera? –y le reprochó poseer la cegazón típica del turista romo que agoniza de pasión ante la taberna cuajada de cerámicas, jamones y ristras de ajos, los meseros vestidos de las alpargatas a la boina con los colores regionales, todo prefabricado para hipnotizar al turista. No tenía caso discutir; conocía bien sus ondas. Si hubieran estado en una tasca, habría hablado del enraizamiento de los pueblos mediterráneos en su tradición. De cómo a la presión corruptora de los bárbaros, los habitantes se oponían, sin darse siquiera cuenta de ello, una serie de recursos secretos. Lo mismo que en Sicilia, en Grecia, en Yugoslavia.

Y mientras tomaban los aperitivos, y luego, durante la comida, Carlos le volvió a contar sus impresiones de Yugoslavia, su estupor ante las ciudades del litoral, la hospitalidad de la gente, la radiante majestuosidad del paisaje de Montenegro, el viaje en ferri de Bari a Bar, la vaharada de espliego y lavanda que descendía de la montaña inmensa, negra, donde los picachos de unas rocas parecían a la luz de la luna estratificaciones de plata.

– Me enamoré del país. Unos amigos me están tratando de conseguir empleo, en Zagreb, en Belgrado o en Sarajevo, donde se pueda, en el departamento de español de alguna universidad. Ya es hora de que siente cabeza y me dedique a una profesión en serio, ¿no crees? El periodismo, tal como lo he practicado, ha sido la más lamentable de las jodas.

En ese momento su figura, sus sienes grises, sus ojos que miraban borrosamente hacia la plaza, su voz empecinada, su mano que señalaba una palmera cuajada de palomas, todo, configuraban una imagen perfecta del desamparo. Vio cómo la vejez le había caído encima y se cargó de odio. ¿De qué carajos le había servido el talento? Comenzó a darle consejos vulgares, groseros. Le hablaba sin piedad, convencido de no poder ser ya condescendiente. Mimarlo, como Chiara, como Paz Naranjo en otra época, equivalía a terminar de hundirlo. Recuerda que tomaban ya el café, que bebían un coñac y él seguía insistiendo en lo mismo. Le recordó sus cartas, el pueril entusiasmo anterior por mil otros lugares, la tambien pueril decepción que le produjeron todos. Charlie asentía, decía que no era lo mismo,

que no acababa de entenderlo, que aquélla sería su primera experiencia real. El mundo cambia, ¿cómo negarlo? En el fondo, sin que hubiera podido percibirlo, siempre había estado contra el capital.

– ¡El único camino que le queda al mundo es el del socialismo! – afirmó dos o tres veces con énfasis.

Pero ni uno ni otro se hacían caso; cada quien argumentaba por su cuenta; Charlie exaltaba la Revolución y él insistía en que Yugoslavia debía ser un país agradable sólo para hacer turismo; el idioma, por lo pronto, sería una barrera infranqueable. Luego, cansado de exponer argumentos que de ninguna manera borrarían la confusión en que por propia voluntad se hundía su amigo, perdida igualmente la arrogancia, el triunfalismo de cuarentón feliz, bien conservado y próspero, comenzó a decirle que nunca se lo había podido imaginar del todo fuera de Londres, que en los encuentros posteriores había faltado cierta nota que sólo aquella ciudad proporcionaba, que Londres era, sin duda alguna, su ciudad; y descubrió, alarmado, que su tono era casi implorante y que no podía remediarlo.

– Siempre que pienso en ti te imagino en el viejo departamento de Hampstead.

– ¿En la casita de Adelaide Road? Ya no existe. Volví hace poco. Te conté que estuve en Londres, ¿no? Han construido allí tina serie de edificios monstruosos. Derribaron muchas de las viejas casas. Te escribí, ¿verdad?, sobre mi estancia en Inglaterra.

– ¿Y no sentiste deseos de quedarte?

Obtuvo una sonrisa huidiza. Lo vio perderse en la contemplación de las palomas, arrojar un trozo de pan en dirección a una rama que, por supuesto, no alcanzó, y fue a dar sólo a unos cuantos metros de la mesa, a mitad de la calle.

– La enfermedad me mató toda energía.

– ¿No te dieron ganas?

– ¿De qué?

– De quedarte en Londres.

Parecía que una vez concluido su alegato en favor de la revolución, la charla le hubiera dejado de interesar. Observaba el movimiento de las personas que vagabundeaban por la plaza, el tránsito en los portales, los grupos de turistas alrededor de las mesas. Al lado de ellos, unos marineros griegos bebían cerveza. Cinco o seis muchachas con aire de empleadas de comercio irrumpieron de pronto en el portal; sus risas y voces parecieron por un momento permear el ambiente, flotar e imponerse sobre la sordina que se elevaba de las mesas. Una de ellas se rezagó y simuló comprar, o tal vez de verdad compró, algo en un puesto de dulces y luego se acercó de prisa al grupo de griegos; saludó a uno, le entregó un papel, se rió nerviosamente y se echó a correr para reunirse con las otras. El

marinero leyó el recado y se lo pasó a los demás. Una sonrisa en la que se pavoneó un diente de oro le desfiguró la cara. Charlie los observaba sin la menor discreción. Luego se volvió hacia él y le dijo:

– Le escribió en inglés; alguien debió escribirle el recadito. Dice que volverá a eso de las nueve; le pide que la espere.

– ¡Qué carajos me importa lo que diga! –respondió irritado –. Te pregunté si no te gustaría volver a vivir en Londres.

– ¿En Londres?

– Sí, en Londres. Volver a Londres. Vivir en Londres. Eso es lo que he estado diciéndote. Lo pasaste muy bien en Inglaterra. Siempre has hablado de los estímulos de Londres fuera de aquel tiempo en que Paz y Roma te produjeron un mareo intolerable. Además, te movías allá como pez en el agua; debes tener aún amigos. En Londres te dedicabas a escribir una novela. De haberte quedado estoy seguro que la habrías terminado. Lo que la arruinó fue ese peregrinaje en que luego te perdiste.

– ¿Se arruinó qué? ¿Qué crees que se perdió? ¿Mi novela? ¡Estás loco! ¡Nunca he dejado de trabajar en ella! Escribo por lo menos tres horas al día. Aquí mismo, en Masnou, a pesar de la fiebre, he seguido escribiendo. ¿Quién te dijo que la había abandonado?

–Tú mismo. Me lo has escrito. Y me lo has dicho varias veces.

– No debes haberme entendido. Lo que se estropeó fue el proyecto inicial; con eso la novela salió garando. Ahora sigue cauces en los que no podía ni soñar cuando la concebí. De hecho ya es otra cosa. Intento hacer una novela de la descomposición, un relato en que todo se fracture, las escenas, los personajes, las motivaciones, los ademanes mismos y, por supuesto, el lenguaje. Necesito tranquilidad; un lugar como la casa de Sandoval, sólo que sin él, sin sus parties, sin el tropel de gente imbécil de que necesita rodearse. Eso es lo que voy a buscar en Yugoslavia.

–¿Y en Londres? –siguió insistiendo.

– Estuve hace poco.

– ¿Y no te dieron ganas de quedarte? – trataba de hacerlo volver al tema, a pesar de que era evidente que Charlie hacía todo lo posible por escabullirse.

– No, ni siquiera me quedaron deseos de regresar. Londres dejó de ser desde hace mucho mi ciudad. En unos cuantos años de ausencia, se convirtió en algo para mí incomprensible. Me imagino que para todos. Es ya otro mundo.

– También yo estuve hace poco. A fines del año pasado.

– Es un lugar muy sórdido.

– ¡Qué dices! ¿Y la actitud de los jóvenes? ¿Y su música? ¿No te pareció formidable su manera de expresarse?

– No, para nada. Fuera de vestirse con colores estupendos, no vi

que hicieran nada medianamente interesante… Pasé unos días más bien siniestros… una búsqueda triste del tiempo perdido.

Algo, no recuerda qué, tal vez el viento, comenzó a fastidiarlo. Se levantaron. El se dejó conducir por estrechas callejuelas: "Ven, vamonos tú y yo, iremos a perdernos por oscuras callejuelas", murmuró de repente. ¿De quién era eso? ¿A quién se lo había oído muchos años atrás? ¿Por qué lo repetía? "¡Iremos a perdernos por oscuras callejuelas!" Entraron en distintos bares. Siguieron bebiendo. No acababa de abrirse. La conversación parecía haberlo molestado; veía en cambio arrobado a las parejas de putas y marineros, a los grupos de golfos, a los vocingleros andaluces apoyados en las barras. Al final, se encontraron sentados en el fondo de una taberna sucia, oscura y desagradable. De cuando en cuando se le nublaba la vista: había bebido una barbaridad. Carlos arrastraba la voz; se le trababa la lengua. En varias ocasiones pensó que era hora de volver a reunirse con los Sandoval, prepararse para la salida de la noche, pero una absurda necesidad, un empecinamiento podría decir, de enterarse de lo que le había podido ocurrir a su amigo en Londres lo retuvo en el local. Por supuesto que los amigos a quienes había vuelto a encontrar –¿en qué, le gustaría saber, se habría convertido en esos veinte años el perverso Ratazuki?– debieron haber esperado algo distinto, la vuelta del triunfador que entonces se insinuaba. Era posible que hubiera vuelto a ver a Paz.

– Me enteré de que también la Naranjo vive ahora en Londres – le dijo, tratando de sondearlo.

– Sí, al parecer pasa más de la mitad del año cerca de Londres y el resto, como siempre, en su casa de Roma. Por primera vez desde nuestra pelea volví a sentir deseos de verla. ¿Leíste su último libro? Es sorprendente. En Londres conocí a un sobrino suyo, mexicano por cierto, Ángel Rodríguez. ¿Lo conoces?

– ¿El pintor? No sabía que fuera sobrino de Paz.

– Bueno, sobrino a medias; en verdad lo era de Gabino Rodríguez, el de la Voz, ¿te acuerdas?, aquel primer marido de quien tanto nos hablaba. ¿Conoces a Rodríguez?

– Personalmente no, pero sé quién es. Me visto sus cosas.

– No me extraña que tenga éxito; hoy día, hasta Sandoval lo tiene – pidió otras copas. Permaneció en silencio un momento como si recordara algo –. Me dijo que había conocido a Paz por accidente. Obra y gracia de la Voz, me imagino. Insistió en asegurarme que se preocupaba por ella, que la cuidaba, pero no lo creo, es un tipo muy duro, como todos, a fin de cuentas, los que se proponen triunfar. No me explico por qué tenía que darme tantas explicaciones. Por lo que me han dicho, Paz lo adora; la pobre debe andar frisando los setenta, ¿te das cuenta? A esa edad las pasiones suelen ser espantosas. Yo estoy

convencido de que yo era su gafe; cuando nuestra amistad se fue a pique comenzaron a solucionarse sus problemas. Llegó hasta a recobrar parte de aquella nebulosa herencia. Rodríguez le dijo que estaba yo en Londres y que deseaba saludarla. Me dio una cita y me plantó; después me envió excusas y una invitación para comer; al poco rato me llegó una nota desinvitándome. ¡Qué gran joda, las mujeres! Según Rodríguez no se sentía preparada, el estado de sus nervios era delicado, para el encuentro, y me pidió que no insistiera. No tienes idea del tono repugnante con que me lo dijo. Regresé sin verla. Fue mejor. Me hubiera deprimido hablar con ella. O tal vez no. Su libro es francamente bueno. Good oíd Peace encontró en la vejez una sabiduría que ni en sueños hubiésemos podido sospecharle entonces.

–Y el desencuentro te hizo agarrarle tirria a Londres; lo comprendo muy bien. A mí, por ejemplo, Cuernavaca…

Le respondió que no entendía nada, que se había tratado de otra cosa, de la edad, para decirlo rápido. Sólo la sensación de vejez lo había expulsado. No era grato volver a los lugares amados en la juventud, eso lo sabían hasta los perros. Por eso no permitía dejarse llevar a México; le habían hecho, especificó, ofertas realmente buenas, pero no las había aceptado.

– Provence that you praised so well will nevcr be the same
Provence to us
now you are gone…

declamó con patética comicidad. En Londres había descubierto que al volver a un sitio uno se convertía en un cachivache, en basura urbana. A eso lo había reducido la confrontación con la muchacha exhibicionista que pululaba en todas partes. Y luego, sin transición, le preguntó:

– ¿Tienes idea si entre los drogadictos se desarrolla un exhibicionismo parecido al de cienos maniáticos sexuales? Rodríguez me habló de un matrimonio de pintores jóvenes que se inyectaban cada vez que tenían visitas –para esos momentos el local estaba a reventar. El estruendo era intolerable. En medio de los gritos y las carcajadas, el murmullo de ellos era una especie de tanteo, eso lo puede percibir apenas ahora, un intento de evadir o aproximarse a ciertos temas. Luego lo oyó murmurar–: No puede uno negar que es un tipo interesante.

– ¿Quién?

–Rodríguez. ¿Dices que has visto sus cosas?

– Sí, algunos cuadros. Es muy bueno – luego añadió, recordando el comentario de otro pintor –. Lo que a veces lo hunde es su necesidad de efectos.

– ¿Conoces esos cuadros que se llaman *El mundo de Peter Lorre?*

– Vi fotos en México. Era una exposición que se llamó historia o

vida de Peter Lorre, o algo así. La presentó en Inglaterra. ¿No es ya efectista hasta el título?

– ¿Qué te parecieron?

– Vi sólo reproducciones, te digo. Es difícil juzgar. Para algunos es lo mejor que ha pintado.

Le duele, le duele en esos momentos de un modo intolerable recordar la escena: el bar, la conversación, el humo también intolerable que los envolvía, el río de palabras que no desembocó en ninguna parte, y enterarse que lo que de importante ocurrió en su vida lo había tenido que descubrir esa tarde a través de una película japonesa. En medio del estruendo de un bar de Escudillers le contó la escena de la estación de Temple. Comenzó a decir que había llegado a despreciar a Rodríguez, que al principio se preguntó si serían celos, sí, no debía reírse, celos, ¡a esas alturas de la vida!, por su intimidad con Paz Naranjo, pero luego había descubierto que se trataba de algo mucho más sencillo. Todo se reducía a la incompatibilidad que sentía con esa clase de personas que le hacían sentir al interlocutor – ¡y como interlocutor Charlie debió haber conocido con cada vez mayor frecuencia ese tipo de reacciones!– que le está robando algo precioso, que la conversación le resulta en extremo agradable pero que está dilapidando minutos que le debe al trabajo. Luego le relató la víspera de su salida de Londres. Rodríguez lo había citado para despedirse en un restaurante no lejos del King's College a las diez y inedia. Pintaría durante la tarde; por la noche debía ver a alguien en la universidad, y por eso había elegido aquel rumbo para cenar. Dijo que hubiera sido mejor plantarlo. Durante la entrevista, y en las otras dos o tres veces que se vieron había hablado de la angustia que le producía la mecanización, la tortura de someterse a ciegas a las presiones circunstanciales. Pero, afirmó Carlos, todo eso le parecían sólo palabras, era un joven incapaz de concebir un mundo preadámico, para ello hubiera sido necesario, como en los cuplés, sentir algo, cualquier cosa, y para Rodríguez el sentimiento era coto vedado. A la postre sus logros se reducirían a un mero dominio técnico; su posibilidad de triunfo consistía en llegar a ser verdadera y radicalmente gélido. En fin, lo detestaba.

– Me bajé en la estación del Temple y presencié un espectáculo atroz. En ese momento me cayeron encima un montón de cosas, la vejez, odio, miedo, sobre todo estupor. Pero no tiene caso hablar de eso ahora. Cuando llegué al restaurante, apenas podía hablar. Le conté lo que acababa de ver. Se me quedó mirando sin expresión. Quizás lo único que le sorprendía era que alguien pudiera todavía sorprenderse ante esas cosas. No era siquiera lidiar con el abuelito Victoriano, ¿comprendes? sino con el tío recién desempacado de Cuajimalpa. Tuve que decir, casi disculpándome, que no tenía opinión formada

sobre el fenómeno, que lo que ocurría era que aquel caso individual me había impresionado, que era difícil no conmoverse ante la desesperación de aquel muchacho. Sólo me respondió algo como: "¿Así que a eso han llegado? Debería usted ver las colas alrededor de la farmacia de Picadilly a eso de las doce de la noche." Me habló del matrimonio de pintores que acostumbraba inyectarse frente a sus visitas y, sin más, con la misma ausencia de pasión me describió una exposición de cinéticos vista en la Tate.

En la película, la escena era magistral. Hayashi planteaba todo lo que de ambiguo había en aquel retorno y en su consecuente fuga. No se trata de que el mundo organizado rechace a Carlos, sino a la inversa, él se exilia por su propia voluntad, aunque, por supuesto, tampoco eso era del todo claro. Carlos rechaza el mundo, sí, pero cuando ya ha sido colocado en un sitio ínfimo dentro de la escala humana. Su única opción, de no marcharse, es convertirse en elemento de desecho. El reencuentro con Tokio, la ciudad donde transcurrió su juventud, la escena de la estación del metro, lo arrojarían al pueblo de pescadores en busca de una forma de vida inencontrable. ¿Podía decirse, acaso, que lo visto en ese andén del metro es lo que lo ha decidido? ¿No se trata, por el contrario, de otro de sus muchos subterfugios?

La última jornada en Tokio transcurre bañada por una luz espectral. Llovizna. El protagonista, vencido por la fatiga, trata de resucitar lugares que su juventud cargó, y hasta inflamó, de sentido. En una casa de té pregunta por un viejo camarero: ha muerto; por amigos que acostumbraban frecuentar el local y beber y charlar y discrepar hasta la madrugada: hace años que dejaron de asistir. La poetisa Akedo se suicidó con cianuro. Obtiene la dirección de Kurakawa, amigo de los tiempos universitarios, y va a visitarlo. Era la gran promesa de su generación, un poeta brillante, anarquista, lúcido y generoso. Lo encuentra oscuramente envejecido; hace años que dejó de escribir, trabaja en una agencia de seguros; por las noches, en el hogar, lleva la contabilidad de algunas empresas. Le presenta a su mujer y a sus hijos; la reunión no puede ser más abrumadora; nadie sabe qué decir; pregunta al fin por otros amigos, Kurakawa ya no los trata. Le habla con amargura y desprecio de sus desvarios juveniles. El mundo, grazna admoniloriamente, es algo más serio de lo que entonces pensaban. Sale de ahí malhumorado. Deambula por jardines espectrales y perfectos que nada le dicen. Por la noche verá a un sobrino de la mujer con quien viajó a Macao hace muchos años, un joven pintor cuyas obras ha visto en el extranjero. Está citado en un restaurante occidental. La luz se ha vuelto del color de la ceniza. La lluvia ha menguado. No sabe cómo matar el tiempo. Atraído por un letrero luminoso entra en un local de jóvenes. Unos adolescentes

escuchan cerca de la puerta una cinta magnética. El local es amplio, rectangular y sórdido; los muros de ladrillo están cubiertos de ejemplos infames de pintura pretendidamente sicodélica. Los rostros transparentan un tedio funeral. Llevan el pelo largo; visten ropajes multicolores, chaquetas afganas, pantalones de cuero. Se sientan en cajones de madera, en bancas destartaladas, en el suelo. Hay chicas con minifaldas, con largas túnicas tradicionales, con faldones Victorianos. En un rincón se percibe cierta vivacidad. Un nutrido coro rodea a un muchacho malayo (pie extrae sonidos perturbadores de un instrumento de cuerdas. El músico se concentra con intensidad maniática en la melodía que laboriosamente rasguea. Las caras de quienes le rodean son tan poco entusiastas como las del resto de sus compañeros dispersos en el local. Descubre, con asco, que las dos únicas mujeres que bailan en torno al joven emiten provocativos maullidos, agitan los brazos, tratan de incitar a los demás a imitarlas. Bajo unos rostros cubiertos de afeites es fácil descubrir la desesperación, el miedo, de que esa ola que por un instante las ha vuelto a lanzar a la circulación pase y deban quitarse la colorida ropa que las cubre, resignarse, agazapadas en departamentos convencionalmente bohemios, a las sórdidas veladas de la gente madura, al erotismo alcoholizado y lúgubre de los adultos. Sale del local muy fastidiado. Es evidente que aquél ya no es su mundo. Su fatiga es más trágica, se dice, que la de esos muchachitos, por ser radicalmente individual. Se mete al metro. Los andenes de la estación son inmensos, están mal iluminados y, a esa hora, casi vacíos. Ha viajado en el último vagón. Advierte que las tres o cuatro personas que lo anteceden desvían la mirada de una banca alineada a la pared, un matrimonio murmura algo y la mujer vuelve la cara con un rápido gesto hacia los rieles, como si tuviera por fuerza que ignorar lo que ocurre. Un estudiante vestido de negro se agita en la banca con movimientos convulsivos, como si se estuviera masturbando. Se acerca; pasa a una distancia no mayor de un metro de la banca. En ese instante descubre que el muchacho intenta, con muchas dificultades, introducirse una hipodérmica en el brazo. Sigue caminando rumbo a la salida; está tan impresionado que teme sufrir un mareo y rodar por la escalera eléctrica. Decide esperar, tranquilizarse. Se acerca otro tren. El joven prosigue su operación. La salida de los demás pasajeros parece no importarle. No lejos del protagonista, tres o cuatro personas observan concentradamente, pero a la vez con fingida indiferencia, la escena. Camina alucinado hacia la banca donde el solitario se busca las venas. Lleva tal vez zapatos de goma, porque el muchacho sólo advierte su presencia cuando está frente a él. Le grita un insulto. El protagonista retrocede. Ha sentido un miedo bárbaro ante aquellos ojos rabiosos, ante la sanguinolenta jeringa de plástico, reme que el

joven arremeta contra él, que le clave la aguja, que lo arroje a las vías. Regresa al pie de la escalera. Las otras personas siguen contemplando el espectáculo. Un anciano se encoge de hombros cuando lo ve volver.

– Sólo quería decirle que le podía ayudar a ir al baño, a cualquier lugar menos expuesto – murmuró, pero el anciano. simuló no oírlo.

Sigue viendo la espalda, la nuca, la cabeza inclinada, los espasmos. Al fin, el adolescente se levanta, se busca algo en la pierna. El espectador no llega a saber, por lo menos no él, si se está pinchando a través del pantalón o si sólo se rasca. Pasa un nuevo tren. Al abrirse las puertas, el joven se arroja al interior del vagón. Se mueve como si las extremidades se le hubieran desarticulado. Salta por el andén como si el esqueleto estuviera a punto de salírsele del cuerpo.

Minutos después sale a la calle. Llega al lugar donde le ha dado cita el pintor, pero pasa de largo, necesita caminar, airearse un poco. Prosigue su deambuleo por calles desiertas, y un poco después vuelve sobre sus pasos y entra en el restaurante. En la secuencia siguiente toman café y licores. Por lo visto el protagonista no ha dejado de rumiar lo ocurrido.

El pintor se conforma con decirle:

– ¿Conque a eso han llegado? No me extraña. Debería ver las colas que forman a inedia noche en una farmacia a la vuelta de mi casa. Allí les permiten recoger su ración siempre y cuando se hayan registrado en un hospital de toxicómanos.

– ¡Pero es terrible!

– Perdone el lugar común, pero me puede decir qué cosa no es terrible hoy día.

Se despiden. El pintor acompaña al otro en su automóvil al pobre hotel donde se hospeda. Le dice en un tono que trata de ser casual que su tía ha decidido no verlo, no se siente bien de los nervios, tal vez la excitaría demasiado el encuentro. Lo que ella necesita, afirma, es una temporada en la montaña o el mar; de paso le recomienda unos pueblos casi solitarios, ideales para el descanso o la creación. El mismo piensa construirse en uno de ellos un estudio donde poder refugiarse buena parte del año. Anota en su libreta todos los datos. Comenta que está harto de vivir en grandes ciudades; lo único que quiere es encontrar un lugar tranquilo donde pueda darle fin a su novela.

Nada de eso le había contado. ¿O se lo había dicho aquella noche y no puede recordarlo? Está seguro que no. Estuvieron hasta el amanecer en aquel bar. Hablaron con mucha gente. Al final, en un estrecho corredor frente a la barra, mientras él pagaba, unas mujeres viejas que durante la noche habían permanecido desparramadas en la taberna se les aproximaron y rodearon a Carlos. Vio que una le besaba la mano y que él la retiraba con horror, que otras le hablaban, le

hacían guiños y muecas, manoteaban y sonreían astutamente. Decidió esperarlo afuera; le dijo en inglés que cortara a todas aquellas brujas y, entonces, inexplicablemente lo perdió de vista. Su desaparición se produjo en cuestión de segundos. El se había alejado sólo unos cuantos metros para comprar cigarrillos en un puesto, cuando volvió ya no estaba. Los demonios no quisieron responder a sus preguntas. Regresó en un taxi a Masnou. Elena estaba furiosa. Apenas tuvo tiempo de preparar la maleta. Cuando salieron al aeropuerto, Carlos aún no había vuelto.

Comenzó a recordar la conversación en el bar sólo unos cuantos días después, en el avión que lo condujo de París a México. Recordó entre brumas cabos sueltos, trozos del diálogo sin principio ni fin, frases absurdas. Aun ahora se acuerda, por ejemplo, de un fornido francés que decía que no le gustaba el vino, que cuatro años atrás, cuando era estudiante en la naval, había hecho un viaje de prácticas, que había pasado una tormenta pavorosa y que durante toda la travesía, o quizás sólo durante el temporal, no había hecho sino beber vino, día y noche, y después había quedado sin poder ni olerlo, por eso prefería el coñac. Recuerda que Carlos les explicaba a unos tipos su convicción en la unidad de la especie humana, diciendo que la prueba definitiva la ofrecía la traductibilidad de las lenguas, la posibilidad de equivalencia entre todas ellas. Se acuerda de otro tipo, oliváceo, de mejillas chupadas, que le respondía con aire lúgubre:

– Es verdad, estamos muertos. ¿Qué es el tiempo? ¿Qué, la historia? ¡Nada! Debemos vivir por nuestra civilización. ¿Mujeres? ¿Buen tiempo? Eso no es nada, debemos vivir…

Y que de pronto Carlos se volvió hacia él y le dijo:

– Si pudiera saber qué pasa en el interior de esta gente, qué sienten, cómo conciben el universo; no a lo que aspiran, eso es fácil de imaginar: dinero, comodidades, puestos fáciles y buenas hembras; lo que en verdad me importa saber es cómo se organizan en su mente los datos visibles del mundo, qué se sedimenta en ella, qué se mueve y hacia dónde. Si lo supiera habría logrado entender el sentido de la existencia.

Y él con bastante incongruencia lo había interrumpido:

– ¡Ni siquiera sabes extraerle tañidos a una flauta y pretendes saber lo que es el hombre!

– ¡Idiota, en la ignorancia de una cita, abstente!

Veinticuatro

No hubo durante esas visitas, las que podía llamar del primer periodo, una sola donde la niña no estuviera presente. Minúscula, fea, desamparada, patética, teatral, había logrado intuir todas las necesidades emocionales de la enferma. Cuando ésta leía, la niña se tendía en un tapete de piel frente al radiador a colorear cuadernos de dibujo o a hacer planas caligráficas, atenta al momento en que la anciana diera la menor muestra de fatiga o de hastío, para al siguiente trepar a la cama a conversar con ella. Le conmovía oírlas canturrear viejas canciones con sus voces desentonadas. Su tía quería saber cómo se había portado en la escuela, la auxiliaba en las tareas, la reprendía, le contaba historias truculentas en que ambas aparecían como protagonistas de aventuras prodigiosas, le comunicaba proyectos de viajes fantásticos que emprendían tan pronto como se repusiera.

Según se enteró por su tía, por Flor, a través de los secos comentarios del médico, al principio la anciana apenas podía tolerar la presencia de Juanita. La niña entraba muy rara vez a su habitación. Sólo cuando ayudaba a Flor a servir la comida. Llevaba los platos, vasos y demás utensilios, pero se detenía en el umbral de la puerta, desde donde se los entregaba a su madre. La anciana le hablaba con dureza, la repelía. Más tarde, la niña, sin darse cuenta, fue venciendo el temor que le inspiraba la enferma. En el invierno comenzó a hacer en silencio sus tareas cerca del radiador, por ser aquella la habitación mejor caldeada de la casa. Durante meses habían sólo coexistido, detenidas por una radical desconfianza. La anciana la reprendía con el menor pretexto, quizás como medio de aproximación, como forma de romper el hielo. La niña, acostumbrada a la brusquedad de Flor, resistía pasivamente las embestidas. Cualquier oportunidad era propicia para humillarla. La anciana comentaba frente a ella sus deficiencias, el mal estado de sus dientes, su desaseo, pereza y mal aliento. Una noche, cuando el médico subió a inyectar a su madre, la encontró con unas copas de más jugando con la niña y enseñándole a cantar trozos de antiguas melodías. A partir de esa ocasión, rotas las reservas, la anciana se rindió al afecto y a la asistencia de Juanita. Le mandó comprar ropa adecuada, hizo que le extrajeran los dientes cariados. La tenía a su lado desde que salía de la escuela hasta la hora

de dormir.

– De verdad la quiero; tal vez sólo ella me mantiene en vida. La lectura, los discos, todo eso no son sino formas de entretenimiento trivial; a mi edad leer es pura chifladura, matazón de tiempo. Me hice subir aquí los libros que me interesaban, los que no había leído, los que quería releer. Me imaginaba que tendría tiempo y disposición hasta para llegarle a *La montaña mágica,* a *La guerra y la paz,* a *La comedia humana.* ¡Imagínate! Fue otra de tantas figuraciones con que la enfermedad me nubló el entendimiento. A los pocos días advertí que ese esfuerzo lo único que lograba era malhumorarme. Sí, de vez en cuando leo algo de Balzac, vuelvo a Dickens; la verdad es que me paso las mañanas enteras leyendo novelas policiales, son las únicas que tolero; me entretengo con eso y jugando solitarios hasta que llega la hora en que sale la niña del colegio.

– Es una compañera –comentó para halagarla.

– Ya lo creo. No sé si te habrás fijado –dijo complacida– pero me prefiere a su madre. Le asiste toda la razón. Flor es sórdida, sensual a morir, no piensa sino en la carne. Cuando supe, después de tantos años de trabajar aquí con nosotros, que estaba embarazada me quedé atónita. ¡Flor en estado! ¡Con sólo verle la cara puede uno imaginarse la clase de tipos a los que atraerá! ¡A saber qué horrores no habrá visto la pobre criatura en el cuarto donde antes vivían! Por eso insistí en que se mudaran a esta casa. Nunca he logrado que Juanita me cuente nada. He buscado formas indirectas para saber hasta dónde está enterada de las diabluras de su madre y si quedó lastimada. Pero ésa es su zona tabú. Al menos he conseguido hacer de la niña triste y tímida que era el encanto que es ahora. Sí, no necesitan decírmelo, sé que le faltan juegos infantiles, pero el trato con los niños de su edad lo tiene en la escuela. En las tardes de todos modos, ya ves cómo llueve aquí, no podría ir a ninguna parte. No pueden acusarme de sacrificar su niñez, he logrado hacerle perder los miedos que la tenían tan maltrecha. Cuando Flor la trajo llegué a pensar que era débil mental. Y era sólo un caso de timidez. Sé que el día menos pensado puedo morirme, pero la dejaré bien provista, para que más tarde, cuando tenga la edad necesaria, si quiere hacerlo, pueda seguir una carrera. A Flor también le dejo algo. Hice testamento en forma muy cuidadosa, pues no confio en la generosidad de tu tío. ¡Capaz de que si no arreglo bien las cosas el sepulcro blanqueado las pone en la calle la noche misma en que me estén velando!

La repartición de bienes se había realizado en vida de la anciana, tan pronto como su tía logró recuperarse de la segunda intoxicación. Se había salvado por puro milagro, pero ya no quiso volver a la casa. A él le donó una casa en Veracruz, a Flor un terreno, a la niña muy poca cosa, y se internó en una clínica de la capital, donde se negó a

recibir a cualquier familiar, incluso a él.

Veinticinco

Podía haberse imaginado todo, menos aquel flujo de verborrea incontenible. Comenzaba a desarrollar una idea y a los pocos minutos parecía perder el hilo. Aquella historia sobre Dragan Le Pare y Zoran Paolozzi ¿no había surgido como un intento por demostrar una tesis y acabado por afirmar la contraria? Al hacer su aparición el perro de aguas, con su aire deportivo y su sonrisa triunfal, Carlos pareció olvidarse del monólogo emprendido. Fue una tregua necesaria. Cuando trató de hablar del viaje, le respondió sólo con vaguedades; habló de ciertas islas, del antigua hotel de Dubrovnik; dijo que por la mañana reservaría las habitaciones. Charlaba con el joven en un francés mucho más deteriorado del que le recordaba. Hubo un momento en que, repudiado, decidió concentrar su atención en la mesa de al lado. Un grupo de emigrantes volvían a reunirse con sus familiares servios; los más jóvenes hablaban sólo inglés. Se enteró de que llegaban del Canadá, que volvían por primera vez, después de muchos años, al país. Comenzó a sentir los efectos del vino. Hubo un momento en que estuvo tentado de agacharse y mirar por debajo de la mesa los zapatos de Carlos. No lo hizo, pero sintió una oleada de júbilo rencoroso al recordar aquellos zapatones sucios con gruesas suelas de goma.

Los emigrantes invitaron a la vieja cantante, al final de una tanda, a sentarse en su mesa. Le sirvieron un whisky, hicieron comentarios elogiosos que la mujer aceptó con fingida modestia y luego, sin transición, se olvidaron de ella. Escuchaban a un individuo de cara ancha y ruda que contaba una larga historia, dando de vez en cuando golpes en la mesa. La diva, con la sonrisa congelada, en el vacío, sorbía lentamente por una comisura de la boca su whisky. Le sonrió, pero ella no respondió a su manifestación de solidaridad. Parecía, igual que él, estar muy ebria; igual que él se sentía vejada.

– Dragan es de verdad inteligente –la voz de Carlos lo devolvió de pronto a su mesa. El muchacho había desaparecido–. Ha publicado unos ensayos que crearon aquí mucho revuelo.

– Al menos podía haberse despedido –contestó con sequedad.

–Ahora vuelve.

– ¿Acá?

– Por supuesto. Debemos pedir otra botella; andas como muy bajo de ánimo.

Iba a decirle que le interesaba concretar el viaje. No era ya un adolescente para tomar un avión sin saber siquiera adónde iría, qué vería, cuándo regresaría. Carlos se lo impidió. Continuó su monólogo voluble y distraídamente. Era exasperante. Si se pensaba bien, Morales podía ser más entretenido, ¡lo que ya era decir! ¿No comprendía que también él sabía hablar? No había vivido en vano. Pero cada vez que abría la boca, Carlos le quitaba la palabra para hacer un comentario banal. Lo saludaron desde otra mesa, y él se levantó. Estaba a punto de marcharse cuando reapareció el muchacho. Fue difícil reconocerlo en el primer momento. Llegó a pensar que el alcohol no le permitía ajustar la visión. Había sustituido la playera a rayas, la vieja chaqueta de cuero y los tenis por un smoking y un par de zapatos negros. La larga cabellera cobriza le bailaba sobre las solapas. Pensó que en el caso de volver a filmar algo le gustaría tenerlo como actor. Podía por lo menos constituir un elemento decorativo de primer orden. La intensidad de la sonrisa lograba vencer el efecto desastroso de una mala dentadura. El perro de aguas (nunca supo con precisión por qué le llamaba así, tal vez por la pelambre) pareció adivinar sus pensamientos.

– Me dijo Carlos que es usted director de cine –comentó. Movía demasiado los labios al hablar en francés, como si se esforzara por pronunciar correctamente.

– No, no es del todo cierto. Trabajo en el cine, en cuestiones más bien administrativas. Dirigí hace años una película.

– ¿Vino por asuntos profesionales?

– En parte. Al festival de Pola; llegué hoy apenas a Belgrado; saldremos mañana a la costa, pero volveremos dentro de unos días – luego añadió – : ¿Por qué se puso tan elegante?

Cuando Carlos volvió comenzó a hacerle reproches. Le dijo que siempre lo había caracterizado por su necesidad de mistificar y confundirlo todo, pero que a su edad eso ya no le hacía ninguna gracia. Descubrió que desde la llegada de Dragan había sentido ganas de zaherir a su amigo.

– Tal vez por eso te ha ido tan mal en la vida –concluyó.

Carlos lo miró sorprendido. No comprendía. Fue más explícito. Se refirió al engaño sobre la personalidad del muchacho. ¿A qué conducía aquello? ¿A quién beneficiaba que presentara a un mesero como a un brillante filósofo?

– No voy a discutir contigo eso ahora. ¿Crees que me avergüenza ser amigo de un mesero? ¿Y presentártelo? O los años te han jodido, hermano, o el circulito de pacotilla en que debes moverte te contagió su arribismo. ¿Te abochorna que te vean sentado al lado de un mesero

del local?

El enfado de Carlos lo tranquilizó. Quizás también la sonrisa de Dragan, quien, frente a él, parecía no explicarse la repentina furia que acometió de golpe a los mexicanos. Respondió que le importaba un bledo la profesión de su amigo, lo que le parecía estúpido era tener que atribuirle otras actividades. Parecía que fuera él quien se avergonzara de tener un amigo mesero y presentarlo como tal. Se volvió hacia el muchacho y le preguntó qué estudiaba.

– Filosofía, ¿por qué? –había advertido que su presencia en la mesa se relacionaba de algún modo con la discusión. Le preguntó con la misma sonrisa, pero con una mirada dura, si le molestaba que estuviera con ellos. Había sido una estupidez haberse puesto a discutir. Carlos se había convertido en un cretino; nada de lo que le habían dicho al respecto era exagerado. Su sola presencia era un fastidio. Llenó las copas, y al pasarle una al joven le dijo:

– No creía que estudiaras filosofía, no tienes cara de filósofo – le dijo, tuteándolo.

– ¿Cómo es la cara de un filósofo? –el muchacho se rió –. ¿Tienen los filósofos mexicanos una cara distinta a la de los balcánicos?

Carlos no atendía el diálogo; escuchaba los violines con expresión de dignidad ofendida. A él, en cambio, la cordialidad agresiva del joven le hizo recobrar la seguridad.

– No – mintió con desenvoltura – sólo que al verte vestido así me imaginé que eras actor y que tendrías algo que ver con el espectáculo del local. Tienes aire de actor escandinavo.

– Me parezco a Kierkegaard, ¿no es cierto? Todos me lo dicen en la Facultad.

– Claro, y parecerse a Kierkegaard significa parecerse a un actor de Bergman. Con esa ropa y esos pelos me imaginaba que de un instante a otro saltarías al escenario para decir un monólogo trágico.

Carlos no disimulaba el fastidio que le producía la conversación. En cieno momento comentó algo en serbio con el propósito de marginarlo y entonces, mientras los otros dos conversaban pudo contemplar con mayor detenimiento el rostro del joven. Su palidez, la vena palpitante en la sien derecha, la piel tensa, los huesos, le recordaron de pronto el rostro angustiado de Paz Naranjo. Al verlo concentrar la atención, fruncir el entrecejo para tratar de entender las imbecilidades que sin duda debía estarle diciendo Carlos, no pudo contenerse e interrumpió la conversación. Le dijo que podría interpretar una nueva versión de *Gösta Berling*.

– ¿Qué es eso?

– Una de las primeras películas de Greta Garbo.

– ¿Me parezco a la Garbo?

– No –dijo titubeante –, te pareces al protagonista. Era un pastor

ebrio y atormentado, con toda seguridad un swedenborgiano. Recuerdo muy mal la película y nunca leí la obra; de Cualquier manera tienes un aire lóbrego de sacerdote culpable.

La verdad es que le recordaba a la Garbo y no a la de *Costa Berling,* sino a la Garbo travestie de *La reina Cristina.* Imposible decírselo. Y en aquel momento, Carlos citó la escena de Stendhal y el joven oficial ruso y el comentario de Thomas Mann, y fue como si le arrojaran agua helada en el rostro. A partir de ese momento, al menos por un buen rato, todo se le vuelve confuso. Recuerda con certeza que en una ocasión fue al baño y se empapó la cara, que regresó un poco más sobrio y que de nuevo quiso interrumpir la conversación, pero que los otros no lo permitieron. Habían vuelto al francés. Con toda seguridad Carlos no manejaba el serbio tan bien como decía. Veía cómo las mangas del smoking se cubrían a la altura de los bíceps de ligeros pliegues. Le oía decir al joven que la metafísica de Kant le resultaba en los últimos tiempos más interesante que la de Hegel. También que en el último periodo de Schelling se hallaba la raíz de un auténtico existencialismo. Carlos emitía una estupidez tras otra. Insistía en hablar de Broch, sin saber bien lo que decía. Le enfureció que no advirtieran su cólera, su voluntaria marginación, que prescindieran de él con tanta facilidad. De pronto Dragan se volvió hacia él. Lo que su sonrisa tuvo de sinuoso, de ambiguo y a la vez. de profundamente masculino, le produjo repulsión.

– Carlos –comentó el joven – trata siempre de hacerme leer las novelas que le interesan con el señuelo de que en ellas voy a encontrar la verdadera esencia de la filosofía existencial.

– Carlos se ha acostumbrado – respondió con sorna– a creer que puede hacerle tragar a los demás todo lo que le viene en gana.

Un mesero se acercó al joven y le dijo algo.

– Comienza mi turno –se levantó –. Hasta mañana. A las tres estaré sin falla en el aeropuerto.

Le tendió la mano y se marchó.

– Se ofrece a acompañarnos –dijo Carlos antes de que él pudiera hacer ningún comentario –. Si vamos a las islas lo mejor sería hacerlo con alguien que las conozca bien.

– Podías habérmelo avisado.

– ¿Qué estoy haciendo? Apenas ahora lo he logrado convencer.

–Tengo poco dinero.

– ¡Momento…! ¿A qué viene lo del dinero? ¿He viajado alguna vez a tus expensas?

Salieron casi inmediatamente. Carlos lo dejó en un taxi; quedó de pasar a recogerlo en el hotel a la mañana siguiente.

Se levantó de un humor más negro que el de la víspera. Le parecía absurdo haber hecho aquel viaje a Belgrado; encontrarse con una

persona que ya no existía, con un fantasmón ridículo. Le dolía la cabeza. Las mezclas ingeridas la noche anterior le habían sentado fatalmente; sentía que las piernas le bailaban. En el restaurante del hotel lo esperaba su amigo. Lo encolerizó hasta lo indecible verlo sonreír, descansado, rozagante, como si hubiera dormido doce horas seguidas. Apenas si hablaron esa mañana. Fueron juntos a la oficina de la empresa cinematográfica. Luego se dirigió a la embajada mientras Carlos compraba el tercer billete, hacía las reservaciones en el hotel e iba por su maleta. Recuerda que en el aeropuerto caminaba de un mostrador a otro, discutía con los empleados, llamaba por teléfono. El día era magnífico. Carlos insistía en que en Dubrovnik sería aún mejor. Propuso tomar una cerveza para bajarse la cruda. Estaba impaciente, sorprendido seguramente por no haber encontrado a su amigo ya allí. Alguien le dijo que el avión no saldría sino después de que llegara otro autobús de la empresa que por alguna razón se había retrasado. Eso lo tranquilizó.

–Tal vez tu amigo pensó que sería imposible conseguir billetes y por eso no vino.

– No, me habría avisado. Con toda seguridad va a llegar en el autobús de la compañía.

Llegó el autobús. Entró por la puerta central un grupo de pasajeros. Carlos se levantó y salió a su encuentro. El perro de aguas no apareció.

–No le vi ninguna gana de hacer este viaje –insistió.

Charlie no respondió de momento. Se volvió hacia él. Luego le dijo con aire apesadumbrado que había estado pensando en la conversación de la noche anterior. Tenía razón. Belgrado era un lugar impenetrable; no comunicaba con nada. No recordaba haber afirmado nada parecido. Cuando iba a protestar anunciaron por el magnavoz la salida del avión. ¡Qué grotescos fueron los últimos minutos! Lo vuelve a ver en el vehículo que los conducía al avión darse un golpe en la frente. Un recurso barato, tonto. De repente recordó que debe ir esa tarde a la universidad. Se trataba nada menos que de un examen profesional; sin su presencia se suspendería y eso podría acarrear un sinfín de dificultades. Las consecuencias personales no le importaban pero sí el daño que le causaría a la alumna; una chica magnífica. ¡Había hecho la tesis con tantos esfuerzos!

– Okey. No necesitas dar explicaciones –silbó con los dientes casi trabados. Quería evitar a toda costa el desbarrancamiento en el circo. Si lo dejaba continuar sería capaz de afirmar… No, ¡que se fuera de una buena vez al carajo!

– ¡Cómo pudo habérseme olvidado algo así! –repetía Carlos desesperado. Luego añadió –: Si esta noche sales del hotel entre las diez y las once déjame una nota diciendo dónde te puedo localizar.

Tomaré el avión de las nueve.

No llegó esa noche, ni al día siguiente. Tampoco telefoneó. Decidió no preocuparse. Tenía la seguridad de que no volverían a verse. Se quedó sólo dos o tres días en Dubrovnik; luego voló a Roma, regresó a México donde encontró una carta con excusas muy tontas. Meses después le llegó la otra ya de Kotor. Había abandonado la universidad. Quería escribir. Si en aquel paraíso medieval no lo hacía ya no lo haría nunca; luego, la última, muy triste. Había llegado el invierno, no tenía amigos, sólo un viejo poeta, en busca como él de una inencontrahle Arcadia. No contestó a ninguna de esas cartas.

Veintiséis

¿Habría sido sólo la muerte del perro lo que de golpe destruyó el equilibrio obtenido en aquella convivencia? Durante algunos días la anciana había permanecido casi muda, lo recibía con desgana, a veces le mandaba decir que pasara al día siguiente, no podía recibirlo, no se sentía bien, no tenía ánimos para hablar, le habían vuelto los dolores, su cansancio era mortal. Cuando lo hacía pasar, apenas hablaba, se mantenía tercamente silenciosa, perdida. Se dejaba inyectar por el médico sin protestar. Sabía que Tirso, el perro de Gloria, bahía enfermado; ya era muy viejo, no quería comer. Su hijo opinaba que estaba por morir. Una noche la anciana se levantó, comenzó a hurgar entre los cajones superiores de un armario hasta que encontró un frasco; sacó de él dos pastillas, las envolvió en un pedazo de papel y le pidió a Flor que las moliera y mezclara con un trozo de carne picada. No podía tolerar que el animal sufriera. Le pidió que tuviera cuidado, que tirara después el traste donde había puesto la carne; se trataba de un veneno muy activo. Era el mismo con que habían matado a Persa, la yegua.

Cuando le comunicaron la muerte del perro su desolación fue aún mayor.

– Aunque no lo viera, oír sus ladridos de cuando en cuando, me mantenía próxima al pasado, al recuerdo de las chicas. Se lo regalé a Gloria el día que hizo su primera comunión. Me lo vendió una profesora americana que estaba por irse del país. No se trataba de un cachorro sino de un perro ya hecho y derecho. Imagínate lo viejo que ahora serta. A la muerte de las muchachas se puso como loco, igual que cuando se marchó su otra dueña; le costó adaptarse a nosotros, pero las chicas lo domaron. Me parecía oírlo gemir anoche bajo mi ventana; de golpe volvía a vivir muchas cosas, los paseos a Veracruz, las comidas en el rancho de los Arauz, mi agilidad de otros tiempos, mi jardín… Lo terrible de la muerte de alguien, aunque se trate sólo de un perro, es hacernos evidente que en nosotros mil cosas estaban ya muertas, que nadie logrará resucitar.

Comenzó a sollozar.

Él se levantó y puso en el gramófono un disco, intentó contarle anécdotas divertidas sobre las excentricidades de Paz, cosa que

siempre la divertía, pero esa vez no obtuvo ningún resultado. Nada lograba disolver la melancolía de la enferma. Al día siguiente salió a México. Estuvo fuera algo más de dos semanas. En México fue a fiestas que le hicieron olvidar el lúgubre ambiente en que había estado viviendo; volvió a reunirse con muchos conocidos. Le parecía que sus contemporáneos y los aún más jóvenes pintaban de una manera extraordinaria, que tenían un talento especial para la luz, para el rigor o la libertad, según fuera el caso, para experimentar con formas nuevas, frente a las cuales la temática en que se había sumergido le resultó de golpe triste, relamida y anecdótica y, sobre todo, violentamente anacrónica. Pasó los dos últimos días en el pequeño jardín de su hotel, probando sobre un lienzo unos nuevos tubos de pintura. Descubrió que debía apoyarse en el color más que en cualquier otro recurso en la serie en que trabajaba; podía obtener con él, sin necesidad de ningún otro sostén, los efectos de lejanía y proximidad que le interesaban, lograr con el color la relatividad necesaria, no establecer ninguna diferencia en los cuadros que no fueran las cromáticas, repetir exactamente el mismo modelo con tonalidades diferentes; una determinada vibración del amarillo podía hacer retroceder al verde más intenso; tal color pizarra era susceptible de convertirse en una llamarada ante ciertos tonos del negro. Un color se adelanta o retrocede gracias a su vecino. Sintió nacer un amor tiernísimo por los colores. No pudo continuar en México. Regresó de pronto a su estudio, urgido por la necesidad de copiar el cuadro en que trabajaba en tres telas distintas y destruir los otros bocetos sobre la anciana y la niña.

Cuando llegó a Xalapa, su madre lo sorprendió con la noticia. La anciana estaba muy grave; la habían encontrado días atrás casi muerta. Todo hacía pensar que se trataba de un intento de suicidio. Su hijo había puesto en práctica todos los recursos posibles para salvarle la vida, y lo estaba consiguiendo.

– Si se muere –opinó su madre– seguramente no va a condenarse; ya no está en total uso de sus facultades, su estado mental la absuelve del pecado.

Al parecer, había ingerido el mismo veneno con el que mandó matar a Tirso, y años atrás a Persa.

Cuando unas semanas después pudo volver a visitarla, ella negaba con acaloramiento la versión del suicidio. La oyó repetir una y otra vez los mismos argumentos. Que no fueran a creer sus familiares, sus amigos de otros tiempos, sobre todo su hijo, que no sabía hacerle frente a la vida. ¿Quién sino ella era la fuerte en esa casa? Por primera vez Juanita había cometido un error con las medicinas; la culpa, debía reconocerlo, era toda suya. Por un descuido injustificable había puesto el frasco del veneno junto a los otros medicamentos. De estupidez, de

inconsciencia, de lo que se les antojara, podían acusarla, y de buen grado se reconocería culpable, pero no de cobardía. Por supuesto el acto no volvería a repetirse. Su hijo se había llevado el frasco al consultorio. La niña, asustada pero firme seguía negando su error. Afirmaba que el frasco que se había llevado el doctor no estaba con las otras medicinas cuando le dio las pastillas de siempre.

– ¿Para qué discutir, Juanita? La culpa fue mía por no guardar en su lugar el frasco; por favor no discutamos que eso sí me enoja.

La vida no volvió a normalizarse. En aquellos días su tía insistía en que fuera a visitarla. Prolongaba las conversaciones, no quería permanecer sola. Juanita ya casi nunca iba a la recámara. Se enteró de que ya no comían juntas. Un día le pidió que le preguntara a Flor (ella, dijo, no quería intervenir en asuntos de criadas) por qué había dejado de poner en la mesa el cubierto de la niña, y aquélla le respondió que la criatura se había impresionado mucho después de lo ocurrido con las medicinas y que por eso, por vergüenza, ya no quería comer con la señora. A lo mejor con el tiempo se le pasaba, a lo mejor, pero por el momento no quería forzarla. La anciana no insistió.

Las pocas veces que la niña iba al cuarto se dedicaba a colorear sus cuadernos o a construir casas con cubos de madera. La intimidad entre ellas estaba perdida. Las canciones, los cuentos, la risa, los proyectos de viaje eran ya el pasado. Apenas se hablaban; de vez en cuando las descubría observándose; furtivamente y con aflicción, la anciana; furtivamente también y con odio, la niña. Se estudiaban, se escudriñaban con cuidado cada vez que la otra se encontraba absorta en alguna ocupación, procurando que nunca coincidieran las miradas. Era una situación muy triste. Lo más extraño fue la aproximación que empezó a producirse entre Juanita, Flor y el médico. El viento soplaba en una nueva dirección. Las alianzas habían cambiado. A veces, después de la inyección, la niña consultaba al médico sobre el color que debía aplicar a algún dibujo. Era la peor vejación que le podía hacer a la enferma. El médico permitía que la niña se acercara a su sillón, le acariciaba, distraídamente, la cabeza:

– Píntalos de negro o de café. Los zapatos son siempre negros o cafés, Juanita.

– ¡Vaya imaginación! Tienes a tu lado a un pintor que te podría aconsejar mejor, ¿no crees? Yo de colores no sé nada, por eso no me imagino cuáles puedan convenirle a los zapatos de un ratón. Pero si de algo estoy segura es de que los ratones tienen zapatos de colores distintos a los de la gente. En contra de quienes consideran que el mundo entero debería configurarse a su triste imagen y semejanza, yo a un ratón le pintaría los zapatos de rojo, de azul, de amarillo, en fin, de cualquier color que no fuera el negro o el café.

– ¿Cuál es el café? – le preguntó en ese momento Juanita a don

Eduardo, mostrándole los lápices, sin hacer caso de la perorata de la enferma. Luego se tendió sobre la piel y comenzó a pintar los zapatos del ratón.

La frialdad de Juanita y la repentina timidez de su tía le revelaron de pronto la verdad. Era inconcebible que su tío, por obtuso que fuera, no hubiera advertido lo que había ocurrido, lo que a él comenzó a parecerle tan claro que no permitía confundirse. Tal vez lo sabía y no creía conveniente revelarlo, aunque, por lo visto, había tomado las precauciones necesarias. No sabía si debía hablar o no con el doctor. Temía que la melancolía en que reptaba la anciana la precipitara de nuevo al vacío. Lo indicado sería que una enfermera la vigilara día y noche. Tal vez debiera hablar con ella, decirle que lo sabía todo, tratar de forzar una reconciliación con la niña, procurar que la anciana le diera una explicación, que inventara excusas, hacerle entender que lanzar sobre Juanita aquella responsabilidad había sido también, de otra manera, un acto suicida. La niña lo conmovía. La irresponsabilidad de la anciana al calumniarla, su obstinado amor propio, la habían dejado por entero desamparada. Era imposible no sentirse de su lado. Pero también pensaba que quizás no valiera la pena aclarar la situación; aquel fatigoso jadeo no era sino un simulacro de algo que a duras penas podía llamarse vida.

En una ocasión, antes de subir a ver a su tía, se detuvo en el jardín. Era una tarde espléndida. Se tendió en los bordes del estanque a tomar el sol, quizás sólo por repetir inconscientemente prácticas de su infancia. De pronto vio a Juanita cerca de la puerta del consultorio. Le extrañó la presencia de la niña en una parte de la casa que nunca antes le había visto frecuentar. La llamó. Juanita se desconcertó. Espantada, intentó caminar más de prisa, como si no lo hubiera oído. Luego se echó a correr, pero él hábilmente le interceptó el paso.

– ¿Qué haces?

-Nada.

– ¿Está mi tío en el consultorio?

– No, debe estar en el cuarto de la señora Amelia.

– ¿Qué andas haciendo por acá?

-Nada.

– ¿Qué buscabas cu el consultorio?

– No es cierto.

– ¿Qué no es cierto?

– No estuve en el consultorio. Fui a hacer mis necesidades en el patio de hasta atrás.

– ¿Por qué no fuiste al baño?

– No sé.

– ¿Qué no sabes?

– En la casa donde vivía las niñas hacían sus necesidades en el

patio.

Según parece cada situación está sometida a un desarrollo que se rige por cánones propios. Ciertos signos, a veces apenas visibles, advierten la aproximación del desenlace. En aquellos días trabajó con pasión. Pasaba horas enteras encerrado en el estudio, donde todas sus impresiones fueron tomando rápidamente forma, como si presintiera que el tiempo de disfrutar de la atmósfera y personajes de que se nutría, estuviera por agotarse, como si el drama que se desarrollara en el palomar de la otra casa le transmitiera algo de su tensión y necesitara liberarla encerrándola en aquellas imágenes que se encadenaban unas a otras en una atmósfera turbia y densamente luminosa. Dejó de existir para el mundo; no hablaba prácticamente con nadie. Sólo registraba dos sitios, la casa de su tía a la que iba todas las noches, y su estudio en donde organizaba las visiones recogidas en aquella alcoba, hasta que un día le dieron la noticia de que corriera, de que volara porque su tía estaba agonizando y quería hablar con él.

Cuando llegó estaba inconsciente. Alrededor del lecho vigilaban su tío, otro médico, dos enfermeras y Flor. Las enfermeras la preparaban mientras llegaba la camilla. Cuando se la llevaron, Flor le informó que su tía había confesado que también la vez anterior había sido ella la responsable, que no podía más con la vida, que había acusado injustamente a Juanita porque le costaba trabajo y vergüenza, mucha vergüenza, reconocer su cobardía; que la niña había sido inocente, que antes de que el doctor se llevara el frasco del veneno había guardado unas pastillas y que, esa tarde, cuando la niña le subió el chocolate, las echó en la taza, que entendieran que ya no podía más, que no quería pedir perdón a nadie, que la dejaran terminar en paz. Flor hablaba entre sollozos. Comenzaron a llegar los familiares. El, fatigado, se dejó caer en un sillón al fondo de la habitación; a su lado, casi escondida, descubrió a Juanita. Cuando la niña lo vio sentarse desvió la mirada y se concentró en su cuaderno de dibujo. Era el mismo cuaderno de los ratones; pintaba de verde los zapatos de uno de ellos.

Luego comenzaron a expandirse las habladurías sobre el veneno; algo que dijo una de las enfermeras agitó la imaginación de la familia. La anciana había estado muy poco clara durante la convalecencia, se contradijo muchas veces; algunos afirmaban que en la taza no había restos de veneno, que se lo habían administrado de otra manera. Cuando salió del peligro, su tía se obcecó en internarse en una clínica de la capital. El doctor cerró el consultorio. La piqueta comenzó a demoler la parte trasera de la casa.

Flor fue a visitarlo un día. Le acompañaba Juanita. Pensaba vender el terreno que le había donado doña Amelia; con ese dinero

abriría una fonda. La niña apenas lo saludó. Sabía que él sabía. Trató en esa ocasión de convencer a Flor de que se marchara a Veracruz e instalara allí un negocio. El podía ayudarla. Comentó que a la niña, tan encariñada que había estado con la anciana, le convendría cambiar de aires.

Hacía dos meses de esa visita. No volvió a verlas. Los tres cuadros estaban casi terminados; debía darles algunos retoques, acabar el lienzo que lo contemplaba desde el fondo del cuarto, precisar ciertos reflejos en las máscaras de cristal. El año estaba por terminar. La conversación con Mina, caída de sorpresa en aquel lugar, su malevolencia, la discusión, la pelea, la bofetada, todo había vuelto a intensificarle de manera tremenda su repudio a Europa. Tampoco tenía caso quedarse en Xalapa. No exhibiría esos cuadros en México. Recuerda que ha estado a punto de revelar esa misma noche, en plena ebriedad, la verdad sobre el caso. Esa hubiera sido la peor, la única verdadera traición a su tía. A tiempo logró deslizarse hacia las anécdotas graciosas. Era imposible culpar por entero a la niña… en un momento la habían desposeído de lo que le proporcionaba seguridad; no estaba preparada para soportarlo; pero tampoco era fácil absolverla con la mano en la cintura.

Quizás le vendría bien acompañar a Mina en su viaje por Yucatán y Guatemala; pero pelearían desde el primer día. Lo mejor sería tal vez comenzar las obras en el cafetal, construirse un estudio, olvidarse de todo, iniciar una nueva relación que nunca podría ser igual, pero que quizás tuviera la virtud, precisamente por incompleta –cualquier otra relación amorosa seria ya incompleta– de avivarle el pasado, de recordarle a toda hora que en otro tiempo había sido feliz, que Irena, Irka, Irenne, Irenka, la hermosa hebrea nacida en Londres que hablaba con nostalgia de lugares nunca conocidos, existió alguna vez y compartió su tiempo, que viajaron juntos por Italia, que combatieron y se amaron en hoteles de nombres irrecordables, que un día le presentó a una tía que compartía con ella la misma sonrisa, los mismos dientecillos pequeños y separados. Las imágenes se agolpaban, el miedo de nuevo, la pálida fofez de su tío Eduardo, la niña, el ruido, el baño, el sueño, los ojos huidizos, la última vez que oyó cantar a la anciana, los ladridos de Tirso, las novelas policiales apiladas en el suelo, la vieja actriz bebiendo vodka, los dientes de Irka envilecidos por la boca de su tía, la niña en la puerta del consultorio, una tarde de espera en la baranda del Swiss Cottage, el cafetal, los zapatos verdes de un ratón, el industrial japonés y su yerno, la risa de Paz Naranjo, los frascos de medicina. Comienza a dormir… la máscara… sí…

Veintisiete

Todo tiende a asegurarle la tranquilidad, el buen reposo. Manos competentes, ojos previsores, mentes consagradas a imaginar sus exigencias y deseos y a procurar satisfacérselos, se han esforzado en crear aquel ambiente, tan necesario en los momentos en que una reafirmación se vuelve indispensable. El teléfono a la mano, las cortinas de brocado espeso, la rugosa colcha de cretona con rayas de un verde suave que combina con otro más suave, con otro todavía más suave, imperceptible casi; una reproducción de Guardi, otra de Carpaccio; algún broche de cromo o de aluminio inteligentemente entreverado en los muebles oscuros. Todo en la medida necesaria para recordarle al turista que no está solo, que no se ha derrumbado en otra época, que el Carpaccio, el Guardi y el falso brocado que reviste los muros son exclusivamente atmósfera, (pie continúa inmerso en su siglo, que una de las puertas conduce a un baño donde brilla el azulejo, el plástico, los metales cromados. Hacerle saber, en fin, que basta oprimir un botón para que surja un camarero y minutos después sobre una mesa aparezca el whisky, el hielo y, también, si uno lo desea, un buen risotto al pesce, la cassata, el café.

Carlos hablaba con frecuencia de las ventajas de vivir en hoteles. En realidad buena parte de su existencia transcurrió en ellos; conoció toda la gama, desde hoteles de ese tipo hasta las casas de huéspedes más inmundas, cuartos de alquiler de aspecto y hedor inenarrables. ¡A saber cómo sería aquel sitio en que pasó sus últimos días!

En la película aparecía un viejo caserón de madera de dos plantas. En el piso de arriba se hallaban los cuartos. Habitaciones rectangulares con seis o siete camastros. Abajo, una sala de té donde se reunía la gente de la localidad a comentar las noticias, a jugar a las cartas, a matar el tiempo. Llueve sin interrupción. La lluvia torrencial forma, como en *Rashomon,* cortinas sólidas, grises, densas, que no sólo incomunican a las personas sino hasta a los objetos. El hotel está casi vacío. No es temporada. En su cuarto es el único huésped. La humedad y el frío lo torturan, lo hacen sentir permanentemente enfermo. Ha llamado varias veces a la encargada para mostrarle las dos goteras del techo, pero la vieja se conforma con gruñir. Termina por poner un recipiente de lámina bajo una, y bajo la otra la toalla;

cada cierto tiempo debe levantarse para exprimir la toalla por la ventana. Recoge las mantas de las otras camas para cubrirse. Sus días transcurren en una neurastenia casi intermitente. Pasa horas enteras en la cama, acurrucado bajo la montaña de cobijas, pensando sólo en el frío que le atiere las manos. Su imagen es la de un animal enfermo; a momentos gime suavemente: un animal que se recoge para morir. Sabe que apenas ha empezado el invierno, que deberá resistir esa canallada de la naturaleza durante largos meses y que los peores aún no se presentan. Abre un bote; mastica unas galletas untadas con una pasta que humedece en un vaso. Hace movimientos de gimnasia para tratar de entrar en calor; a veces toma su libreta y baja a la sala de té. Los tres o cuatro campesinos que acuden al lugar apenas hablan; el frío y la penumbra los reconcentran, los aislan. Tiene la precaución de esquivar a la otra inquilina de la pensión y a su nieto; en días pasados se había sentado a tejer a su lado para espetarle un discurso nauseabundo sobre sus padecimientos: diarreas, resfriados, punciones, los nervios, el hígado, la pus que no cesa, inyecciones, lavativas, baños de azufre. La cámara hace prodigios para recrear ese mundo de oscuridad en que de golpe hay uno que otro destello luminoso: las golas que rebotan en la acera como balas sobre una superficie metálica, el viejo desvencijado automóvil oscuro que cruza por un momento el pueblo en medio de un derrumbe de cielos. Tras el auto, el poeta menesteroso, envuelto en un abrigo harapiento que le llega a los pies, se abre paso a la carrera; agita los brazos como si luchara contra la misma sustancia espesa de la vida. En una mesa, cerca de una estufa de hierro, cuyo calor no parece beneficiar a nadie, el obeso protagonista (¡qué lejos ya del atildado joven de las escenas de pasión en Macao!), intenta trazar, con desgana, algunos signos en su cuaderno. Las ideas no Huyen. Escribe unas frases, las tacha; el plumón comienza a bailar, a titubear, traza líneas, dibuja llores, perfiles de mujer, números, vuelve a detenerse; recomienza la tarea de esbozar un párrafo que se niega a avanzar. Arranca al fin la página, la estruja y la tira. Pide una botella de licor y llena un vaso. En ese momento irrumpe en el local, empapado, tembloroso, el viejo bardo.

Es evidente que el modo de manejar la luz entraña una intención simbólica. La atmósfera psicológica, al menos, se concentra o se detiene con su ayuda. En las primeras escenas, las de la juventud, la claridad es radiante y va en aumento hasta la parte de Macao donde la luminosidad se vuelve a momentos intolerable. Todo contribuye a ello, no sólo el sol, siempre a plomo sobre los personajes; los trajes claros y vaporosos de la bella actriz que reproduce a Paz Naranjo, los sombreros de paja de los jóvenes, los toldos color crema de los cafés al aire libre.

– Ciega esta luz –dice ella en el momento de embarcarse. Se

marcha de Macao sin rescatar sus bienes.

Luego la luz disminuye gradualmente hasta desaparecer casi del todo en las últimas escenas: en la aldea de pescadores donde se ha terminado por refugiar el protagonista. El sol, las pocas veces que aparece, es como su triste parodia. No hay sino niebla, lluvia y frío: una grisura que cae del cielo, mancha los plafones, se filtra por las paredes. Aun en la sala de té parece flotar una nube húmeda que rodea a los escasos parroquianos.

Algo recuerda de la úliima carta. ¿La conservará todavía en México, entre sus papeles? Era una carta larga, quejumbrosa, irritante. Hablaba de la melancolía que se había apoderado de aquella diminuta ciudad tan pronto como el otoño comenzó a dar paso al invierno, de la oscuridad, la lluvia y la falta de incentivos, de la carencia de personas con quienes conversar. De su encuentro reciente con un viejo poeta desdentado de barba sucia rala que había preferido la soledad de un escondrijo en la montaña; su único compañero, no de paseos porque el tiempo ya no los permitía ("el pinche frío ha sentado la garra en este que aún hace una semana parecía un inmutable paraíso solar al margen de las leyes climáticas. De repente, a la hora del crepúsculo, una helazón bestial bajó de la montaña…"), sino de copas, de taberna.

Por más que ha intentado pasear, perderse, despotricar de sus compañeros, ser absorbido por la ciudad, leer un poco, dormir, pensar en la conversación telefónica con Emily, la película lo tiene por entero poseído; le ha avivado la mala conciencia. Vuelve a repetirse que él y otros amigos debieron haberlo obligado a volver, enviarle un mensaje, meterlo en una clínica de desintoxicación si era lo que necesitaba; en fin, algo seguramente hubiera podido hacerse, cualquier cosa menos dejarlo morir en aquel pueblo perdido, olvidado de todos. Es imprescindible que concierte un encuentro con Hayashi, que le informe cómo pudo enterarse de aquellas circunstancias finales; decirle a pesar de que no le creerá (como buen oriental fingirá que sí, sonreirá cortésmente, pero sin ocultar del todo una expresión de tedio) sino hasta que comience a darle nombres y detalles; tendrá que decirle que no sólo fue amigo de Carlos, sino que es el original de aquel muchacho un tanto absurdo, el joven ofuscado que aparece en un pasaje de su película, el que una noche, por poquísimas horas de una noche, fue el amante real de una mujer real que vivía ahora, si es que aún vivía, en una maniática decrepitud, empecinada sin duda en su resentimiento hacia Carlos, en una combinación de hotel y clínica de lujo en los alrededores de Londres. Que por favor le diga si la muerte de Charlie, de cuyas circunstancias nadie logró enterarse, fue tal como la describía en su película. Añadirá (isi tuviera a la mano aquella carta para poder mostrársela!) que estaba enterado de la existencia del viejo poeta harapiento que abandonó la gloria literaria para refugiarse en

una choza en las montañas, que por favor le explique cómo fueron las últimas semanas de su amigo en las Bocas de Kotor.

En la película, después del encuentro de los dos hombres de letras, las visitas se repiten siempre en la taberna, junto a la ventana, no lejos de la chimenea, desde donde contemplan la lluvia. La primera vez el poeta se dirigió hacia la estufa, dejando a su paso un arroyo. Se sentó en la mesa vecina a la del protagonista, el supuesto Carlos.

Cambian unas cuantas palabras; algo los lleva a identificarse como escritores; hablan un poco de literatura, mucho sobre los pros y los contras del lugar, del paisaje, y también de sus sueños, aspiraciones y proyectos. ¡Dos muchachones decididos a conquistar y a transformar el mundo, el arte, la literatura, la vida nada menos! Entrechocan los vasos con frecuencia, se saben hermanos, cofrades, aedas incomprendidos por los tiempos que corren. En un momento maldicen su época y al siguiente la califican de extraordinaria, germinal de algo que está a punto de aparecer. Una época grandiosa a pesar de la fatiga y el desaliento que sabe producir.

Y un buen día el poeta le confia que se encuentra en dificultades; le habla de su miseria, del raquítico cheque que no llega. La patrona lo ha amenazado con incautarle el equipaje y expulsarlo del hotel; no sabe qué hacer, no le queda dinero ni para poner un telegrama. Desearía vender algunas prendas de ropa, pero no conoce a nadie en el lugar. El poeta le asegura que no obtendrá gran cosa por los trajes; por el reloj, en cambio, podrían darle una considerable suma. Pero él se resiste, se excusa diciendo que es un antiguo regalo; además, no saber la hora lo hace sentir mal, le produce mareos, náuseas. El poeta insiste. Le asegura que conseguirá el dinero en menos de media hora. Por fin se desprende del reloj. Luego espera; se encuentra profundamente postrado. Está seguro de que otra vez lo han timado, que esa noche lo echarán de la pensión; el reloj era lo único con que contaba para que algún chofer lo devolviera a la civilización. Cuando el otro regresa con el dinero apenas puede creerlo. Llaman a la patrona, paga la cuenta; le sobran aún unas monedas. Piden una botella de licor, luego otra. Se emborrachan. El protagonista escucha cómo aquel viejo desdentado, sucio, desaliñado hasta lo imposible, que no ha dejado, ni siquiera en los momentos de mayor fraternidad, de producirle cierta repugnancia (pues en cierto modo es como verse reproducido en un espejo que le obsequia su imagen futura, una imagen que casi le pisa los talones), con gran locuacidad y un enorme despliegue de muecas, de carcajadas que dejan al desnudo las encías y los restos de dientes putrefactos, con guiños que ponen todo el rostro en movimiento hasta formar un crucigrama de arrugas, suciedad y pelos, le confecciona un porvenir despojado de preocupaciones económicas. Lo oye, al principio, con asombro, luego con un

tembloroso deseo de participación, al final con entusiasmo, narrar sus experiencias en aquella cabaña donde escribe cuando le viene en gana, sin preocupaciones de ninguna especie, y de la que de tarde en tarde bajaba al pueblo para comprar algún periódico, aunque ahora lo hace más a menudo para conversar con él, pues no era frecuente encontrar en esos tiempos personas de la ciudad, mucho menos de su categoría, y lo invita a compartir con él su casa. Encontraría por fin la calma que buscaba, podría terminar esa novela de la que en varias ocasiones le ha hablado.

Siguen bebiendo.

Luego, tambaleantes, con paso inseguro, suben al cuarto. Con la ayuda del poeta recoge sus cosas y las guarda en la maleta. Meten la ropa revuelta, las latas de alimentos, un par de zapatos de lona; ponen los libros, las carpetas y los papeles dispersos por el cuarto en una cesta que cubren con periódicos. Después, bajo una lluvia fina, en medio de la oscuridad, caminan por la larga y estrecha calle principal (la única) del pueblo, al lado del mar. Comienzan a ascender la montaña por una vereda empedrada. La lluvia los ciega a momentos; caen de cuando en cuando, maldicen estrepitosamente, se detienen a tomar aliento. La botella pasa de mano en mano con cierta regularidad. Siguen caminando. Al final aparece el reducto de su amigo, unas grandes penas mal arracimadas, como gajos desprendidos de la misma montaña, cubiertos con un techo de paja. El poeta empuja la puerta y lo invita a pasar. En ese momento, fulminado, se da cuenta de todo. Contempla el montón de paja húmeda que compartirán esa noche, los restos de una fogata, el suelo de tierra empapada. Advierte, con indecible horror, que la vida ha logrado aprehenderlo. Sabe que aquel viejo inmundo ha sido el cebo que lo condujo a la trampa, que el mundo ha logrado por fin desembarazarse de él, ponerle, ¡y con qué rigor!, los puntos sobre las íes, excluirlo definitivamente. Sabe que no podrá vivir en aquella pocilga, pero que tampoco le permitirán volver al hotel; que ha trascendido esa etapa. La modesta pensión es ya para él tan inaccesible como los restaurantes de Tokio, como el hermoso jardín de su casa en Macao, como un buen sastre, como el champaña. Sabe que a partir del día siguiente deberá buscar ramas secas para calentarse, que se ha convertido en el criado del poeta. De vez en cuando bajará al pueblo a mendigar y comprar víveres y alcohol. Para la gente del lugar no será sino otro loco más. También a él se le pudrirán los dientes. Sale de la cabaña, comienza a correr, equivoca el sendero. La lluvia se ha vuelto, otra vez, torrencial. Corre al lado del acantilado, resbala, emite un grito breve, más bien un gemido. La cesta queda flotando sobre el agua. Ícaro ha vuelto a hundirse en el mar. En la cabaña, entretanto, el poeta hurga en la maleta. Se prueba con muestras de júbilo los pantalones, las camisas, un suéter. Olfatea

con deleite la bolsa de tabaco.

Por un instante el recuerdo de aquella escena le hace sentir la necesidad, la urgencia, de volver a oír la voz de Emily. Está a punto de pedir otra llamada a México. Pero después de un momento de incertidumbre resuelve que sería insensato llamar por segunda vez, daría una falsa impresión. Lo mejor, pues, será acostarse, tratar de leer un poco, tomar un luminal, dormirse a buena hora. El día siguiente será, puede asegurarlo, atroz. Tiene la agenda copada de compromisos de la mañana a la noche. Ni siquiera podrá hablarle a Hayashi. Será mejor dejar eso para otro día. A fin de cuentas, ¿qué importancia podría tener enterarse de algún nuevo detalle sobre la muerte de Charlie? Oprime el botón de la lámpara. El paisaje de Guardi, las rameras de Carpaccio, los brocados, *The towers of Trebizond,* el teléfono, son absorbidos por la oscuridad. Está exhausto. Mete una mano bajo la almohada y de inmediato se sume en un sueño que borra toda la fatiga, el estupor, la culpa o el rencor que aquel abigarrado día le había producido.

Después, por un instante, se presenta una breve alteración en su sueño, un inicio de pesadilla.

Veintiocho

En el sueño aparece una Venecia abandonada. Las góndolas y los vapores se deslizan a la deriva por el gran canal; la corriente los une en grupos que chocan ruidosamente contra los muelles; aquella fantasmal caravana de embarcaciones es sólo el preludio de la gran catástrofe. En efecto, con imprevista celeridd se enferman los muros y se cubren los chancros. La humedad trepa por ellos con su cohorte vil de sabandijas y musgos. Desaparecen en el fango los Giorgiones y los Tizianos, los tres Masaccios del cardenal Chioglila, los leones de bronce que siempre consideró como un símbolo de la eternidad. La escayola se convierte en una papilla blanda, luego en un líquido espeso hasta dejar al descubierto la piedra y el maderamen. Se desvencijan con estrépito los grandes portones.

Venecia sería traicionada por sus piedras que, primero en secreto, más tarde abiertamente, se confabularían con el agua y el viento. Los airosos campanarios empezarían por inclinarse con coquetería, proclamando una ascendencia pisana, para después desplomarse sin gracia, pesadamente, al toque vibrante de las trompetas de sus ángeles de bronce. Las aguas los recibirían con beneplácito. Hordas de rapaces cangrejos se lanzarían sobre los últimos escombros de la ciudad leprosa. De cuando en cuando una llamarada devoraría una iglesia aún en pie, o un conjunto de palacios, para extinguirse tan inexplicablemente como había surgido. Y él contemplaría la escena desde el pequeño canal donde estuvo esa tarde, desde la minúscula ventana de jambas y dinteles retorcidos, único reducto a salvo de la furia destructora. Una góndola se acercaría a su casa, la góndola que vio, la del mascarón roto, el cisne negro degollado. Los remos surcarían pesadamente el canal. Con alegría advierte que no está solo en el mundo, que en medio de ese mar de escombros queda otro sobreviviente. Corre al muelle, lanza una cuerda hacia el mascarón decapitado, tiende una mano para sujetar un brazo lechoso que emerge de la góndola. En ese instante descubre, presa del terror la identidad de quien va a ser su única compañera en la vida.

– ¿No es una maravilla? ¿Se da cuenta de que por fin estamos solos? –exclama con arrobo la Falsa Tortuga.

Belgrado, julio 1968 / Barcelona, julio 1971

Impresión: Programas Educativos, S. A. de C. V.
Calz. Chabacano 65-A, 06850 México, D. E Empresa certificada por el Instituto Mexicano de Normalización y Certificación, A. C ., bajo la norma ISO-9002: 1994/NMX-CC-04: 1995 con el número de registro RSC-048, c ISO-14001: 1996/NMX-SAA-001: 1998 IMNC con el número de registro RSAA-003.
7-V-2006

Narrativa en Biblioteca Era

Hugo Achugar
Falsas memorias. Blanca Luz Brum
Jorge Aguilar Mora
Una muerte sencilla, justa, eterna
Los secretos de la aurora
César Aira
Los dos payasos
Un episodio en la vida del pintor viajero
Los fantasmas
La prueba
La Princesa Primavera
Las curas milagrosas del Doctor Aira
El congreso de literatura
Ernesto Alcocer
También se llamaba Lola
Nuria Amat
El país del alma
Reina de América
Hermann Bellinghausen
Aire libre
José Joaquín Blanco
Mátame y verás
El Castigador
Carmen Boullosa
Son vacas, somos puercos
La Milagrosa
Llanto
Nellie Campobello
Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México
Rosario Castellanos
Los convidados de agosto
Alberto Chimal
Éstos son los días
Grey
Carlos Chimal
Cinco del águila
Lengua de pájaros
Olivier Debroise

Crónica de las destrucciones (In Nemiuhyantiliztlatollotl)
Christopher Domínguez Michael
William Pescador
Jorge Dorantes
Nada que ver
Carlos Fuentes
Aura
Una familia lejana
Los días enmascarados
Eduardo Galeano
Días y noches de amor y de guerra
Ana García Bergua
El umbral
Púrpura
Beatriz García-Huidobro
Hasta ya no ir
Gabriel García Márquez
El coronel no tiene quien le escriba
La mala hora
Juan García Ponce
La noche
La gaviota
Francesca Gargallo
Estar en el mundo
La decisión del capitán
Marcha seca
Verano con lluvia
Luis González de Alba
Los días y los años
Sergio González Rodríguez
El triángulo imperfecto
Hugo Hiriart
La destrucción de todas las cosas
Cuadernos de Gofa
Bárbara Jacobs
Las hojas muertas
Darío Jaramillo
Cartas cruzadas
Franz Kafka
La metamorfosis
Patricia Laurent Kullick
El camino de Santiago
José Lezama Lima
Paradiso

Oppiano Licario

Gonzalo Lizardo

Jaque perpetuo

Malcolm Lowry

Bajo el volcán

Oscuro como la tumba donde yace mi amigo

Piedra infernal

Héctor Manjarrez

No *todos los hombres son románticos*

Pasaban en silencio nuestros dioses

Ya casi no tengo rostro

El otro amor d? su vida

Rainey, el asesino

La maldita pintura

Antonio Marimón

Mis voces cantando

Juan Vicente Meló

La obediencia nocturna

Sergio Missana

Movimiento falso

Malika Mokeddem

El siglo de las ¡angostas

Carlos Monsiváis

Nuevo catecismo para indios remisos

Augusto Monterroso

La palabra mágica

La Oveja negra y demás fábulas

Obras completas (y otros cuentos)

Movimiento perpetuo

Lo demás es silencio

La letra e

Verónica Murguía

El ángel de Nicolás

Auliya

José Emilio Pacheco

El viento distante

Las batallas en el desierto

La sangre de Medusa

El principio del placer

Morirás lejos

Eduardo Antonio Parra

Los límites de la noche

Tierra de nadie

Nadie los vio salir

Senel Paz
El lobo, el bosque y el hombre nuevo
Armando Pereira
Amanecer en el desierto
Las palabras perdidas
El ruido del mar
Sergio Pitol
El desfile del amor
Domar a la divina garza
La vida conyugal
Vals de Mefisto
Juegos florales
Cuerpo presente
El tañido de una flauta
El arte de la fuga
Pasión por la trama
El viaje
Elena Poniatowska
Lilus Kikus
Hasta no verte Jesús mío
Querido Diego, te abraza Quiela
De noche vienes
La "Flor de Lis"
Tinísima
Tlapalería
José Revueltas
La palabra sagrada. Antología
Julotte Roche
Max y Leonora. Relato biográfico
Fabiola Ruiz
Telares
Juan Rulfo
Antología personal
El gallo de oro. Y otros textos para cine
Sergio Schmucler
Detrás del vidrio
Martín Solares (selección)
Nuevas líneas de investigación. 21 relatos sobre la impunidad
Pablo Soler Frost
Cartas de Tepoztlán
El misterio de los tigres
Gilberto Tejeda
El justo castigo
Liudmila Ulitskaia

Sónechka

Gabriela Vallejo Cervantes

La verdadera historia del laberinto

Paloma Villegas

La luz oblicua

Agosto y fuga